
LA NIÑERA
DE LA FINCA
Fco Guerrero González

LA NIÑERA DE LA FINCA

LIBRO I DE LA SERIE 'LAS CASAS CERRADAS'

Para todas las que cuidaron.

1 LA ENTREVISTA

El taxi me dejó frente a un muro de piedra coronado por hiedra negra y la primera mentira que conté ese día fue al conductor, cuando le dije que me esperaban dentro y que no hacía falta que esperara. No me esperaban. Yo había llegado cuarenta minutos antes y eso, en una entrevista para vivir bajo el techo de otra persona, no es buen comienzo; pero llegar tarde habría sido peor, y llegar a la hora exacta habría parecido calculado.

La cancela tenía un interfono dorado, de esos que aún funcionan con una manivela disimulada, y un cartel de latón discreto: «Finca Las Adelfas». No había timbre. Había una cámara, dos en realidad, una visible y otra menos. Pulsé el botón con el guante puesto, aunque hacía calor de septiembre, porque me temblaba la mano y no quería que se viera en las imágenes que sin duda alguien revisaría después.

—¿Sí? —dijo una voz de mujer joven, recortada por el altavoz.

—Vengo a ver a la señora Velarde. Me llamo Olivia Marín.

Hubo un silencio largo. Pensé que se había cortado. Cuando estaba a punto de pulsar de nuevo, la cancela emitió un chasquido eléctrico, lento, como si dudara, y se abrió hacia dentro empujada por un motor invisible. Crucé al otro lado y la cancela se cerró sola, con un golpe sordo que no me gustó. Mi maleta hizo un ruido demasiado humilde contra el camino de gravilla.

La finca era más grande de lo que prometía Internet. En la fotografía del anuncio aparecía solo un trozo de la fachada, un arco de glicinas y una pista que se perdía entre árboles. Lo que había detrás del muro era un parque privado: un sendero de tierra apisonada bordeado de cipreses, un estanque con peces que me miraron sin curiosidad, dos perros enormes que ni siquiera se

levantaron de su sombra al pasar yo. Reconocí la raza —dóberman— y deduje que estaban entrenados. Los perros que no ladran a un extraño son los que más miedo dan.

La casa se alzaba al final del sendero como si llevara allí desde el siglo XIX. Probablemente lo llevaba. Tres pisos de piedra clara, contraventanas verdes, un porche con columnas y una doble escalera blanca en el centro que subía hacia una puerta de madera oscura. Una mujer me esperaba arriba. Llevaba un vestido beige sin arrugas, el pelo recogido bajo, perlas pequeñas en las orejas. La sonrisa era profesional.

—Olivia —dijo, como si me conociera de toda la vida—. Soy Catalina Velarde. Pasa, pasa, has venido andando con esta maleta, qué barbaridad.

No había venido andando. Me había bajado del taxi en la cancela, como ya he dicho, pero algo me dijo que no la corrigiera. Esa fue la segunda mentira del día, y la cometí sin abrir la boca.

Catalina Velarde tenía cuarenta y dos años según el currículum mental que había memorizado de ella la noche anterior, pero aparentaba treinta y cinco con la luz adecuada, y la luz de su recibidor estaba estudiada para favorecerla. Suelos de mármol blanco y negro, espejo veneciano sobre una consola con flores frescas, un cuadro grande de no sé qué pintor que probablemente conocería si hubiera ido a las universidades correctas. Olía a cera de muebles y a algo dulce de fondo, quizás un perfume difundido por las rejillas del aire acondicionado.

—Ven, hablamos en el salón pequeño —dijo—. Mi marido está al teléfono. Te oye después.

El salón pequeño era más grande que el piso entero en el que yo había crecido. Catalina se sentó en un sillón orejero color crema, cruzó las piernas y me señaló el sofá enfrente. Una asistenta sin uniforme, con polo negro y delantal blanco, dejó una bandeja con dos tazas de té y desapareció antes de que yo pudiera darle las gracias. La señora Velarde lo notó.

—Aquí no se les dan las gracias por servir —dijo, sin reprocharme nada—. No es maleducado, es que les estresa. Prefieren no existir mientras trabajan. Es un sistema que funciona.

Asentí. Apunté mentalmente la frase: «prefieren no existir mientras trabajan». No iba a olvidarla.

—Háblame de ti —continuó—. He leído tu currículum. Tienes el título de magisterio, dos años en una guardería bilingüe, un año en una familia de Marbella. Carta de recomendación, que ya he contrastado. Permiso de conducir. No fumas. No tienes pareja. No tienes hijos. ¿Estoy en lo correcto?

—En todo —dije.

—¿Por qué dejaste la familia de Marbella?

Tenía preparada la respuesta. La había repetido en voz baja delante del espejo del hostal.

—La niña empezó el colegio interno en Suiza. Ya no me necesitaban a tiempo completo y yo no quería quedarme como asistenta. No es mi vocación.

—¿Tu vocación cuál es?

—Los niños —dije, y la palabra me salió firme—. Acompañarlos. Que tengan una infancia ordenada.

Catalina sonrió por primera vez con algo parecido a una emoción. Fue una sonrisa breve, casi privada.

—«Ordenada» —repitió—. Qué palabra tan bonita. La gente dice «feliz», y a mí la felicidad me parece un objetivo muy poco serio para una niña pequeña. Tenemos dos. Mateo tiene siete y Alba acaba de cumplir cuatro. Mateo es… —se interrumpió, eligiendo la palabra— sensible. Alba es exactamente al revés. Ya los conocerás. ¿Cuándo podrías incorporarte?

Aquello fue todo. Ni preguntas trampa, ni pruebas con los niños presentes, ni la habitual cadena de entrevistas en tres fases que las familias ricas suelen montar antes de meter a una desconocida en su casa. Solo aquella conversación de doce minutos en un salón con olor a cera, y la pregunta directa: ¿cuándo podrías incorporarte?

Tendría que haber dudado. Tendría que haberme parado a pensar por qué una mujer como Catalina Velarde estaba contratando a una mujer como yo sin apenas filtrarme.

En vez de eso, dije: «Mañana». Y ella dijo: «Mejor esta noche, si no te importa. La habitación está hecha».

Esa fue la tercera mentira: aceptar antes de saber.

2 LA HABITACIÓN AL FINAL DEL PASILLO

La habitación al final del pasillo de la planta primera no era una habitación de servicio. Eso lo entendí enseguida. Las habitaciones de servicio suelen estar en otra ala, junto a la cocina, con techos bajos y ventanas pequeñas; suelen tener un armario empotrado modesto, una cama individual y un baño compartido al fondo del corredor. Esta tenía techos altos, ventana doble con cortinas pesadas, un escritorio antiguo de tapa abatible, una butaca para leer, una cama de matrimonio con cabecero de tela y un baño propio con bañera de patas. Sobre la cama había un edredón de plumas perfectamente estirado, y sobre el edredón, una nota escrita a mano: «Bienvenida, Olivia. Lo que necesites, llámame al 1. C».

Catalina me había dejado allí con un «descansa un rato, los niños vuelven del cole a las cinco» y había cerrado la puerta sin ruido. Dejé la maleta sobre el banco de los pies de la cama y, antes de hacer nada, me senté.

Hay un momento, al entrar por primera vez en una casa donde vas a vivir, en que hay que escuchar. La casa cruje, respira, susurra. Te dice si hay alguien arriba, si la caldera está vieja, si una ventana se ha quedado abierta, si hay un perro que te observa desde un pasillo. La Finca Las Adelfas no decía nada. Era una casa tan silenciosa que me oí tragar saliva. Y no era el silencio agradable de una casa antigua bien aislada; era un silencio activo, como si la casa supiera que yo estaba allí y hubiera decidido no presentarse.

Me obligué a moverme. Abrí el armario: vacío, perchas de madera, todas idénticas, espaciadas. Abrí los cajones del escritorio: vacíos, papel de seda en el fondo. Abrí la mesilla: una Biblia, lo cual ya no se ve mucho. Levanté la Biblia: debajo, una vieja pulsera

infantil de cuentas de colores, con una placa de plata pequeña en el centro. Le di la vuelta. En la placa, grabado en cursiva, un nombre: «Lucía».

No había ninguna Lucía en la familia. Catalina había mencionado a Mateo y a Alba. Ninguna Lucía.

Devolví la pulsera al cajón, volví a poner la Biblia encima y cerré la mesilla con cuidado, como si tocarla hubiera sido una falta de educación. Pero no devolví la pulsera al fondo. La dejé en la esquina, donde la encontraría enseguida si volvía a abrir. Es una manía que me viene de antes: dejar mis cosas con una posición exacta, para saber después si alguien las ha tocado. No es que yo desconfiara ya entonces de los Velarde. Es que desconfío por naturaleza, y por aquello que pasó en Marbella, que no es momento de contar.

Me asomé a la ventana. Daba al jardín trasero. Vi una piscina rectangular cubierta con una lona azul, una caseta de jardín, un sendero que se metía entre árboles hacia un edificio bajo de tejado plano que no parecía formar parte de la casa principal. Más allá, el muro. Más allá del muro, nada: campo de Castilla, un cielo demasiado abierto, un atardecer que aún tardaría dos horas en empezar a doblarse.

Sonó un golpe seco en la puerta y di un salto. Me había puesto nerviosa sin razón.

—Pasa —dije, antes de pensar si debía o no decir «pasa» en aquella casa.

Era una niña. Cuatro años, melena rubia oscura, ojos pequeños y vivos, un vestido azul con el cuello bordado, calcetines blancos hasta la rodilla, deportivas nuevas. Llevaba en la mano una muñeca de trapo desgastada que contrastaba con todo lo demás de su atuendo, como si esa muñeca fuera la única posesión que ella hubiera escogido por su cuenta. Me miró desde la puerta, sin entrar.

—¿Tú eres la nueva? —dijo.

—Soy Olivia. Y tú eres Alba.

—No. Yo soy Alba —dijo, con una corrección leve que me dejó claro quién mandaba allí—. ¿Sabes nadar?

—Sí.

—¿Sabes nadar de verdad o sabes nadar de piscina pequeña?

—Sé nadar de verdad.

Asintió, como dando un examen por aprobado. Luego entró tres pasos, miró el cuarto, miró la cama, miró la ventana, y dijo, con la misma voz tranquila:

—Esta era la habitación de Lucía.

Me quedé quieta. La niña no parecía estar haciendo un juego macabro. Lo decía como se dice «esto era el cuarto de los invitados» o «aquí guardamos las maletas». Una información, sin más.

—¿Quién es Lucía, Alba? —pregunté, con cuidado de que la voz me saliera suave.

Alba abrió la boca para contestar y entonces apareció Catalina detrás de ella, en el quicio. No hizo ruido al llegar. Llevaba ahora un suéter fino sobre el vestido, había soltado el pelo, parecía otra mujer, más cansada y más cercana a la vez. Apoyó una mano en el hombro de su hija.

—Cariño, te dije que dejaras descansar a Olivia un rato.

—Solo le he preguntado si sabía nadar.

—Muy bien. Pues ahora vienes conmigo y dejas a Olivia que se instale. ¿Hablamos antes de cenar, Olivia? Te enseño la casa.

Salieron las dos. Alba miró hacia atrás una vez, no a mí, sino al cuarto, como si comprobara algo. La puerta se cerró otra vez sin ruido. Yo me quedé sentada en la cama, con la pulsera de Lucía en la mesilla, en la casa más silenciosa que había pisado en mi vida, y empecé a entender, sin querer entenderlo del todo, que había aceptado algo demasiado deprisa.

3 HUGO

Conocí a Hugo Velarde aquella misma noche, en la cena, y la primera impresión fue que no podía ser el marido de Catalina. Era demasiado guapo de un modo que en los hombres de cuarenta y tantos suele desactivarse, y, sin embargo, en él no se había desactivado: pelo entrecano, ojos grises, mandíbula ancha, manos largas. Llevaba camisa blanca remangada hasta el codo y, durante toda la cena, no dejó de mirar a su mujer con la misma atención calmada con que un piloto mira los instrumentos: comprobando que todo seguía en orden.

Cenamos los cinco. Catalina y Hugo presidían los extremos de una mesa rectangular para doce, los niños a un lado, yo enfrente. Aquella distribución me dejó en evidencia: era la nueva, era la empleada, pero también era invitada por una noche, hasta que la rutina nos colocara a cada cual en su sitio. Comimos crema de calabacín, lubina al horno, una ensalada con granadas. La asistenta del polo negro y delantal blanco entraba y salía sin hablar.

—¿Marbella? —dijo Hugo, dirigiéndome al fin la palabra—. ¿En qué casa, si se puede saber?

—Los Berrocal —contesté.

Era una mentira a medias. Yo había estado en la casa de los Berrocal, sí, pero los Berrocal nunca me habían tenido como niñera oficial. Mi puesto allí era más confuso, y la carta de recomendación que figuraba en mi currículum la había firmado la señora Berrocal por un favor, no por mérito. Pero el nombre Berrocal abría puertas, y yo sabía que en círculos pequeños el apellido es un pasaporte que poca gente se molesta en sellar.

—Conozco a Beltrán Berrocal —dijo Hugo, sin sorpresa—. Coincidimos hace años en un consejo. Buena familia.

—Buenísima —dije, y me concentré en la lubina.

—¿Eres de Madrid, Olivia? —preguntó Catalina.

—De Soria, originalmente. Llevo siete años fuera.

—Soria —repitió Hugo—. Frío en invierno.

—Sí.

—A Mateo le gustaría Soria —dijo Hugo, mirando al niño—. ¿A que sí, Mateo? Bosques, ríos, esas cosas.

Mateo no levantó la vista del plato. Tenía siete años, llevaba el flequillo demasiado largo, los hombros caídos hacia delante de quien ya ha aprendido a no llamar la atención. Era todo lo contrario de su hermana. Alba comía con el codo encima de la mesa, hablaba sin esperar turno, contestaba a su padre, retaba a su madre. Mateo era una pieza apagada de la cena. Hizo dos o tres movimientos de cabeza durante todo el rato, ningún sonido.

—Mateo, saluda a Olivia —dijo Catalina.

—Hola —dijo el niño, en una voz que era exactamente la voz que se exige.

—Mateo es muy tímido —explicó Hugo, sin mirarlo—. Y a veces no oye bien por el oído izquierdo. Si le hablas, ponte a su derecha. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dije.

Apunté: «No oye bien por el oído izquierdo». Apunté también: «No es tímido. Está vigilando». Yo entiendo a los niños vigilantes. Yo fui uno. Reconozco la postura, el modo de levantar el tenedor, la mirada que mira el plato pero registra el plato del otro. Mateo no era un niño tímido. Era un niño que llevaba años haciéndose pequeño porque hacerse pequeño era la estrategia que mejor le había funcionado en aquella casa, y eso es información útil cuando una llega a un sitio nuevo.

—¿Hay alguna alergia, intolerancia, algo que deba saber? —pregunté.

—Los dos comen de todo —dijo Catalina—. Mateo está medicado, pero de eso te hablamos mañana en privado. Nada urgente.

—¿Medicado de qué? —pregunté, porque me pareció oportuno y porque me extrañó que aquella información tan central viniera envuelta en un «nada urgente».

Hubo un parón breve. Catalina y Hugo se miraron por encima de las cabezas de los niños. Fue una mirada de coordinación, de las que un matrimonio ya muy entrenado intercambia sin necesidad de palabras: «este tema, ahora no».

—Ansiedad infantil —dijo Hugo, en el mismo tono con que habría dicho «sinusitis»—. Es leve. El neurólogo está encantado con la evolución. Te lo explicamos mañana. No es nada que cambie tu trabajo, Olivia.

Asentí. Apunté: «Está medicado por ansiedad. El padre lo dice mirándome a los ojos. La madre mira el plato».

De postre hubo helado de turrón aunque no era Navidad. Alba pidió segundo plato de helado y se lo dieron. Mateo no probó el suyo. Cuando Catalina se levantó a llevar a los niños arriba para los baños, Hugo se quedó conmigo en la mesa. Esperé. Yo entiendo cuándo alguien va a hablar y solo necesita que la otra parte calle.

—Olivia —dijo, doblando la servilleta con cuidado—. Hay tres reglas en esta casa. No te las voy a poner por escrito porque me parecería ofensivo. Pero, por respeto a ti y a nosotros, te las digo aquí, ahora, claras. ¿Te parece?

—Me parece.

—Una: jamás los niños solos cerca de la piscina, ni cubierta, ni descubierta, ni en invierno. Cero excepciones. Si suena el teléfono y estás con ellos en el jardín, no contestas hasta que estén dentro. Si la casa arde, salvas primero a los niños.

—De acuerdo.

—Dos: no entras en el ala oeste de la planta baja. Está cerrada con llave, así que tampoco vas a poder. Es el despacho mío. Hay

documentos sensibles. Es trabajo y no es cuestión de discreción contigo, es cuestión de protocolos. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—Tres —dijo, y aquí bajó un poco la voz aunque estábamos solos —. No hablas con los niños de mi hija mayor. Si sale el tema, te lo derivan a Catalina o a mí. Si Alba te dice algo, no la corriges, no la asustas, no la confundes. Tampoco se lo cuentas a ella. Sonríes y cambias de tema.

Su hija mayor. No habían mencionado a una hija mayor. La conversación de la entrevista solo había incluido a Mateo y a Alba.

—Su hija mayor —repetí, con cuidado—. ¿Cómo se llama?

—Lucía —dijo Hugo, y por primera vez en toda la noche le tembló la mandíbula. Fue un temblor diminuto, controlado al segundo, pero ocurrió—. Tiene quince años. Estudia fuera. No es un tema delicado, es un tema… privado. Catalina prefiere no exponerlo al servicio. Tú eres más que servicio, ya lo entiendes, pero la regla es la misma. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Se levantó. Me deseó las buenas noches. Yo subí a mi habitación y me senté en la butaca, sin encender la luz, con la ventana abierta sobre el jardín a oscuras. Pensé en la pulsera infantil con el nombre de Lucía guardada bajo una Biblia en mi mesilla. Pensé en una hija mayor de quince años que se llama Lucía. Y luego pensé en una cosa más, una cosa que no había querido pensar durante la cena: que Alba, hablando de aquel cuarto, había usado el verbo en pasado. «Era la habitación de Lucía». No «es». Era.

Una niña de cuatro años no se equivoca con un verbo cuando habla de una hermana de quince que estudia fuera. Una niña de cuatro años no dice «era» de un cuarto cuando la hermana puede volver el fin de semana.

Bajé la mano hasta el cajón y volví a sacar la pulsera. La llevé hasta la ventana y, contra la luz tenue de la luna, leí mejor lo grabado. No solo decía «Lucía». Decía «Lucía, 2010». Una pulsera

infantil con un año grabado. Quince menos seis. Una pulsera de cuando la niña tenía seis años. Hace nueve años.

Y a Olivia Marín, que nunca se asusta deprisa, le dio un escalofrío.

4 LO QUE SÉ HACER

A los tres días yo ya tenía la rutina dominada. Eso es lo que sé hacer. Soy buena con las rutinas, las construyo en menos de una semana, y a partir de la segunda semana parecen llevar ahí toda la vida. Es mi truco profesional y, si soy honesta, también mi tapadera. Una persona con rutina previsible nunca parece sospechosa. Una persona con rutina previsible es invisible.

A las siete y diez llamaba a la puerta de Mateo, despacio, dos golpes. Si no contestaba, lo cual ocurría siempre, abría con cuidado y entraba. Mateo dormía siempre en posición fetal, con la espalda contra la pared, y se despertaba sobresaltado, no por mí, sino por algo dentro de él que se despertaba antes que sus ojos. Yo decía: «Buenos días, campeón», sin más. Él se incorporaba en silencio y se iba al baño.

A las siete y veinte iba a la habitación de Alba. Alba ya estaba despierta, sentada en su cama, hablando con su muñeca. Le decía cosas que yo no entendía porque eran cosas suyas. Cuando me veía, paraba.

A las siete y media bajábamos a la cocina. La asistenta del polo negro, que se llamaba Inés y que yo poco a poco fui consiguiendo que me dirigiera la palabra, dejaba tres tazas y tres tazones, fruta cortada, tostadas. Catalina nunca desayunaba en la cocina; lo hacía en la salita del piso de arriba, con un café y un tablet. Hugo bajaba a veces, otras no. Cuando bajaba, leía la prensa de papel en silencio. La prensa de papel ya casi nadie la lee, pero en esa casa entraba todos los días, planchada por alguien antes de que Hugo la tocara.

A las ocho menos cuarto llevaba a los niños al coche. Conducía yo. El coche era un SUV alemán negro, con asientos de cuero color crema y un olor a coche nuevo que no se había marchado en dos

años. Mateo iba en el asiento detrás del mío, Alba detrás del copiloto. Mateo miraba por la ventana. Alba cantaba.

El colegio estaba a doce minutos. Lo recorrí cien veces ese primer mes y nunca dejé de fijarme en los detalles del camino. Una salida secundaria a la izquierda, donde un camino de tierra se metía hacia las afueras del pueblo. Una gasolinera con cuatro surtidores, una hamburguesería cerrada los lunes, un cartel viejo de un partido político que había desaparecido tres elecciones atrás. Eso lo apuntaba mentalmente. Yo siempre apunto los caminos de vuelta antes de saber si voy a tener que volver corriendo.

Después del colegio, según el día, tenía clase de natación Alba, o piano Mateo, o las dos cosas, o nada. Los miércoles, Mateo tenía sesión con su psicóloga. Yo lo dejaba en una puerta de cristal de un edificio moderno del centro y esperaba en el coche. La psicóloga se llamaba Mónica Bedoya y, según la web que consulté en mi habitación esa primera noche, llevaba veinte años trabajando con trastornos del apego en niños. No con ansiedad. Con trastornos del apego. No es lo mismo. Una vez lo apunté, no se me olvidó.

Los Velarde habían tenido niñeras antes de mí. Cuatro, según pude reconstruir a base de pequeñas pistas: una sudaca a la que se referían como «la chica de Mateo de bebé», una francesa que «no encajó», una española mayor que «se jubiló de golpe» y una a la que Inés llamaba «la rumana» sin nombre, y a la que cortaba la conversación cada vez que yo intentaba que entrara en detalles. Las cuatro habían dormido en mi misma habitación. La rumana había sido la última, había estado ocho meses, y se había marchado en agosto, justo dos semanas antes de que apareciera mi anuncio en el portal donde Catalina me encontró.

Eso último lo supe el cuarto día, cuando Inés se descuidó un momento. Estábamos las dos en la despensa, Inés mirando la lista de la compra y yo apuntando lo del colegio, y le dije, así, suelto:

—Inés, ¿no se aburre una en esta casa tan grande?

Ella sonrió sin enseñar los dientes.

—La que vino antes que tú se aburrió.

—¿La rumana?

—No la llame rumana, que se llamaba Mihaela. Era de Cluj. Y no era que se aburriera, es que tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

Inés cerró la libreta y me miró a los ojos por primera vez desde que yo había entrado en aquella casa.

—Mira, niña. Tú haz tu trabajo. Cuida a los críos. No te metas en las habitaciones que no son tuyas, no preguntes por la mayor y no salgas de noche por el jardín. Si haces eso, aquí se vive bien.

—¿Y si no?

—Si no, te irás como Mihaela. O peor.

Y se llevó la lista. Yo me quedé en la despensa, oyendo el zumbido del congelador grande, y pensé: «Ya está. No es solo mi paranoia». Inés es de esa clase de mujeres que llevan veinte años en una casa y conocen los olores antes que los dueños. Si ella decía «miedo», es que había miedo. Y si ella decía «o peor», es que aquella habitación al final del pasillo había visto irse a personas de las que era mejor no preguntar.

Esa noche, después de acostar a Mateo, me senté en la butaca de mi cuarto con la luz apagada. Saqué el móvil. Tenía, por costumbre, dos números guardados sin nombre, solo con una letra: K y D. Marqué K.

—Soy yo —dije.

—Hace tres días que no llamabas. Empezaba a pensar que…

—Estoy dentro. Empieza la lista. Apúntate: hija mayor, Lucía, quince años, oficialmente estudia fuera. Pulsera con su nombre escondida en mi habitación. Niñera anterior se llamaba Mihaela, de Cluj, se marchó con miedo. Hugo Velarde tiene una ala cerrada con llave. Mateo está medicado y va a una psicóloga especializada en apego, no en ansiedad. Y la mujer me contrató en doce minutos sin pedir referencias verificadas.

K se quedó callada al otro lado.

—Olivia.

—Dime.

—Esto no es lo que pensábamos.

—Ya lo sé. Por eso te llamo.

Y colgué. Y me quedé mirando la luna sobre el jardín y la silueta del edificio bajo de tejado plano que se alzaba al fondo, al final del sendero, detrás de los árboles. Ese edificio bajo que, según Hugo, era una caseta de aperos. Y al que ningún jardinero había entrado, ni salido, en los tres días que yo llevaba allí.

5 EL CUADERNO AZUL

El segundo domingo encontré el cuaderno azul. No fue por casualidad. Es decir, fue por casualidad solo en la medida en que yo había planeado que algo así me pasara más tarde o más temprano, porque cuando una se instala en una casa ajena con la intención de mirar bajo las alfombras, las cosas acaban apareciendo. Pero el momento exacto sí lo decidió el azar.

Catalina y Hugo habían salido a comer con unos socios. Inés tenía el domingo libre y se había ido a Madrid a ver a una sobrina. La cocinera entre semana era otra mujer, pero los domingos no venía. La casa, por primera vez desde mi llegada, era mía y de los niños. Solo nuestra. Una de esas tardes raras en que el silencio deja de ser amenaza y se convierte en lujo. Hice palomitas. Puse a Mateo y a Alba una película en el salón de la tele. Mateo, por primera vez, se rio en alto en mi presencia. Anoté ese sonido en algún sitio de mi cabeza con tinta indeleble: «Mateo, segundo domingo, riéndose a las cuatro y veinte de la tarde durante una escena de pingüinos». Una persona no se ríe así si no tiene confianza con quien tiene al lado. Estábamos avanzando.

A mitad de la película, Mateo dijo:

—Olivia, ¿puedo enseñarte una cosa?

—Lo que quieras.

Se levantó. Miró a Alba. Alba estaba absorbida por los pingüinos. Mateo me hizo un gesto de cabeza hacia la puerta. Salimos los dos del salón de la tele y subimos al primer piso. Lo seguí hasta su habitación. Cerró la puerta detrás de mí.

—No se lo digas a mi madre —susurró.

—No se lo voy a decir.

—Prométemelo.

Lo miré. Era un niño de siete años con un flequillo demasiado largo y un ojo izquierdo que parpadeaba un poco más rápido cuando se ponía nervioso. Le prometí.

Se subió a la cama, palpó por debajo del colchón hacia el centro, sacó la mano con un cuaderno azul de gusanillo, tamaño cuartilla, cubierta blanda, pegatinas de un equipo de fútbol en la portada.

—Esto era de Lucía —dijo.

Otra vez «era». Y un niño de siete años usando ese verbo me dolió más que cuando lo había usado su hermana, porque a los siete una ya sabe que «era» y «es» no son lo mismo, y el niño tampoco se equivocó.

—¿De Lucía? ¿De tu hermana mayor?

Asintió.

—No es para leer cosas suyas. Es para que tú lo guardes. Mi madre tira las cosas suyas. Las tira al cubo y luego al fuego. Yo lo escondí.

—¿Cuándo lo escondiste, Mateo?

—Cuando nos dijeron.

—¿Cuándo os dijeron qué?

Mateo dudó. Miró la puerta. Miró el cuaderno. Volvió a mirarme.

—Cuando nos dijeron que se había ido a estudiar fuera.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace mucho.

—¿Cuánto es mucho para ti?

—Yo tenía cinco años.

Cinco. Mateo tenía siete. Dos años. Dos años «estudiando fuera» sin volver, sin llamadas que un hermano pequeño recordara, sin Skype, sin nada. Una adolescente de quince llevaba dos años sin pisar su casa, y sus dos hermanos pequeños hablaban de ella en pasado.

Cogí el cuaderno. Mateo bajó de la cama y se sentó en el suelo, abrazándose las rodillas.

—Mateo —dije, bajando yo también—. ¿Tu hermana Lucía está…? —y no supe cómo terminar la frase. No supe en qué dirección preguntar.

—No sé —dijo él—. Yo la oigo a veces.

—¿La oyes?

—De noche. Por la ventana.

Sentí el frío en la nuca. Antes del miedo, el frío. Hay un orden.

—¿Qué oyes, Mateo?

—Llora. Y a veces canta. Cuando hay viento del este, mi padre cierra esa ventana. Si está mi madre, también la cierra. Yo finjo dormir.

No dije nada durante un buen rato. Mi cabeza estaba calculando demasiadas cosas a la vez para construir una frase de adulto. Un niño de siete años que oye a su hermana llorar de noche, una hermana que oficialmente estudia fuera, un edificio bajo al fondo del jardín, una ala cerrada con llave, una pulsera infantil con el nombre de la hermana mayor escondida en un cuarto donde habían dormido cuatro niñeras antes que yo y de las cuales la última se había marchado con miedo.

—Mateo —dije por fin, y elegí cada palabra—. Yo te creo.

Levantó la cara muy despacio. Tenía los ojos enrojecidos pero no estaba llorando todavía. Estaba reteniendo. Es difícil ver a un niño de siete años reteniendo el llanto porque ha aprendido que su llanto trae consecuencias, y es de esas cosas que, cuando las ves, te cambian la temperatura de la sangre.

—¿Me crees? —dijo.

—Te creo. Y voy a ayudarte. Pero necesito que hagas dos cosas por mí.

—Vale.

—Una. No le digas a nadie que me has enseñado el cuaderno ni lo que me has contado. A nadie. Ni a tu hermana, ni a Inés, ni a la psicóloga.

—Vale.

—Dos. Cuando vuelvas a oír por la noche lo que oyes por la ventana, no abras la ventana, no te asomes. Solo vas a coger un papel pequeño y vas a apuntar la hora. Eso es todo. Apuntar la hora. ¿Sabrás?

—Sí.

—Y me lo das a mí por la mañana.

—Vale.

Bajamos. Acabamos la película con Alba. Cuando los Velarde volvieron a las siete y cuarto, todo estaba ordenado, todo limpio, todo silencioso. La rutina que yo había construido en una semana funcionaba ya tan bien que parecía que llevaba allí desde siempre. Yo subí a mi habitación, cerré la puerta con llave, y abrí el cuaderno azul.

Las primeras hojas tenían letra de niña pequeña, redonda, infantil. Listas de los amigos del colegio. Sumas. Dibujos de princesas. La letra fue cambiando con las páginas. Hacia la mitad del cuaderno había entrado ya una letra adolescente, irregular, llena de tachones. Habían empezado las quejas. Quejas pequeñas, normales: una profesora, una compañera. Después, quejas mayores: mi padre, mi padre, mi padre.

Las últimas diez páginas, las que habían sido escritas justo antes de que el cuaderno se escondiera bajo el colchón de Mateo, no eran ya quejas. Eran otra cosa.

Eran un diario de huida.

6 LO QUE ESCRIBÍA LUCÍA

No voy a transcribir todas las páginas, pero sí las que importan. Las copié, porque no me fié del cuaderno conmigo: lo que está bajo un colchón en una habitación que no es la mía es un objeto frágil. Esa noche, después de dejar a los niños acostados y de bajar a cenar con Hugo y Catalina como si no pasara nada, subí, cerré con llave, encendí la lámpara del escritorio, abrí mi propia libreta —yo siempre llevo una libreta sin tapa, una libreta tonta, color crema, que no parece nada— y copié, palabra por palabra, lo escrito por Lucía Velarde en las últimas hojas de su cuaderno azul.

La primera entrada de huida llevaba fecha del 4 de marzo. No constaba el año, pero el contexto era claro: Mateo aparecía como «el peque», o sea, tenía menos de cinco años, así que aquello era hace dos años y medio, más o menos. Lucía tendría doce.

«Hoy le he dicho a mi madre que quería irme al internado de las primas en Madrid. Me ha dicho que ya hablaremos. Ya hablaremos significa nunca».

«Mi padre dice que las niñas listas no necesitan irse fuera, que aquí estoy mejor. Mi padre dice muchas cosas».

«Llevo dos meses sin clases de equitación. Ha despedido a Mariano. Mariano era el único que sabía que me había salido un moratón en el brazo después de lo del cumpleaños. Me ha dicho que ahora va a venir un profesor nuevo, de su confianza».

Apunté: «equitación, profesor nuevo, de su confianza». Apunté con tinta diferente: «moratón en el brazo después de lo del cumpleaños».

Una entrada de mayo, ya con letra más nerviosa, líneas más juntas:

«Hoy le he contado a Mónica que mi padre entra de noche en mi habitación. Mónica me ha dicho que es importante decir la verdad. Le he dicho la verdad. Mónica me ha pedido permiso para hablar con mi madre. Le he dicho que sí. Estoy temblando todo el día. Hoy es jueves».

Mónica era la psicóloga. La misma Mónica Bedoya a la que ahora llevaban a Mateo los miércoles. La especialista en trastornos del apego. Apunté tan fuerte que rompí la mina del bolígrafo.

Una entrada de junio, sin fecha exacta:

«Mi madre ha hablado conmigo. Me ha dicho que estas cosas no se cuentan fuera. Que estas cosas se quedan en casa. Que mi padre está pasando una mala racha. Me ha dicho también que Mónica ya no va a ser mi psicóloga, que la psicóloga de Mateo sí va a ser ella, pero la mía no. Que la mía va a ser otra señora».

«Le he preguntado por qué a Mateo sí y a mí no. Me ha dicho que Mateo es más pequeño».

«Yo creo que es porque Mateo todavía no entiende. Cuando entienda, le quitarán a Mónica también».

Y luego, dos páginas en blanco, y, después, esta:

«He cumplido trece años. Mi padre me ha regalado un colgante con una L. Me lo he quitado en cuanto se ha ido. Lo he tirado al estanque».

«Mi madre llora cuando él no está, y se ríe cuando él entra. Es lo mismo que hacíamos las niñas en el patio cuando llegaba la profesora gritona. Mi madre tiene miedo de mi padre. Pero también tiene miedo de quedarse sin esta casa. No sé cuál de los dos miedos gana».

«Si gana el primero, nos saca de aquí algún día».

«Si gana el segundo, me toca a mí».

Una entrada de septiembre, la última que estaba escrita con calma. A partir de ahí, todo se descontrola.

«Si me pasa algo, lo he dejado por escrito en otro sitio. He hablado con T. T va a guardarlo en su casa. Si yo le digo a T las palabras correctas por teléfono, T lo lleva a la guardia civil de Aranda. Estoy preparada».

T. Una inicial, sin más. Una T en la vida de una niña de trece años que estaba preparando una salida de emergencia y había escondido pruebas en casa de alguien fuera de la finca. Cabía la posibilidad de que T fuera Tomás, Teresa, Tania, una amiga del colegio, una vecina, alguien del personal externo. Cualquier cosa.

Las últimas entradas eran ya breves, urgentes, casi en clave. Habían sido escritas en las semanas anteriores a su desaparición oficial, antes de que sus padres dijeran a Mateo y a Alba que «se había ido a estudiar fuera».

«Han cambiado las cerraduras de la cocina y del jardín».

«Mi madre me ha quitado el móvil. Dice que estoy obsesionada con el móvil».

«Han echado a Inés tres días para hacer obras. Pero no había obras».

Esa frase me dejó sin aire. Inés. Mi Inés. La Inés de polo negro y delantal blanco que me había dicho «aquí se vive bien si no preguntas». La Inés que me había advertido. Aquella Inés llevaba en la casa el tiempo suficiente para que la hubieran sacado a propósito tres días, hace dos años, para hacer algo que no eran obras.

«Hoy he llamado a T desde el teléfono fijo de Inés. Le he dicho las palabras correctas. T lo va a llevar. Si no doy señales antes del viernes, lo va a llevar igual».

«Es jueves por la noche. Estoy escribiendo esto y luego escondo el cuaderno. Mateo, si algún día lo lees y yo no estoy, dile a alguien lo que sabes. No tengas miedo. Yo te quería un montón. Y a Alba también. Decidle a Alba que no me olvide aunque no se acuerde».

Y ahí terminaba.

Cerré la libreta. Cerré el cuaderno azul. Apagué la lámpara. Me quedé en la oscuridad con el corazón muy ordenado, muy frío, muy

claro, como se me queda siempre que entiendo, sin lugar a dudas, que el trabajo que tengo entre manos ya no es el que era, sino uno mucho más serio.

Lucía Velarde había planeado huir un jueves por la noche, hace dos años. Lucía Velarde no había huido. Lucía Velarde, según el padre, estudiaba en el extranjero. Según el hermano, lloraba y cantaba a veces por la ventana cuando hacía viento del este. Y la Guardia Civil de Aranda nunca había recibido un sobre con pruebas, porque, si lo hubiera recibido, esa casa no estaría en pie.

O T no había llevado el sobre.

O T había sido detenido antes de llevarlo.

O T era de la familia.

Pensé en todas las T posibles. Y la lista, sin yo quererlo, se redujo enseguida a la única persona en aquella casa cuyo nombre empezaba por T.

El nombre de pila de Catalina Velarde, según los papeles que yo había hecho que K verificara antes de la entrevista, no era Catalina. Catalina era su segundo nombre. El primero, el que figuraba en su DNI, en su acta de matrimonio y en las escrituras a su nombre, era Teresa.

Teresa Catalina Velarde Olazábal. T.

La madre.

7 QUIÉN SOY YO

Antes de seguir adelante hay que parar a contar quién soy yo. Lo voy a hacer aquí porque a partir del capítulo siguiente las cosas se aceleran y, cuando se aceleran, no hay tiempo para presentaciones. Y porque si una persona va a leer esto, conviene que sepa con quién está. No con la persona que parecía Olivia Marín, niñera de los Velarde, sino con la persona que estaba debajo de ese nombre.

Mi nombre real, el que figura en mi partida de nacimiento, no lo voy a poner. No es por dramatismo. Es porque, cuando todo esto termine, voy a necesitar volver a usarlo, y el papel impreso de mi pasado ya no me va a perdonar más errores. Llamémosle, para los efectos de esta página, X.

X nació en Sevilla. X creció en un piso pequeño en el barrio de la Macarena, con una madre que limpiaba edificios de oficinas por las noches y un padre que entraba y salía de la cárcel de Sevilla II por delitos menores. Cuando X cumplió diez años, su madre se murió de un cáncer que se diagnosticó tarde porque no había ido al médico en seis años. X pasó al cuidado de una tía y dos primos. La tía hacía lo que podía. Los primos eran malos. X aprendió pronto a leer las habitaciones y a buscar las puertas, y aprendió que la palabra «familia» no es siempre una palabra buena. Esa fue la primera lección.

La segunda lección la aprendió X a los diecisiete, cuando un trabajo de canguro a domicilio se torció. La señora de la casa, una abogada del centro, descubrió que su marido entraba en el cuarto de la niña por la noche. La señora, en vez de denunciarlo, despidió a la canguro. Es decir, despidió a X. La justificación oficial fue que la canguro había roto un jarrón. La realidad fue que la canguro había visto. Y a las personas que han visto se las saca de la escena cuanto antes. Esa fue la segunda lección.

La tercera lección, la que de verdad importa, vino diez años después, en Marbella. Es lo que yo no quería contar todavía y que ahora me toca. Trabajé un año en casa de los Berrocal, que era una familia con dinero y dos hijos, una niña y un niño. Yo era la niñera y se suponía que también la profesora de inglés, aunque mi inglés no daba para mucho. El marido se llamaba Beltrán Berrocal y era una persona razonable, de las pocas. La señora Berrocal era una mujer enferma de los nervios, medicada y borracha por las tardes. Yo cuidé bastante bien de los niños mientras pude.

Una noche, al volver de cenar fuera, los Berrocal se encontraron a su niña, de seis años, jugando con un fósforo encendido en la alfombra del dormitorio principal, prendiéndole fuego a un papel. La niña era pirómana incipiente, lo había sido ya antes, y yo no había vigilado lo suficiente. La salida del armario de los Berrocal me dejó en evidencia. Salí mal de aquella casa. La señora Berrocal me amenazó con denuncias varias y, después, cuando se le pasó la borrachera, accedió a firmarme una carta neutra de recomendación a cambio de que yo desapareciera de Marbella en una semana y no volviera a hablar con nadie del mundillo de las niñeras de la zona. Acepté. No tenía elección.

Pero la lección de la tercera lección no es esa. La lección, la que se me quedó dentro, es esta: en los años que llevo entrando y saliendo de casas de gente con mucho dinero, he aprendido que el dinero no compra silencio del modo en que la gente cree que lo compra. El dinero compra el silencio del personal de servicio, sí. Compra el silencio de las niñeras, los choferes, las cocineras, los jardineros. Pero hay un silencio que el dinero no compra: el silencio de los niños. Los niños hablan. Tarde, mal, en pedazos, en sueños, pero hablan. Y a los niños los escucho yo.

Por eso, cuando una persona a la que llamaré K, una periodista a la que conocí en Marbella en uno de esos cócteles donde la servidumbre suele oír más de lo que conviene, me contactó hace seis meses y me propuso entrar en una casa concreta para confirmar una sospecha concreta, dije que sí. K había recibido un soplo. Un soplo viejo, de un guardia civil retirado de Aranda de Duero, sobre

una familia rica de la zona en la que una hija adolescente había desaparecido sin denuncia, y en la que las niñeras se sucedían cada nueve meses, y en la que un edificio bajo al fondo de la finca estaba consumiendo electricidad para tres personas sin que constara nadie viviendo allí.

K me dijo: «No es para escribir un reportaje todavía. Es para mirar. Si hay algo, tú te sales y entramos en serio. Tú no eres periodista, tú no eres policía, tú eres niñera. No vas a denunciar. Vas a mirar».

Acepté el trabajo por el dinero, no lo voy a negar. K me pagaba mensualmente una cantidad pequeña pero útil, y, si confirmábamos algo, había acordada una cantidad mayor cuando saliera el reportaje. Pero también acepté por la niña. Por la niña que ya entonces, aunque no tuviera ni cara ni nombre para mí, llevaba dos años sin pisar la calle. Por la niña que ahora sé que se llamaba Lucía Velarde.

Y aquí, en este escritorio, en este cuarto al final del pasillo, con un cuaderno azul guardado bajo el colchón de un niño de siete años y otro cuaderno escrito por mí con copia de las palabras de su hermana mayor, dejo claro lo que soy: una mujer infiltrada bajo nombre falso en una familia con secretos, con un trabajo profesional encima y una cuenta personal pendiente debajo. La cuenta personal es que la niña de Marbella, la pirómana, también recibía visitas nocturnas en su cuarto. Y yo, cuando aún era X y no era todavía Olivia, lo supe, no hice nada, y me echaron por un jarrón.

Si Lucía Velarde está viva, va a salir de esta casa.

Si no lo está, los que la silenciaron van a saber que la siguiente persona que se sentó en su cuarto no era una niñera.

Y para que esto quede claro: yo no soy una buena persona. Pero esa noche, después de cerrar el cuaderno azul, decidí que iba a hacer lo que correspondía hacer, aunque me costara muy caro. Quien diga que solo los buenos hacen las cosas buenas no ha vivido lo suficiente.

8 LA CASETA

El plan inicial no era entrar en la caseta del fondo. Era estudiarla primero. Una semana de observación. Las horas a las que se encendía la luz, si se encendía. Las horas a las que pasaba alguien, si pasaba. Y, sobre todo, el comportamiento de los perros respecto a esa zona del jardín. Porque los perros, los dóberman silenciosos de la entrada, eran mi mayor problema sin resolver.

Llevé a cabo la primera fase del plan sin saltarme un detalle. Compré, en la papelería del pueblo donde llevaba a Alba a comprar libros, un reloj de pulsera barato con cronómetro. Empecé a anotar todo en mi libreta crema. A las 22:14 del lunes, una luz se encendió en una ventana lateral del edificio bajo durante once minutos. A las 23:02 del miércoles, la misma luz. A las 21:46 del jueves, otra vez. Jueves. Lucía había escrito su última entrada un jueves.

Más datos: Hugo Velarde salía de la casa principal cada uno de esos días por la puerta trasera, siempre por la trasera, nunca por la principal, con un termo y una bolsa pequeña de tela. Iba al edificio del fondo por el sendero entre árboles. Volvía cincuenta o sesenta minutos después, con el termo vacío y la bolsa también vacía. Los perros nunca, nunca, le ladraban. Eso era información gigantesca: los perros conocían el recorrido, lo aceptaban, no lo registraban como anómalo. Es decir, ese recorrido era una rutina antigua.

Catalina, en cambio, no iba nunca. Catalina, en la semana de observación, no se acercó a esa zona del jardín. Catalina se cuidaba de no mirar en esa dirección desde las ventanas del piso de arriba. Esto último puede sonar como una sutileza inventada por una observadora paranoica, pero, créanme, una persona que evita mirar a un lugar concreto cuando se acerca a una ventana tiene un patrón de movimiento muy reconocible. Yo lo conozco. Lo vi.

Mateo, por su parte, cumplió. Una mañana, al cuarto día, bajó a desayunar y, al cruzar conmigo en la cocina, me dejó un papelito pequeño doblado en cuatro encima de la encimera. Inés no lo vio porque Inés estaba sirviendo el café a Hugo. Yo me guardé el papel en el bolsillo y lo leí más tarde, en el baño, con la puerta cerrada. Decía, con letra de niño: «Anoche otra vez. 23:11. Llora».

Veintitrés once. Once minutos después de que se encendiera la luz en mi cuaderno de observación. Coincidencia, no.

El sábado por la noche se presentó la ocasión. Hugo y Catalina cenaban fuera en Madrid con unos amigos. Inés se había ido a su casa después de hacer la cena de los niños. Yo había acostado a Mateo a las nueve y media y a Alba a las diez. La casa estaba mía hasta las doce, hora a la que los Velarde, si seguían las costumbres del fin de semana anterior, no volverían antes.

Salí al jardín por la puerta de la cocina. Llevaba ropa oscura, zapatillas con suela de goma, una linterna pequeña de luz roja —la luz roja se ve mucho menos en la distancia— y un guante en la mano derecha. En el otro bolsillo llevaba, doblada en un papel film, una loncha de jamón de york del frigorífico. Los dóberman, según había observado, eran dóberman, no autómatas. Comen, y, sobre todo, comen jamón de york.

Salieron a recibirme antes de que cruzara el patio de la cocina. Dos siluetas elegantes, en silencio, una a cada lado. No gruñeron. No saltaron. Solo se colocaron uno a cada flanco, atentos. Me agaché. Les ofrecí el york abierto en la palma. Tardaron lo justo en olerlo, no en comerlo. El primero comió. El segundo comió. Les acaricié detrás de la oreja, y dejé que olieran mi muñeca. Apunté: «Estos perros no son perros de ataque por instinto. Son perros entrenados a no ladrar a quien la familia ha autorizado. Y, ahora, yo. Esto es información útil, y peligrosa».

Me siguieron por el sendero. Yo no les pedí que se quedaran. Si me seguían, mejor: aprendían a asociar mi olor con el camino al fondo.

El edificio bajo era más pequeño de lo que parecía desde la ventana. Un rectángulo de hormigón pintado de blanco hueso, cubierta plana, sin ventanas en tres de los lados. La ventana lateral que se iluminaba a veces estaba en la cara este, a una altura de metro ochenta, con un cristal opaco y una reja exterior. Lo más raro no era la reja: era el grosor de la puerta principal, una puerta de acero sin remates decorativos, con una sola cerradura de seguridad de las caras, en la cara norte. No había timbre. No había felpudo. Había una arandela de cemento en el suelo, frente a la puerta, con marcas de pisadas.

Rodeé el edificio dos veces. En la cara sur, sin ventanas, había un respiradero a la altura del suelo, cubierto por una rejilla metálica, con un olor leve a humedad cálida que salía de él. Un aire que olía a casa habitada. No a aperos, no a tractor, no a gasolina. A casa. A cocina, incluso, si el olfato no me engañaba, a cocina de hace varias horas.

Una pelota de tenis vieja, descolorida por la lluvia, estaba metida bajo un arbusto al lado del respiradero. Una pelota. ¿Pelota de qué, de los perros? Los dóberman, al verme mirar la pelota, no se acercaron a ella. La pelota no era de ellos.

Me agaché ante el respiradero y, con la cara muy pegada, susurré, en voz baja:

—¿Lucía?

Esperé.

Hubo dos segundos largos. Y luego, dentro, alguien tosió. Una tos breve, ahogada, contenida, de quien tose en una almohada para que no se oiga. Una tos humana. No de mascota, no de máquina. Humana.

Mi corazón hizo lo que tenía que hacer y siguió bombeando. Yo no soy de gritar. Aspiré con la nariz, dejé pasar tres segundos para no sonar trémula y dije, todavía muy bajo:

—Si me oyes, no contestes en voz alta. Da dos golpecitos en la pared. Dos.

Esperé.

Dos golpecitos. Suaves. Casi inaudibles. De alguien que entendía la instrucción y, al entenderla, demostraba que estaba consciente y orientada.

—Bien —dije—. Soy una amiga. No estoy sola. Voy a venir a por ti. Necesito unos días. Vas a estar bien.

Otros dos golpecitos.

—Si te oyen entrar a tu padre, no le digas que has hablado con nadie. ¿De acuerdo? Dos.

Dos.

—Tu hermano Mateo está bien. ¿Lo oyes a veces? Dos.

Tres golpecitos esta vez, lentos, deliberados. Tres. Sí, también. O un sí enfatizado. Yo lo interpreté como un sí grande.

Cerré los ojos. La parte de mí que no es la profesional, sino la otra, la que viene de la Macarena, hizo algo dentro del pecho que me dolió mucho. Y me oí decir, en un susurro que sonó como un voto:

—Te juro que te saco de aquí.

Me puse de pie, despacio, sacudiéndome la tierra de las rodillas. Los perros me miraban en silencio. Volví por el sendero, despacio, sin prisa, regulándome el pulso con los pasos. Entré por la cocina. Me lavé las manos. Subí. A las once y media, cuando los Velarde llegaron, me encontraron sentada en el salón pequeño, fingiendo leer una novela. Catalina me sonrió. Hugo me preguntó si los niños habían cenado bien. Le dije que sí. Subió al despacho. Catalina subió a darse una ducha. Yo me retiré a mi habitación, cerré con llave, y, por primera vez desde que tenía catorce años, lloré.

No de pena. De rabia.

De una rabia muy concreta, muy útil, muy fría, de la que mueve a una persona como yo a hacer lo que en los próximos días iba a hacer.

9 ARANDA

El lunes pedí permiso para ir a Aranda a comprarme unas botas. Catalina me dijo que sí, sin preguntar, porque yo había aprendido a pedir permisos pequeños para ocultar los grandes. Salí en autobús de la línea local, no en coche, porque el SUV de los Velarde llevaba GPS. Llegué a Aranda a las once y media de la mañana.

Aranda de Duero es una ciudad pequeña, con su plaza, su iglesia, su cuartel de la Guardia Civil, su mercado de los viernes. Una ciudad de provincias, agradable, vinícola, en la que es muy fácil notar al forastero. Por eso entré a una farmacia primero, compré ibuprofeno, pregunté por unas botas, y la farmacéutica me mandó a una tienda en la calle de detrás. La estrategia, en sitios pequeños, es dejarte ver pidiendo ayuda banal antes de hacer nada útil. Que el que te recuerde mañana, te recuerde por las botas.

Compré unas botas. Las llevé en una bolsa. Y entonces fui al cuartel.

No iba a entrar. Iba a fotografiar la entrada y los horarios del registro de denuncias, y a anotar los nombres de los agentes que entraran o salieran en una franja de quince minutos. Eso fue lo que hice, sentada en un banco del parque que daba enfrente, comiendo un bocadillo de tortilla.

El soplo que tenía K, según ella me había dicho una sola vez, venía de un sargento retirado de Aranda que se llamaba Servando Tena. Servando Tena ya no estaba en activo, pero su sobrino sí lo estaba, y se llamaba Iván Tena. Cabo primero, treinta y cinco años, con dos chapas en el pecho. Yo no conocía la cara de Iván Tena. K me había mandado, dos meses antes de la entrevista en la Finca, una foto suya borrosa, sacada de la página del cuartel. La memoricé.

A las doce y diez, Iván Tena salió a fumar a la puerta. Lo reconocí: ojos oscuros, cejas espesas, el corte de pelo militar, una cicatriz pequeña en la mejilla. Se quedó solo cinco minutos. Calculé. Me levanté del banco, crucé la calle, fingí buscar algo en el bolso al pasar a su lado. Y, cuando estaba a un metro, le dije, sin mirarlo:

—Servando manda saludos.

Iván Tena no se movió. Era una persona entrenada para no moverse cuando le decían cosas raras. Pero los ojos sí se le movieron, y lo registró todo: mi cara, mi ropa, mi bolsa de botas.

—¿Y usted quién es? —dijo, con calma.

—La nueva niñera de la Finca Las Adelfas. Necesito hablar con su tío. Hoy.

Iván Tena dio una calada, sin mirarme. Yo me agaché a hacer como que me ataba la zapatilla. Era una buena coreografía. Cualquiera que pasara, vería a una mujer atándose el zapato delante de un guardia civil fumando. Nada.

—El bar Los Olmos —dijo él—. A las dos. Mesa del fondo. Si no aparece en quince minutos, váyase.

—Gracias.

—No me dé las gracias. Y no vuelva por aquí.

Servando Tena apareció a las dos y cuatro. Era un hombre de sesenta y muchos, pelo blanco, manos grandes, jersey de pico marrón sobre camisa azul, gafas de leer colgadas del cuello. Pidió un vino. Yo pedí un agua. No nos dimos la mano. Las normas, en sitios como aquel, son no parecer una reunión.

—Olivia, ¿verdad? —dijo.

—Sí.

—Le voy a contar yo a usted primero, y usted me cuenta después, y así no perdemos tiempo. Hace dos años, en agosto, recibí en mi despacho una denuncia anónima en sobre cerrado a mi nombre, traída a mano por una persona menor de edad. Una chica de unos quince años, no más. Yo no la había visto nunca. No dijo su

nombre. Dejó el sobre con la conserje y se fue antes de que yo bajara.

Apreté la mano alrededor del vaso.

—¿Qué contenía?

—Tres folios escritos a mano, copia, no original. Y dos fotos. Las fotos eran de una habitación de niña con la cama deshecha, sin contexto. Los folios eran un relato firmado como «Lucía V.», dirigido a la guardia civil, en el que la firmante denunciaba abusos continuados por parte de su padre, daba fechas, daba detalles. Daba el nombre completo del padre. Y daba el de la madre, como cómplice por omisión.

—¿Y qué hicieron?

Servando Tena miró el vino. No lo bebió.

—Mire, Olivia. Yo voy a serle franco porque ya estoy retirado y porque la chica está donde está por mi culpa también. Esa denuncia anónima entró, se registró, y, una semana más tarde, desapareció del archivo. Yo estaba ya con un pie en la jubilación. Pregunté. Me dijeron que se había clasificado como anónima sin acreditación y se había archivado provisionalmente. Cuando fui yo mismo a buscarla a los cuarenta días, no estaba.

—Alguien la sacó.

—Alguien la sacó. Alguien con acceso al archivo, o alguien con un favor que pedir a alguien con acceso al archivo. Yo, Olivia, no soy ingenuo. Sé en qué pueblo vivo. Sé qué apellidos compran qué favores. Y los Velarde son una de tres familias en treinta kilómetros que tienen ese poder.

—¿Por qué no insistió?

—Lo intenté. Subí un escrito interno. Me lo devolvieron con un sello que decía que el caso ya estaba cerrado por archivado. Discutí con un superior. Me retiré ocho meses antes de tiempo, por una baja médica un poco forzada. Mi sobrino, Iván, está intentando llegar a esa misma denuncia desde dentro. Pero no sé si llegará.

—¿Y la chica?

Servando Tena me miró. Sus ojos tenían dos cosas: cansancio y un fondo de algo muy parecido a la culpa.

—La chica no volvió a aparecer. Yo, durante meses, pasé en coche por delante de la finca con la excusa de patrullar la carretera. La buscaba en las ventanas. Le pregunté a una mujer del servicio una vez, en el supermercado. La mujer se hizo la sorda y salió por el otro lado. Las niñeras de esa casa entran y salen muy rápido. Y siempre dicen, las que se atreven a decir algo, que la mayor de los hijos «estudia fuera». Pero yo, Olivia, en este pueblo, en estos dos años, no he encontrado a nadie que diga haberla visto en una visita a casa. Ni en Navidad. Ni en verano. Ni en una farmacia. Ni en una estación.

—Está viva —dije.

Servando Tena alzó la cabeza.

—¿Está viva?

—Está en el edificio del fondo de la finca. He hablado con ella. A través de un respiradero. No la he visto. He oído su tos. Y dos golpes, y luego tres.

El hombre se quedó callado un segundo más largo del que se quedan callados los hombres sin emociones. Y luego se quitó las gafas, las dobló sobre la mesa, y se cubrió la cara con las dos manos durante cinco segundos enteros. Y dijo, todavía detrás de las manos:

—Joder.

—Servando. La voy a sacar. Pero, si yo me equivoco una sola vez, va a desaparecer. Si él sospecha, si la madre sospecha, esa niña ya no está mañana por la mañana. Necesito que la Guardia Civil esté preparada y que no sea su gente. Necesito que llamemos a alguien de Burgos, o de fuera, que no le deba favores a nadie en treinta kilómetros.

Servando Tena se puso las gafas otra vez. Cogió un servilletero. Sacó una servilleta de papel. Sacó un boli azul.

Y empezó a escribir un nombre.

10 TRINIDAD ROBLES

El nombre que Servando Tena escribió en la servilleta fue Trinidad Robles. Capitana de la Unidad de Atención a la Familia y la Mujer de Burgos. Cuarenta y siete años. Tres condecoraciones. Un sumario brutal contra una red de explotación en una pedanía burgalesa que había costado la carrera a un teniente coronel implicado. Una mujer, según Servando, «de las que no se compran porque no quieren comprarse». Esa frase la subrayé yo dos veces en mi libreta de copias después.

El propio Servando se ocupó de llamarla aquella misma tarde. Yo volví a la Finca en el autobús de las cinco, con las botas en la bolsa y el corazón quieto. A la entrada me cruzó Hugo, que volvía en coche desde Madrid. Me preguntó si había encontrado lo que buscaba. Le dije que sí, que unas botas estupendas, y se las enseñé. Le sonreí. Subí a mi cuarto y me cambié para la cena. Mateo me esperaba en la escalera, sin que se notara que me esperaba, y, cuando pasé por su lado, le toqué un segundo el hombro. Él no levantó la cara. Pero apretó los labios. Era una forma de respondernos los dos. Lo entendíamos.

Trinidad Robles llamó al teléfono de Servando al día siguiente. Servando me lo transmitió por una vía que habíamos acordado: un mensaje de texto al móvil prepagado que K me había dado al principio del trabajo y que yo escondía en el doble fondo de una funda de gafas vieja, en el último cajón del escritorio. El mensaje decía: «Café mañana, ocho, gasolinera carretera 122. Sola». No firmaba.

Yo estaba esa noche, miércoles, en la cocina, sirviendo la merienda de los niños, cuando vi por la rendija de la puerta entreabierta del despacho de Hugo —rendija de tres centímetros, la puerta no estaba cerrada con llave aquella noche— a Hugo de pie

hablando por teléfono con alguien. Lo miré sin mirarlo. Una norma básica: los hombres como Hugo se huelen las miradas como huelen los perros el miedo. No lo miré con los ojos, lo miré con la oreja izquierda.

—Mañana me la traes a la una —decía—. No más tarde. Y, oye, si la madre llama, no se lo dices. Si la madre llama, le dices que estás aquí, sí, pero que no estoy yo. ¿De acuerdo? Bien.

Colgó. Yo seguí poniendo galletas en el plato. Apunté después, en la libreta: «Hugo cita a alguien mañana a la una. Una mujer. No quiere que Catalina lo sepa. ¿Una amante? ¿O alguien relacionado con la niña?».

Y por la noche tomé una decisión que tendría consecuencias enormes y que, si tuviera que volver a tomar, volvería a tomar. Decidí que iba a poner una cámara dentro de la casa. En el despacho. Una cámara pequeña, de las que se compran por catorce euros, oculta dentro del lomo hueco de un libro decorativo de los que abundaban en las estanterías de Hugo, y que tenía batería para grabar treinta y seis horas seguidas. K me la había proporcionado tres semanas antes, en mi día libre, en una cafetería de Aranda, con la consigna de no usarla salvo en el caso de tener una franja segura y una hipótesis específica.

Tenía las dos. Franja segura: jueves por la mañana, después de llevar a los niños al cole, antes de la cita misteriosa de Hugo a la una. Catalina, los jueves, tenía pilates a las once y media. Inés iba al mercado los jueves a las once. Hipótesis específica: Hugo iba a recibir a alguien y a hablar de algo importante. Si tenía suerte, ese «algo» iba a ser la niña.

Yo no soy persona temeraria. Yo soy persona muy planificada. Repasé los riesgos: que la cámara fuera detectada, que la batería fallara, que Hugo cambiara de planes y cerrara la puerta con llave. Repasé las salidas: si me pillaba dentro del despacho, mi excusa sería que estaba buscando un sacapuntas para Mateo. Si la cámara aparecía después, no tenía forma de relacionarme directamente, había sido comprada en efectivo en una tienda de Madrid en mi día

libre. Si todo salía mal, mi última jugada era irme corriendo de la finca esa misma tarde, dejarlo todo, llamar a K y a Trinidad y testificar lo poco que tuviera.

El jueves por la mañana lo hice. A las diez en punto, con los niños en el cole, Inés en el mercado y Catalina en pilates, entré en el despacho. Hugo había salido al pueblo a comprar el periódico inglés que él leía los jueves. La puerta estaba cerrada, sí, pero no con llave: un descuido suyo o la confianza inherente de quien siempre se sale con la suya. Crucé la habitación en cinco pasos. Coloqué el libro hueco en una estantería de altura media, donde había otros tres de la misma editorial. Encendí el dispositivo con un imán pequeño. Salí. Cerré la puerta. Tardé un minuto y dieciocho segundos según el cronómetro del reloj barato. Cuando llegué a la cocina, Inés estaba volviendo del mercado, una hora antes de lo previsto, y por un segundo pensé que iba a desmayarme. Pero respiré. Le dije que el café se había quedado frío y que iba a hacer otro. Ella me dijo que ya lo hacía ella, y nos pasamos los siguientes treinta minutos preparando juntas las verduras para la comida.

A las doce y media estaba yo de vuelta en mi habitación con la libreta sobre las rodillas, escuchando el silencio. A la una menos cuarto oí el motor de un coche por el sendero. A la una en punto se cerró la puerta del despacho desde dentro. La cámara, si estaba funcionando, estaba grabando. Pasaron cincuenta y dos minutos. La puerta volvió a abrirse. Oí pasos que cruzaban el recibidor hacia la salida. Oí un motor que arrancaba. Oí los perros, esta vez sí, ladrando, pero no a la persona que se iba, sino al sonido del motor, que era un motor distinto al del SUV negro. Era un motor más viejo y más ronco. Apunté: «el coche del visitante es viejo, ronco, no es de la familia, no es de los amigos de la familia».

A las dos y cuarto bajé a comer con Catalina, que volvió a casa con el pelo recogido y un kale en una bolsa. Hablamos del cole. Hablamos del piano de Mateo. Hablamos del clima. Yo estaba sonriendo de un modo tan calmado que, esa noche, mientras me lavaba los dientes, me dio un poco de miedo de mí misma.

A las once y veinte, en mi cuarto, con la puerta cerrada con llave, las cortinas corridas, el móvil prepagado en modo avión y los auriculares puestos, recuperé la grabación de la cámara.

La cámara había recogido bien la entrada del visitante. Un hombre alto, joven, treinta años más o menos, traje gris sin corbata, una carpeta de cuero bajo el brazo. Hugo lo saludó como saluda uno a quien paga sin afecto. Le ofreció un café. El hombre rechazó. Se sentaron, Hugo detrás del escritorio, el otro enfrente. La cámara estaba a tres metros, ángulo lateral. Tenía las dos caras, mal pero suficiente.

El hombre dijo:

—La doctora insiste en que necesita exámenes ya. No basta con la analítica del mes pasado. Si la niña está perdiendo peso, hay que llevarla a un sitio donde puedan hacer una resonancia. Y, en algún momento, esa resonancia se va a hacer fuera, señor.

Hugo dijo:

—Eso lo decido yo.

—Lo decide usted, pero, si yo soy responsable del seguimiento médico, le tengo que decir que estoy llegando al límite de lo que puedo hacer aquí. Hay analíticas que dan resultados raros. Hay una bajada de hierro que no se explica si no hay sangrado. Hay un escorbuto incipiente, hablo en serio. Yo no soy un internista, yo soy un médico de cabecera privado, y esto se me escapa.

—El doctor anterior aguantó nueve años.

—El doctor anterior se ha muerto, señor. Y eso lo digo con el respeto que le debo a un colega. Yo, francamente, no quiero ir por el mismo camino. Le pido que me autorice a llevar a la niña, una sola vez, en coche cerrado, a un centro de Madrid con el que tengo confianza, una mañana, y volver. Una mañana.

Hugo se quedó en silencio. Encendió la lámpara del escritorio, aunque no hacía falta. Era un gesto, no una utilidad.

—Si la niña sale de esta casa una sola vez —dijo, muy despacio —, no vuelve.

—Señor, le aseguro que…

—No es un aviso a usted, doctor Almazán. Es un dato técnico. Si la niña sale, se cae todo. Hay protocolos en marcha desde hace dos años. Hay personas a las que pago para que esta situación no exista. Si la niña pisa una calle, ese sistema se cae en cuarenta y ocho horas. Y se cae no solo conmigo, doctor. Se cae con varios. Le incluyo a usted.

Almazán bajó la cabeza.

—Entonces se la traigo aquí —dijo Hugo—. Un equipo entero, si hace falta. Pero la niña no sale. Y, si la niña empeora, doctor, usted me llama a mí. Y yo decido. No la doctora, no usted, yo.

—De acuerdo —dijo Almazán, con voz muy baja.

—No le acompaño a la puerta —dijo Hugo, y el doctor se levantó, recogió su carpeta y salió.

Apagué la grabación. Me quité los auriculares. Me quedé un minuto entero quieta en la butaca, con la espalda muy recta, contando hacia atrás desde diez en la cabeza para no respirar deprisa. Era todo lo que necesitábamos. Era el material de cárcel para Hugo Velarde, para Catalina Velarde por omisión, y para por lo menos un médico de cabecera privado de Madrid. Era el material para que Trinidad Robles entrara en aquella finca con una orden judicial sin pedirle permiso a nadie. Era el final del trabajo.

Y, sin embargo, no era el final. Porque no era todavía el momento de sacar a la niña. Si yo entregaba la grabación a las nueve de la mañana del viernes a Trinidad Robles, el dispositivo judicial tardaría como mínimo veinticuatro horas en montarse. Y Hugo Velarde había dicho, palabras textuales, que si sospechaba algo, la niña «no estaba mañana por la mañana». No me podía permitir veinticuatro horas. Necesitaba que la sacaran antes. O, si no podía, necesitaba contarle al menos a Trinidad la cosa más urgente: hay alguien encerrado, viva, en el edificio del fondo de la finca Las Adelfas, y, si se da una orden mal o se da tarde, ese alguien deja de estarlo.

Tenía hasta el día siguiente para decidir. Subí a apagar la luz de la mesilla de Alba, que la había dejado encendida. Le di un beso en la frente. Bajé al cuarto de Mateo. Mateo no estaba dormido. Mateo me miró desde la cama, con un ojo abierto y otro cerrado, como un pirata.

—¿Está cerca? —susurró.

—Está cerca —le dije.

—¿Cuántos días?

—Dos. Quizás tres.

Cerró el ojo abierto y abrió el otro un momento. Era una forma suya de afirmar. Volvió a cerrarlo.

Salí. Cerré la puerta. Volví a mi cuarto. Cerré con llave. Y por primera vez desde que había entrado en aquella casa, dormí cinco horas seguidas. Por primera y última vez.

11 LO QUE DIJO CATALINA

Catalina entró en mi habitación al día siguiente. Era viernes por la mañana, los niños en el cole, las nueve y veinte. Yo estaba haciéndome la cama, lo cual no es del todo cierto: estaba escondiendo un pendrive dentro de un dobladillo, pero, cuando ella tocó la puerta, levanté la sábana y dije adelante. Una buena cobertura.

—Olivia, ¿tienes diez minutos?

—Claro.

Cerró la puerta detrás de ella. Eso ya era información. Catalina, en mi habitación, nunca cerraba la puerta. La dejaba siempre apoyada, no abierta del todo, no cerrada del todo. Esa mañana la cerró. Y, además, echó el pestillo.

Me senté en la cama. Ella se sentó en la butaca de leer. Cruzó las piernas. Tenía un brazalete de oro pequeño en la muñeca derecha, uno que no le había visto antes. Tenía también, debajo del ojo izquierdo, una pequeña sombra que no era maquillaje.

—¿Qué tal estás aquí? —preguntó.

—Bien, gracias.

—No me has dicho «muy bien».

Sonreí.

—Muy bien.

—Olivia. Voy a decirte algo. Y necesito que me escuches sin interrumpir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Hay personas que entran en esta casa que no salen como entran. No me refiero a ti. Me refiero a algunas niñeras que han

estado antes. Te lo digo porque no quiero que tengas la impresión equivocada. La gente de aquí, el personal, no se va por cosas malas. Se va por cosas pequeñas, acumuladas: estrés, soledad, pueblo grande pero pueblo, falta de aire. Esta casa no es para todo el mundo. Y mi marido, que es un hombre maravilloso, es a la vez un hombre exigente. ¿Me entiendes?

—Lo entiendo.

—Lo entiendes pero no sabes a lo que voy. Voy a esto: si en algún momento, por las razones que sean, decides que quieres irte, no me lo digas a Hugo. Me lo dices a mí. ¿Vale? Solo a mí. Y vienes tú a mi cuarto, no me vienes con cartas, ni con notitas. Vienes y me lo dices. Yo me ocupo del resto. No habrá problema con tu liquidación. No habrá conflicto. Yo te ayudo a marcharte limpia.

Asentí.

—Catalina, gracias. No tengo intención de marcharme.

—Lo sé. Por eso te lo digo ahora. Es más fácil decirlo cuando no hay tensión.

Hubo un silencio. Catalina miró la ventana. Yo miré a Catalina. Por debajo de los pendientes, por debajo del brazalete nuevo, por debajo del jersey claro, había una mujer cansada. La forma en que tenía la mano apoyada en el reposabrazos era la mano de una persona que no había dormido bien en mucho tiempo. La forma en que tragó saliva antes de la siguiente frase fue la de una persona a la que se le quedan las palabras en el cuello.

—Olivia. Mateo te quiere.

—Es un niño estupendo. Yo también lo quiero.

—Mateo es… frágil. Tú lo has visto. Y por eso lo cuidamos así. No es solo medicación. Es un sistema completo, una rutina. Y a Mateo lo desestabilizan los cambios. Los cambios de niñera, los cambios de profesora, los cambios… —dudó—, los cambios de cualquier cosa. Para Mateo es muy malo desestabilizarse. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—Lo entiendes pero no sabes a lo que voy.

Era ya la segunda vez en cinco minutos que me decía esa frase. La tercera, sin embargo, no era una pregunta.

—Voy a esto, Olivia. Esta casa, a veces, esconde cosas a los niños. Cosas grandes. Pero hay cosas que también se les esconden a las niñeras. No por mala intención, sino porque, si se cuentan, se rompen. Hugo me dijo que te explicó las tres reglas. ¿Las recuerdas?

—Sí. Piscina. Despacho. Lucía.

—Lucía. Lucía es la regla más importante. Yo te pido, Olivia, que esa regla la respetes con todo. Si un día oyes algo, si un día ves algo, si un día crees que has entendido algo, vienes a mí. Solo a mí. ¿Te queda claro?

—Sí.

—No a Hugo. A mí. Lo digo en serio.

Y aquí ocurrió algo que yo, sinceramente, no esperaba. Catalina se inclinó hacia delante, los codos en las rodillas, y, sin levantar la voz, sin gestos, me miró fijamente.

—Olivia. ¿Tú alguna vez has tenido miedo de tu propia casa?

Yo no contesté en seguida. La pregunta la había hecho como se hacen las preguntas a uno mismo. No me la estaba haciendo a mí. Se la estaba haciendo a sí misma con mi cara delante.

—Sí —dije.

—¿Y conseguiste irte?

—Conseguí irme.

Catalina cerró los ojos. Asintió dos veces. Se levantó. Caminó hasta la puerta. Antes de descorrer el pestillo, sin mirarme, dijo:

—Olivia, dame tiempo. No sé cuánto. Pero, si pasa algo, salva a mis niños. Salva a Mateo y a Alba. Yo me ocuparé de lo demás.

—Catalina —dije, antes de que abriera la puerta—. ¿Salvarlos de qué?

Se giró un momento. Tenía los ojos muy bonitos, muy claros, muy húmedos. Y, antes de salir, sonrió un poquito, lo justo, una sonrisa de quien se está despidiendo de algo, y dijo, así:

—De su padre.

Y abrió la puerta. Y se fue.

Yo me quedé sentada en la cama, sin oír el sonido del pasillo, sin oír mi propia respiración, durante un minuto entero. Mi cabeza, que se había estado preparando para tener que pelear con dos enemigos —marido y mujer—, acababa de redibujar el mapa. No era dos contra uno. No era una guerra de los Velarde contra una intrusa. Era un eje. Y el eje tenía un nombre: Hugo. La mujer, la madre, no era cómplice por convicción. Era rehén con uniforme de cómplice.

Y esto, aunque yo no lo supiera en ese momento, iba a cambiarlo todo. Porque cuando hay una mujer dentro de una casa que de pronto te dice «sálvame a mis hijos, dame tiempo», esa mujer está pidiendo dos cosas a la vez: que tú actúes y que tú esperes. Y, en operaciones como aquella, esos dos verbos no caben juntos.

Bajé a la cocina. Inés estaba cortando puerros. Le dije:

—Inés, ¿tú sabes para quién trabajas tú?

Inés levantó la vista de los puerros. Era la primera vez que yo le hacía una pregunta de las que no se contestan con datos.

—Para los Velarde.

—¿Para los dos, o para uno?

—Para la señora.

—¿Solo para la señora?

—Llevo en esta casa diecinueve años. Vine cuando la señora se casó. Yo soy de su madre. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Pues entiende también esto, niña. Lo que vas a hacer, hazlo bien. Y, cuando lo hagas, no te olvides de la señora.

No le contesté. Le dije que iba a por los niños al cole. Cogí las llaves del SUV. Salí. Subí al coche. Cerré la puerta. Y, antes de arrancar, me quedé un momento con las manos en el volante, calculando lo que esta mañana, a las nueve y veinte, en una habitación al final del pasillo, acababa de cambiar.

No era una operación de rescate. Era una evacuación.

12 TRINIDAD

Conocí a Trinidad Robles a las ocho de la mañana del sábado, en una gasolinera de la nacional 122, dentro de su coche, que era un Renault gris sin distintivos. Tenía el pelo corto, casi rapado, los ojos pequeños y oscuros, una cazadora de cuero negro encima de una sudadera. No llevaba uniforme y no llevaba arma a la vista. Yo me senté en el asiento del copiloto con la libreta crema entre las manos y el pendrive escondido en el sujetador. Estos detalles los menciono porque las cosas importantes pasan en sitios y formas concretas, y, si yo no las cuento, la persona que lea esto va a creer que las cosas importantes pasan en oficinas y reuniones. No es verdad. Las cosas importantes pasan, casi siempre, en coches grises a las ocho de la mañana en gasolineras de provincia.

—Olivia —dijo Trinidad. No me dio la mano. Me miró—. Voy a grabar esto. ¿Te parece?

—Sí.

—Empieza.

Y empecé. Le conté quién era yo realmente. Le conté lo de K, lo de Marbella, lo de Lucía, lo del cuaderno azul, lo del respiradero, los dos golpes y los tres golpes. Le conté lo del doctor Almazán. Le di el pendrive. Le conté lo de Catalina, las palabras textuales, las dos cosas que pedía a la vez. Le conté lo de Mateo, lo de Alba, lo del jueves.

Trinidad no me interrumpió ni una vez. Tomó notas con un boli en una libreta de tapa negra. Cuando terminé, no hizo preguntas. Hizo, en cambio, una sola frase:

—Yo me ocupo de Hugo Velarde. Tú no. ¿Estamos?

—Estamos.

—Si Hugo Velarde se entera de algo, lo va a matar tres veces. Va a matar a la niña, va a hacer pasar a la mujer por loca, y va a hacer pasar a ti por delincuente, y, créeme, con lo que va a sacar de tus antecedentes en cuanto investiguen, alguno de esos tres tribunales va a salirle barato.

—Lo sé.

—Bien. Voy a contarte yo a ti ahora. Mañana, domingo, no es buen día. Lunes tampoco, porque hace falta una jueza. Tengo a una jueza preparada en Burgos a la que conozco hace doce años. La presento la solicitud a primera hora del martes. La jueza me firma la orden antes de las dos de la tarde. La entrada en la finca la hacemos el martes a las diez de la noche o el miércoles a las cinco de la mañana. Lo que decida la operación.

—No tenemos hasta el miércoles —dije.

—¿Por qué no?

—Porque la madre ya empieza a despedirse. Y porque, si la madre se despide, el padre lo nota. Y, si el padre lo nota, mueve a la chica de la caseta a otra parte. Y nos quedamos sin niña localizada.

Trinidad apretó la mandíbula. Era una mandíbula entrenada.

—Tres días. ¿Aguantas tres días?

—Aguanto.

—¿Cómo lo vas a aguantar?

—Voy a ser igual que ayer. Voy a ser igual que la semana pasada. Voy a llevar a los niños al cole. Voy a comer con Catalina los puerros que ha cortado Inés. Voy a saludar a Hugo cada noche en la cena. Voy a sonreír. Si Hugo me pregunta cómo me ha ido el día, le voy a decir bien. Eso aguanto.

—¿Y la madre?

—La madre me va a buscar otra vez. Va a querer hablar conmigo otra vez. Y yo le voy a decir que no, sin decirle que no. Le voy a decir: Catalina, ya hablaremos esta semana. Y ella va a entender.

—Va a entender qué.

—Que estoy esperando algo.

—Bien. Y, Olivia, escúchame esto, por favor. Si en algún momento de estos tres días tu instinto te dice que esa niña, la grande, está a punto de ser movida, llamas a este número. Una vez. Y entras tú a la caseta antes que nadie. Da igual el riesgo. ¿De acuerdo?

Y me dio una tarjeta sin nombre, solo con un teléfono móvil de nueve dígitos.

—De acuerdo.

—No abuses de él. Y si lo usas, llévate algo contundente. Un martillo, un destornillador grueso. La cerradura es de seguridad, según me has dicho. Sin oxicorte no se abre. Pero el respiradero del lado sur sí se puede agrandar con un martillo y un cincel en cinco minutos. Llévate también unas tijeras grandes, por la reja de la ventana del este, si los respiraderos están bloqueados.

—¿Y los perros?

—¿Los dóberman? Ya me has dicho que comen jamón. Lleva jamón.

—¿Y Hugo?

—Hugo, en su despacho. Hugo, dormido. Hugo, lo que sea. Hugo es problema mío, no tuyo. Si yo, el martes a las diez de la noche, no he llegado todavía, tú no esperas a Hugo. Tú entras en la caseta y sacas a la niña, y si Hugo se cruza por el camino, le pegas con lo que tengas, y, sí, le rompes una rodilla si hace falta. Te lo estoy diciendo yo. No has oído nada.

—No he oído nada.

—Olivia. Mírame.

La miré.

—Esa niña lleva más de dos años encerrada. Si tu hipótesis es correcta, lleva más de dos años sin ver el cielo. La gente que sale de un sitio así, sale rota. Lo que te diga, lo que haga, lo que parezca, te lo aguantas, le hablas suave, no la sueltas de la mano, le tapas la

cabeza con tu chaqueta, no la dejas mirar atrás. Y, sobre todo, no la dejas hablar con el padre. Ni una palabra. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Y otra cosa. Los niños pequeños. Mateo y Alba. ¿Tú confías en la madre para esa parte?

Lo pensé.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—Vale. Pues, si vamos al plan A, el martes a las diez de la noche, tú te ocupas de meter a los pequeños en una habitación de la planta de arriba, cierras con llave por dentro, no les dejas asomarse. Y yo entro por la puerta principal con dos agentes y un cerrajero. La cerradura del despacho ya la habremos previsto. Hugo, esposado en su escritorio en menos de un minuto. Catalina, separada al salón pequeño. La niña, fuera, en ambulancia, hospital de Burgos, custodia automática. Mateo y Alba, ese mismo martes por la noche, a un piso seguro con una psicóloga forense de mi unidad. Diez minutos para entrar, treinta para salir todos.

—Y, si vamos al plan B…

—Plan B es tu plan B. Plan B es martillo y respiradero. Plan B no me lo expliques. Plan B es algo que pasa solo si pasa. Y, si pasa, Olivia, tú sales con la niña por la cancela y te vas en mi coche, que estará a doscientos metros de la finca a partir del lunes por la noche, todas las noches, con motor frío y matrícula nueva.

Asentí.

—Hay algo más —dije.

—Dime.

—Si en algún momento la madre nos delata, no quiero que la mate Hugo en represalia. Quiero que esté segura.

Trinidad me miró un buen rato. Vi en sus ojos lo que se ve en los ojos de alguien que ha pasado veinte años haciendo este trabajo:

una cosa parecida a la ternura, pero seca, gastada, profesional.

—Yo no puedo protegerte de todo, Olivia. Pero te aseguro una cosa: si la madre da un paso adelante, no la dejo sola. Si nos delata por miedo, no le prometo nada. Si nos ayuda, aunque sea desde el primer minuto que vea las luces, le prometo todo.

—De acuerdo.

Salí del coche. Me dio la mano antes de que cerrara la puerta. Fue la primera vez que me dio la mano, y fue también la última. Volví a mi coche. Volví a la finca. Eran las nueve y cuarenta. Catalina estaba en bata en la cocina, con un café entre las manos. Me sirvió uno sin preguntarme. Me senté con ella.

—¿Qué tal el paseo?

—Largo —dije.

—Olivia.

—Dime.

—Tienes los zapatos llenos de barro de gasolinera.

Bajé la mirada. Era verdad. Era una mancha pequeña, marrón, en la puntera. Catalina lo había visto. Era la primera vez que veía a Catalina en modo profesional, en modo «yo también miro y registro», y me dio un escalofrío bonito, no de miedo.

—Hace falta limpiarlos —dijo, y siguió con su café.

No añadió nada. No me preguntó dónde había estado. Estábamos jugando ya las dos al mismo juego, y, en el mismo juego, las dos sabíamos que la otra estaba jugando, y, sin embargo, ninguna de las dos lo iba a decir en voz alta. Yo subí a cambiarme. Me quité los zapatos manchados. Los metí en una bolsa. La bolsa la tiré en el cubo de jardín, no en el de la cocina.

Tres días.

13 EL DOMINGO MÁS LARGO

El domingo, como todos los domingos en aquella casa, comenzó tarde. Yo me levanté a las ocho menos cuarto, hice la cama, bajé a la cocina, encontré a Inés ya preparando el café. Cruzamos lo justo. Yo cogí un yogur. Subí a despertar a los niños. Alba estaba ya despierta y vestida, sentada en el suelo con la muñeca, hablando con ella. Mateo dormía, con la espalda contra la pared.

—¿Qué hacemos hoy, Olivia? —dijo Alba, cuando vio que yo asomaba a su cuarto.

—Lo que tú quieras.

—La piscina está cerrada.

—Pues otra cosa.

—Vamos al pueblo a por helado.

—Vamos al pueblo a por helado.

Yo no le iba a negar nada a Alba ese domingo. Yo no le iba a negar nada a ningún niño de esa casa ese domingo. Era el día anterior al día anterior. Era el día en que más posibilidades había de que cualquier cosa que pasara dentro de aquella finca terminara por torcer la operación entera. Era el día en que más calma había que tener. Era el día en que más se le tenía que parecer Olivia Marín a la niñera que llevaba dos semanas allí, sin trampas, sin segundos planes, sin caras nuevas.

Bajamos a desayunar. Catalina apareció a las nueve y media con un albornoz blanco. Hugo no apareció. Pregunté por él, con voz casual. Catalina me dijo: «Tu jefe tiene golf en El Encinar hasta la una. Después come en casa. Tenéis hasta la una y media para vuestras cosas». Esa frase, «vuestras cosas», me sorprendió, porque era la primera vez que Catalina hablaba del tiempo conmigo y los

niños como si fuéramos una unidad. No me la quedé mucho en la cabeza. La aproveché.

Le propuse a Alba ir al pueblo en bici. La finca tenía un cobertizo con tres bicicletas: una de Hugo, sin usar, una de Catalina, infrautilizada, y una infantil con ruedines, de Alba. Yo no tenía bicicleta. Decidí caminar al lado de las bicis. Mateo se apuntó al paseo, sin entusiasmo. Mateo no se apuntaba por la bicicleta. Se apuntaba para alejarse de la casa.

La cancela se nos abrió a las diez y media. Salimos por primera vez, los tres juntos, sin coche, andando. Por primera vez, también, los perros nos siguieron hasta el muro y se quedaron mirándonos desde dentro, como dos centinelas. Aquella mirada de los perros me pareció, durante un segundo, una mirada triste. Pero esto puede que sea una invención posterior. Es difícil, ya en este punto, separar lo que vi de lo que recuerdo.

El pueblo era pequeño y aburrido. Una plaza, una iglesia, dos bares, una heladería antigua, una farmacia. Compramos tres helados de cucurucho. Nos sentamos en un banco frente a la fuente, que no manaba agua. Alba se manchó el vestido. Mateo no quiso su helado y me lo dio a mí. Una pareja de turistas miró el reloj, se hizo una foto, se fue. Pasó un cura saludando a una señora. Pasó un perro suelto, no de los de la finca. Una vida, esa vida que vive la gente que no vive en casas como Las Adelfas, fluyó frente a nosotros durante quince minutos. Mateo la miraba como se mira un cuadro en un museo. Sin curiosidad. Con extrañeza.

—Mateo —dije, bajito—. ¿Sabes que tú también puedes vivir así un día?

Me miró.

—¿Cómo así?

—Comprándote un helado en un banco de un pueblo. Tu madre. Tu hermana. Tú. Un día.

—¿Y mi padre?

—No —dije, sin pensarlo.

Mateo se quedó callado un buen rato. Después dijo:

—¿Eso es bueno o malo?

—Bueno.

Asintió. Se acabó mi helado, que era el suyo. Volvió a estar callado un buen rato. Y, antes de que nos levantáramos para volver, dijo, casi de pasada, como quien apunta el plato del menú del día:

—Yo, si mi padre no está, no tengo miedo a la noche.

Eso lo dijo un niño de siete años en un banco de una plaza de pueblo a las once y diez de la mañana de un domingo. No hace falta que yo añada nada.

Volvimos a la finca a las doce y veinte. Catalina nos esperaba en el porche. Tenía la cara más despejada que en otros días, un vestido rojo de manga corta, las uñas pintadas. Era una mujer que se había preparado para algo. Pensé: ha venido alguien. Y no me equivocaba.

En el recibidor, junto a la consola del espejo veneciano, había una mujer de pie. Cuarenta años, alta, traje pantalón crema, melena cobriza, una carpeta bajo el brazo. La carpeta tenía un logo grabado en el cuero. El logo era el de un bufete de abogados muy conocido de Madrid, uno especializado en derecho de familia y derecho penal económico. Yo conocía el logo porque lo había visto en un anuncio del periódico aquella semana.

—Olivia, sube a los niños a cambiarse, por favor —dijo Catalina, con una voz que era exactamente la voz que se le pone a una niñera delante de una visita.

Subí a los niños. Les cambié la ropa, despacio, sin prisa. Por la rendija del rellano oí, sin enterarme bien, una conversación lenta entre Catalina y la mujer del bufete. Oí dos veces la palabra «separación». Oí una vez la palabra «medidas urgentes». Oí también la frase «no consta denuncia previa, lo cual complica».

Una hora después, cuando bajé con los niños lavados y vestidos, la mujer del bufete se estaba yendo. Catalina la acompañó al coche. La abrazó al despedirse, lo cual no es habitual con abogadas. Y, mientras la mujer del bufete se subía a su Audi blanco y arrancaba,

vi por el retrovisor del salón a Catalina quedarse un momento en el porche, con la mano apoyada en una columna, como si necesitara un soporte físico, y respirar tres veces seguidas con la cabeza echada hacia atrás.

Catalina Velarde estaba preparando, ese domingo a las dos de la tarde, una separación. Catalina Velarde, después de cinco años haciéndose la cómplice por omisión, había llamado a una abogada del centro y le había contado lo que se podía contar. Catalina Velarde estaba viendo, por primera vez en mucho tiempo, una puerta abierta.

Y yo, mirándola desde el salón con Mateo y Alba a la mano, supe dos cosas al mismo tiempo. La primera, que la decisión de Catalina, aunque no estaba sincronizada con nuestra operación, no era una amenaza para ella. Una mujer que prepara una separación legal con un bufete prestigioso, en secreto, no se chiva. Una mujer así, en cambio, abre puertas si se le piden bien.

La segunda, mucho menos esperanzadora: si Hugo Velarde se enteraba de aquella consulta legal, todo se aceleraba. Y, en una casa como esa, con teléfonos, con conductores, con jardineros, con un personal que entraba y salía, el secreto de una consulta tan visible —un Audi blanco aparcado dos horas en el camino de la entrada— era un secreto frágil.

A la una y veinticinco, Hugo volvió de su partida. Llegó silbando una canción. Comió con nosotros, contó un chiste sobre un compañero de partida, fue cariñoso con Catalina. Yo me fijé en sus manos. Las manos de Hugo, mientras cortaba el solomillo del domingo, eran las mismas que habían firmado en la oficina la semana pasada un contrato con el doctor Almazán para impedir que su hija fuera trasladada a un hospital. Mis dedos, al sostener mi tenedor, me temblaron un poco. Catalina, sentada enfrente, me miró en ese instante. Y, sin que Hugo lo viera, me dijo con la barbilla un movimiento pequeñísimo, dos milímetros hacia abajo. Era un «aguanta».

Aguanté. Comí mi solomillo. Sonreí cuando Hugo dijo su gracia. Llevé los platos a la cocina. Subí a mi cuarto. Cerré con llave. Escribí en mi libreta crema: «Domingo, 13.30. Catalina ha visto abogada. Domingo, 14.00. Hugo no lo sabe. Si lo descubre antes del martes, perdemos a Catalina y, con ella, todo».

Y, por debajo, escribí una frase que llevaba semanas queriendo escribir y que no había escrito por superstición:

«Esta familia se va a romper».

Una hora más tarde llamó Mateo a mi puerta. Lo dejé entrar. Me dio un papelito doblado. Yo creí que era el de la hora habitual, el de los llantos. Pero no era. En el papelito, con letra de niño, ponía: «Esta noche papá ha dicho a mamá que la noto rara. Yo lo he oído».

Mateo, mi mejor agente, mi pequeño informante, mi mayor problema. Mateo no tenía siete años de espía. Pero los siete años de un niño que ha aprendido a oír por la ventana se cotizan, en una operación como aquella, como veinte años de cualquier otro confidente.

Hugo había notado a Catalina. Hugo, antes incluso de que Catalina diera el paso de hablar con la abogada, ya había olido el aire. Hugo era un animal entrenado. Hugo iba a actuar.

Mandé un mensaje al móvil prepagado, a Trinidad. Decía: «No martes. Adelantar. Lunes mañana o lunes noche». Y firmé: «O».

La respuesta de Trinidad llegó treinta y cinco minutos después. Decía: «Lunes 22:00. Plan A. Confirma posición Hugo lunes 21:30».

Confirmé.

Esa noche, antes de bajar a cenar, hice una cosa que no había hecho hasta entonces y que, si Trinidad lo hubiera sabido, me habría dicho que estaba loca. Bajé al jardín y volví a la caseta. No era seguro. Era domingo, había gente despierta en la casa, Hugo estaba leyendo en el salón, Catalina jugaba con Alba al parchís. Pero tenía que volver.

Me agaché ante el respiradero.

—Lucía. Soy yo otra vez. Si me oyes, dos golpes.

Dos golpes.

—Mañana. Mañana a las diez de la noche, Lucía. Va a venir gente. Yo voy a venir. Si tu padre entra a tu cuarto antes, no le digas nada de esto. Pasaste mucho. Aguanta un día más. Mañana sales. ¿Lo entiendes? Dos.

Dos golpes.

Y entonces, por primera vez, oí dentro una voz. Era una voz muy débil, ronca, como si llevara mucho tiempo sin usarse, una voz que estaba reaprendiendo a salir. Dijo, en un susurro:

—Ten cuidado.

Solo eso. «Ten cuidado». Una niña de quince años, encerrada durante dos años, con un padre que entraba en su habitación y una madre que se estaba decidiendo demasiado tarde, encontraba un resto de voz para advertirme a mí.

Cerré los ojos. Apoyé la frente contra la pared de hormigón un segundo, no más.

—Mañana, Lucía. Mañana.

Volví a la casa. Cené con la familia. Reí cuando había que reír. Subí a los niños. Les leí un cuento corto. Apagué las luces. Bajé. Me despedí de Hugo y Catalina. Subí. Cerré con llave. Saqué la libreta crema. Y, hasta las dos de la mañana, repasé el plano de la casa, las salidas, los tiempos, los riesgos. Y, entre página y página, una frase de Lucía vivía en mi cabeza como un eco: ten cuidado.

14 LUNES, MAÑANA

El lunes empezó como cualquier otro lunes, con la diferencia de que yo sabía, y solo yo sabía, que aquel lunes era el último de aquella casa tal como era. Una casa, antes de caer, no lo sabe. Por dentro, sigue funcionando, las tostadas saltan, el café gotea, los perros bostezan, los niños se calzan los zapatos al revés y hay que volver a calzárselos al derecho. Es la última vez. Pero, mientras lo es, no se distingue de cualquier otra mañana. Eso es lo que da al último día de una casa su atmósfera curiosa, un poco fuera del tiempo. Te ves haciéndolo todo despacio y mirando, sin querer, los cubiertos, las tazas, el papel de la cocina, como si te despidieras de cosas a las que nunca habías saludado.

A las siete y diez fui a despertar a Mateo. Dormía con la espalda contra la pared, como siempre. Le toqué el hombro. Abrió los ojos. Lo miró todo durante un segundo, como un soldado que comprueba dónde está, y, al verme, sonrió. Era la primera vez, en todas las mañanas que yo llevaba allí, que Mateo me sonreía al despertarse.

—Buenos días, campeón —dije.

—Buenos días.

Le acaricié el flequillo. Se le pegó un mechón de pelo a la frente con sudor de la almohada.

—¿Has oído anoche?

—No —dijo.

Era la primera noche, según su cuenta, en la que no había oído llorar por la ventana. Yo había estado en el respiradero. Lucía sabía que mañana, hoy, era el día. Una persona que sabe que la van a sacar de un sitio no llora la noche anterior con el mismo llanto. Llora distinto. Llora hacia dentro. Probablemente había llorado sin que se la oyera. O, quizás, dormía.

—Bien —dije.

A las siete y veinte fui a la habitación de Alba. Alba estaba ya despierta y, esa mañana, no le hablaba a la muñeca. La muñeca estaba en su regazo, sin atender. Alba miraba la ventana.

—Alba.

—Olivia.

—¿Has dormido bien?

—¿Y tú?

Yo me eché a reír. Era una pregunta de adulto que solo Alba podía hacer.

—Yo bien.

—Mi madre no.

—¿Cómo lo sabes?

—Anoche fue a tirar la basura tres veces.

Apunté mentalmente la información. Catalina, tres veces, había bajado al cubo del jardín. Probablemente tirando cosas que no quería tener en la casa cuando viniéramos. Cartas, papeles, fotografías. Catalina, sin saberlo, estaba ya cooperando con la operación.

A las siete y media bajamos a desayunar. Inés tenía el café hecho. Catalina entró un minuto, en bata, dijo «buenos días» sin levantar la vista, cogió un café para llevar y volvió a subir. Hugo no apareció. Pregunté con voz casual.

—¿Y el señor?

—Sigue durmiendo. Anoche estuvo trabajando hasta tarde —dijo Inés—. Hoy no va a Madrid. Tiene una llamada importante a las diez.

Esa información era un regalo. Hugo en casa durante todo el día. Hugo localizable durante todo el día. Hugo, además, atado a una llamada importante a las diez, lo cual significaba que las diez de la mañana del lunes era el peor momento para que yo intentara nada. Pero las diez de la noche del lunes, no.

A las ocho menos cuarto subí a los niños al SUV. Mateo se sentó detrás de mí. Alba detrás del copiloto. Encendí el motor. Salí por la cancela. La cancela se me abrió con su lentitud habitual. Por el espejo retrovisor vi, por última vez, la fachada blanca con las contraventanas verdes y la doble escalera del porche, y, por última vez, a los dos dóberman tumbados en su sombra, sin ladrarnos.

En el coche, en mitad del trayecto al cole, dije lo que tenía que decir.

—Niños. Esta noche, después de cenar, os voy a contar una cosa importante. Y es importante que no se la contéis a nadie hasta que yo os lo diga.

—¿Qué cosa? —dijo Alba, sin levantar la vista de la ventanilla.

—Es una sorpresa.

—¿Buena o mala? —dijo Mateo.

—Buena. Muy buena.

—Vale —dijo Alba.

Mateo no dijo nada, pero apretó los dientes y miró al frente. Mateo, mi soldado pequeño, mi cómplice de siete años, sabía que la sorpresa era la sorpresa.

Llegamos al cole. Bajaron. Me despedí. Volví a la finca a las ocho y media. La mañana, en una operación de este tipo, es lo más largo del día. No vuelven a verme los niños hasta las cinco de la tarde. Tengo entre las nueve y las cinco para hacer lo que tenga que hacer sin levantar sospechas. La regla, en una mañana así, es comportarse exactamente como uno se ha comportado todas las otras mañanas de las últimas semanas. Idéntico.

Idéntico fue, entonces, lo siguiente: a las nueve, plancha de los uniformes en la sala de planchar. A las diez, salida a la huerta del lado este, donde yo había empezado a cuidar unas matas de albahaca durante la segunda semana, por iniciativa propia, para mostrar a Catalina mi capacidad de iniciativa. A las diez y treinta y cinco, vuelta a la cocina, charla cortísima con Inés sobre la lista de la compra. A las once, ducha y cambio de ropa. A las once y veinte,

paseo solitario por el jardín, alrededor del estanque, como hacía a veces para «despejarme la cabeza», según le había explicado a Catalina la segunda semana.

En ese paseo, claro, lo único que no era idéntico era mi cabeza. En ese paseo confirmé, sin acercarme a la caseta, varias cosas. La luz del despacho de Hugo, en la planta baja del ala oeste, estaba encendida. Las cortinas, casi corridas. El coche de Hugo, aparcado en la salida. La furgoneta del jardinero, en el patio trasero, lo cual confirmaba que el jardinero estaba en la finca ese día, dato no menor: si yo el lunes a las diez de la noche entraba a la caseta y el jardinero, por casualidad, estaba todavía en su almacén de herramientas, podría verme. Apunté mentalmente: «verificar a las nueve de la noche si la furgoneta del jardinero sigue dentro».

Volví a entrar en la casa a las once y cuarenta. Catalina apareció en el rellano del primer piso. Tenía el pelo recogido y los pendientes de perlas. Estaba vestida para Madrid.

—Olivia.

—Catalina.

—Voy a Madrid esta tarde. Una cita médica.

Hubo una pausa pequeña. Yo no asentí, porque no esperaba ese movimiento. Catalina, fuera de la finca, complicaba la operación de la noche. La presencia de Catalina dentro de la casa era una garantía de control sobre Hugo. Si Catalina se iba, Hugo se quedaba solo, y un Hugo solo era un Hugo más impredecible.

—¿A qué hora vuelves? —pregunté.

—A las ocho como muy tarde. Cojo el coche, voy y vengo en el día. Vuelvo para cenar.

—De acuerdo.

—¿Te ocupas tú de los niños hasta entonces?

—Claro.

—¿Y de Hugo?

Esa pregunta era extraña. Catalina, por primera vez, me preguntaba si yo me iba a ocupar de Hugo. Quería decir, en un código que ya las dos conocíamos sin haberlo formalizado: «¿Vas a vigilar a mi marido por mí esta tarde?». Yo respondí en el mismo código:

—Yo me ocupo.

Catalina me miró. Tenía los ojos muy claros, muy húmedos, muy quietos. Asintió.

—Gracias, Olivia.

Bajó al recibidor, salió por la puerta principal, se subió a su Mini blanco, arrancó. La cancela se abrió. La cancela se cerró.

Y yo, dentro de la Finca Las Adelfas, me quedé sola en una casa que contenía cuatro seres humanos: Hugo Velarde, en su despacho, recibiendo en breves minutos una llamada importante de no se sabe quién; Lucía Velarde, en la caseta del fondo, esperando a una persona que le había prometido sacarla esa noche; Inés, en la cocina, picando cebolla; y yo, en el rellano del primer piso, con el reloj barato en la muñeca señalando las once cuarenta y cinco de un lunes que iba a ser el más largo de mi vida.

15 LUNES, TARDE

Hugo salió del despacho a las dos en punto. Yo estaba en el salón pequeño, fingiendo leer una revista. Cerró la puerta del despacho detrás de él con un gesto de cabeza hacia mí, una sonrisa cortés. Me preguntó si Catalina había salido. Le dije que sí. Me preguntó si había comido. Le dije que no, todavía no, y que tampoco él, supongo. Me dijo que comeríamos juntos en la cocina, sin protocolo, en el office. Yo dije que muy bien.

Comer a solas con Hugo Velarde, en el office, era el escenario que yo había deseado durante semanas y que ahora, en ese lunes concreto, me ponía nerviosa. Es un fenómeno común en las operaciones largas: lo que más has esperado, cuando llega, te encuentra más cansada de la cuenta, y, en lugar de ejecutarlo bien, tienes que pelearte primero con tu propio cansancio. Subí a lavarme las manos. Me miré al espejo del baño. Me dije, en voz baja, «aguanta tres horas».

En el office, Inés nos sirvió ensalada y unas pechugas. Salió. La puerta del office estaba abierta, lo cual era un alivio. Hugo se sentó enfrente de mí, en mangas de camisa, con la corbata floja. Se llevó la mano al pelo, suspiró, sonrió.

—Olivia.

—Dime.

—Me dice Catalina que estás encantada en la finca.

—Estoy encantada.

—¿Qué te gusta más?

Esa pregunta era una pregunta tonta solo para una niñera tonta. Para una niñera infiltrada, era una prueba lateral. Si yo decía «los niños», estaba diciendo lo correcto. Si decía «la casa», estaba

diciendo lo de quien quiere quedarse en esa casa por intereses ajenos a su trabajo. Si decía «la zona», estaba diciendo lo de quien no se entera. Yo dije:

—Los niños. Sobre todo Mateo. Está mejorando.

Hugo asintió. Cortó un trozo de pechuga.

—Mateo está mejorando. Es verdad. Llevamos años intentando que coja confianza con la gente. Tú lo has conseguido en seis semanas. Eso, Olivia, vale dinero.

Sonreí.

—No es dinero. Es paciencia.

—La paciencia, en mi mundo, se paga. La gente que sabe esperar, en mi mundo, son los que ganan al final.

—¿En tu mundo cuál es el tuyo?

—Inversiones. Fondos. Lo que viste por las cifras. Es aburrido.

—No me parece aburrido.

—Me sorprendes.

Hugo Velarde tenía un sentido del humor seco. Tenía también una capacidad, que yo había visto en otros hombres muy ricos, de hablar contigo como si fueras la única persona del mundo. Es una técnica de control. Yo la conocía. Mi error sería pensar que era una sinceridad. Pero el error simétrico, peor, era pensar que era pura técnica. En Hugo, las dos cosas se mezclaban: la técnica era ya su personalidad. Eso le hacía interesante. También peligroso.

—Olivia. Te voy a preguntar una cosa difícil. Y, si no me quieres contestar, no me contestas.

—Pregunta.

—¿Tú alguna vez te has metido en problemas en otras casas?

Sostuve el cuchillo en la mano con calma. Apreté con cuidado el peso del cuchillo contra el plato. Levanté la vista. Sostuve la mirada.

—Una vez —dije.

—¿Qué pasó?

—Una niña pequeña, en Marbella, jugó con fuego mientras yo estaba en otro cuarto. No pasó nada grave, pero pude perder el trabajo, y, de hecho, lo perdí. Mi carta de recomendación me la dieron como un gesto.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque tú me lo has preguntado.

—Te lo he preguntado precisamente para ver si me lo contabas. Lo sabía. Lo verifiqué en tu día libre, hace tres semanas. Llamé a Beltrán Berrocal.

Hugo se metió un trozo de pechuga en la boca. Lo masticó. Tragó. Se limpió los labios.

—Olivia, no te confundas. Yo no te he contratado a pesar de eso. Te he contratado por eso. La gente que ha cometido errores se cuida más al siguiente trabajo. La gente que viene limpia es la peligrosa, porque no sabe lo que es perder. ¿Me entiendes?

—Te entiendo.

—Y, en mi casa, perder es un riesgo grande. Por eso prefiero gente como tú. Aquí dentro pasan cosas que en una casa normal no pasan. Y necesito a alguien que sepa lo que es la disciplina.

Asentí.

—¿Qué cosas?

—Cosas. Que ya sabrás. Si llegas a saberlas, sabrás también qué tienes que hacer con ellas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Hugo siguió comiendo. Yo seguí comiendo. La conversación se acabó de un modo amable, hablando del piano de Mateo. A las dos y cincuenta, Hugo se levantó y dijo:

—Olivia, gracias por la compañía. Me voy a dar un paseo por el jardín hasta las cuatro. Si Catalina llama, dile que estoy en el jardín.

—Vale.

—Ah, Olivia. Una cosa más.

—Dime.

—Si yo desapareciera mañana, ¿tú cuidarías de Mateo y de Alba hasta que volviera la calma?

Lo miré. Hugo, mirándome a los ojos, esperando una respuesta. Era una pregunta hecha entre líneas. No era literal. No era literal. Hugo me estaba preguntando otra cosa que yo no entendía del todo. ¿Sabía lo del bufete? ¿Sabía algo de mí? ¿Estaba simplemente curándose en salud por su lado, anticipando una pelea suya con Catalina, una salida fea, una huida?

—Sí. Los cuidaría —dije.

—¿Aunque Catalina te dijera lo contrario?

—Hasta que la calma volviera.

Hugo asintió. Salió al jardín.

En el office me quedé un momento sentada, con las manos en las rodillas, sin moverme. La frase de Hugo se quedó vibrando en el aire un buen rato. «Si yo desapareciera mañana». Hugo estaba preparando una huida. No la huida de Catalina. La suya. Hugo, que había firmado el viernes con Almazán, que tenía a Lucía encerrada hace dos años, que había pagado favores a más de un funcionario del cuartel, sabía que cualquier movimiento de Catalina —una abogada del centro, una visita de un domingo, una llamada de un teléfono— era un anuncio de derrumbe. Hugo, viendo a Catalina ir a Madrid sin él un lunes con cita médica, había olido el aire.

Si Hugo decidía huir aquel lunes por la noche, dejando atrás a Catalina, a los pequeños y, sobre todo, a Lucía, no era impensable que decidiera no dejarla atrás viva.

Bajé al jardín. Lo vi paseando, a lo lejos, junto al estanque. Tranquilo. Con las manos a la espalda. Como un caballero del siglo XIX paseando por su finca. Pero la imagen, vista bien, no era la de un caballero. Era la de un animal que mira por última vez su territorio, lo memoriza, decide qué va a llevarse y qué va a dejar.

Subí a mi cuarto. Saqué el móvil prepagado. Mandé un mensaje a Trinidad: «Adelantar a 18:00. Repito: 18:00. Sujeto principal puede

fugarse esta noche». Y firmé: «O».

La respuesta llegó cuatro minutos después: «Imposible 18:00. Confirmo 22:00. Vigílalo. Cualquier movimiento de salida, llamada. No actúes sola contra él. Repito: no actúes sola contra él».

Cerré el móvil. Lo escondí. Bajé al recibidor. Pasé por delante de la puerta del despacho de Hugo. Estaba cerrada. Subí al primer piso. Pasé por la puerta del cuarto principal, que era el de los Velarde. Estaba abierta, lo cual era inusual: Catalina la dejaba siempre semicerrada. Asomé un segundo. Sobre la cama, ordenadamente, había dos maletas medianas, abiertas, vacías. Y, en el suelo, una bolsa de mano, cerrada, con el aspecto pesado de quien ya ha metido dentro lo importante. Hugo había empezado a hacer las maletas. Hugo Velarde se iba a fugar esa noche. Hugo Velarde no esperaba al martes. Hugo Velarde aceleraba.

En ese momento entendí dos cosas con la misma certeza: que la operación se había roto, y que la operación se iba a hacer igualmente esa noche, en la versión que tocara, con la sangre que tocara, con o sin Trinidad.

Catalina tardaba en volver. Catalina, mientras Catalina tardaba, era yo la única persona en aquella casa que sabía. Y, en un sentido importante, la única persona en aquella casa que podía.

16 LA CAÍDA DE LA TARDE

Las cinco de la tarde llegaron despacio. A las cinco menos veinte, yo salí a recoger a los niños al cole. Conducí con las dos manos en el volante, despacio, con el bombear de los párpados controlado. Aparqué frente al colegio. Mateo y Alba salieron con sus mochilas demasiado grandes. Subieron al coche. Mateo, sin mirarme, dijo:

—¿Hoy?

—Hoy —dije.

Alba dijo:

—¿Hoy qué?

—Hoy hay sorpresa —dije.

—Vale.

En el camino de vuelta a la finca, paré el coche en un descampado, después del primer cruce, antes de la curva. Mateo me miró sorprendido.

—Mateo, Alba. Escuchadme bien.

Los dos me miraron. Eran dos pares de ojos infantiles, y, a la vez, no lo eran. Mateo, sobre todo, me miraba con la atención de un niño que ya tenía detrás de los ojos a un adulto encogido.

—Esta noche, en casa, va a pasar algo —dije—. Os va a parecer raro y os va a dar un poco de miedo. Yo voy a estar con vosotros. Vais a estar a salvo. Vais a estar a salvo. ¿De acuerdo?

—¿Por qué nos va a dar miedo? —dijo Alba.

—Porque habrá ruido. Porque vendrá gente que no conocéis. Quizás haya policía. Yo os voy a meter a los dos en mi habitación, vamos a cerrar la puerta con llave, vamos a oír música con

auriculares y vamos a esperar tranquilos hasta que yo os diga que podemos salir. ¿De acuerdo, Alba?

—De acuerdo.

—¿De acuerdo, Mateo?

—¿Mi padre va a estar?

—Tu padre va a estar.

—¿Le va a pasar algo?

—Tu padre va a estar bien, Mateo. Tu padre se va a ir con la policía. Esa es la sorpresa.

Mateo respiró hondo. No sonrió. Pero asintió. Yo no le iba a explicar más de lo que entendiera. Lo que entendiera, lo entendía.

—Alba.

—Dime.

—Tu hermana mayor.

—¿Lucía?

—Lucía. Esta noche la vas a ver. Ella va a estar mal. Va a estar muy delgada y va a estar muy cansada. No te va a poder hablar mucho. Pero está, y va a volver con vosotros. ¿Te acuerdas de Lucía?

Alba miró hacia delante, hacia la carretera vacía. Movió la boca en un gesto extraño.

—Lucía es la del pelo largo y la piscina.

—La del pelo largo y la piscina.

—Mamá decía que no.

—Mamá decía que no porque estaba muy triste. Pero sí.

—Vale.

—Vamos a casa.

Arranqué. En el silencio del coche, durante los últimos cinco minutos del trayecto, Mateo, desde el asiento trasero, sin que yo se lo pidiera, sin que se lo pidiera nadie, empezó a llorar. Lloraba muy

bajo, con la frente contra la ventanilla, sin sollozos. Lo dejé llorar. Es uno de los mayores aprendizajes de mi trabajo: dejar llorar a los niños cuando lloran lo correcto. A veces lloran lo equivocado, y entonces se les distrae. Pero, cuando lloran lo correcto, llorar es la forma adulta que un niño tiene de hacerse cargo de algo grande. No se interrumpe.

Llegamos a la finca a las cinco y cinco. Aparqué. Bajamos. Subimos al porche. La puerta principal estaba abierta. La cancela también lo había estado, pero eso podía ser para que entrase yo. Inés, en el recibidor, tenía la mano en la barandilla y la cara desencajada.

—Olivia. El señor está malo.

—¿Cómo malo?

—Le ha dado algo. Está sentado en el despacho y no puede levantarse. Y se le ha caído todo de la mesa.

Subí los niños al primer piso, los metí en su cuarto, les puse dibujos en la tableta, les dije que no salieran hasta que yo volviera. Bajé. Crucé el recibidor. Entré, por primera vez en mi vida, en el despacho de Hugo Velarde.

Hugo estaba sentado en el sillón de cuero. Tenía la corbata floja, un brazo caído, la cara grisácea, el labio inferior un poco torcido. En la mesa, papeles caídos, una taza de café tumbada, manchas en la moqueta. Hugo me miró. Me miró con un ojo bien y el otro a medias.

—Olivia.

—Hugo.

—Llama a Catalina.

—Catalina está en Madrid.

—Llama a una ambulancia.

Lo dijo despacio, con esfuerzo, mordiendo cada sílaba. Yo me quedé un momento en el quicio, mirándolo. Una parte de mí, la profesional, la entrenada, la fría, hizo la suma en cinco segundos:

ictus, lado izquierdo, probable, evolución incierta. Cualquier persona normal, en esa habitación, habría sacado el móvil y habría marcado el 112.

Yo cerré la puerta con cuidado.

—Hugo, escúchame. Te voy a llamar a la ambulancia. Pero antes te voy a hacer una pregunta. ¿Dónde está la llave de la caseta del jardín?

Hugo me miró. Su ojo bueno se quedó muy fijo en mí. El otro, el caído, no me miró. La parte buena de su cara compuso, durante un segundo, la sonrisa de un hombre que entiende, demasiado tarde, qué tipo de niñera ha contratado.

—Hija de…

—Hugo. La llave. Y, después, te llamo. Te lo prometo.

—Cajón…

—¿Cajón qué? Hugo, no juegues conmigo.

—Cajón… central. Pequeña. Plata.

Fui al escritorio. Abrí el cajón central. Había una caja de madera tallada. La abrí. Dentro, llaves, varias, de distintos tamaños. Una de ellas era pequeña, color plata, redonda. La cogí.

—Olivia —dijo Hugo, y la palabra le salió arrastrada—. Si llamas… ya no… solo a mí. A todos.

—Lo sé.

—Lo sabes…

—Lo sé.

Saqué mi móvil. Marqué el 112. Hablé con calma. Indiqué la dirección de la Finca Las Adelfas. Indiqué los síntomas. Pedí ambulancia y, dije, también, «requiero presencia policial, la situación es complicada». Colgué. Después marqué el número de Trinidad, una sola vez, como ella me había dicho. No respondió. Le mandé un mensaje: «Sujeto principal con ictus. Ambulancia en camino. Procedo a sacar a la niña. Caseta. Llave conseguida. O».

Hugo, en el sillón, me miraba con su ojo bueno. No tenía ya cara de enfadado. Tenía cara de cansado. Tenía cara de hombre acabando. Y dijo, despacio, en un susurro que no quería ser oído:

—No me odies.

Yo me detuve un segundo en la puerta del despacho. Apreté la llave plateada en la mano. Y le dije, sin levantar la voz:

—No te odio, Hugo. Te juzgo. Es distinto.

Salí del despacho. Cerré la puerta. Crucé el recibidor. Inés estaba al pie de la escalera, con los ojos abiertos como dos huevos.

—¿Y el señor?

—Ictus. Ya he llamado. Inés, tú quédate con él hasta que llegue la ambulancia. Yo vuelvo en quince minutos. Los niños están arriba. No los bajes. No abras la puerta del despacho a nadie hasta que llegue la ambulancia. Si llaman, abres la cancela y nada más. Y, Inés…

—Dime.

—Hoy te toca decidir tú con quién has estado trabajando todos estos años.

Inés me miró. Apretó los labios. Asintió.

Salí al jardín por la puerta de la cocina. No corrí. Caminé a paso normal por el sendero entre los árboles. Los perros se levantaron, me siguieron, sin ladrar. La tarde se ponía. La luz era anaranjada, baja, tibia. Llegué a la caseta.

Introduje la llave plateada en la cerradura. Giró sin dificultad.

La puerta de acero, pesada, cedió.

Entré.

17 LUCÍA

Lo primero que noté no fue una persona. Fue un olor. Un olor a aire viejo respirado mucho tiempo por la misma respiración. Un olor a sábanas no aireadas, a comida fría en un plato, a productos farmacéuticos. Y, debajo de todo eso, un olor humano vivo: a piel, a sudor, a pelo lavado con poca frecuencia. No es un olor desagradable. Es un olor sostenible. Un olor de habitación habitada en silencio.

La caseta tenía un pasillo corto de cemento pulido, una cocina pequeña con una bombona de butano, un baño con plato de ducha y un dormitorio. La luz, regulada con interruptor exterior, estaba encendida en el dormitorio. En el dormitorio había una cama estrecha, un escritorio, una silla, una librería con libros gastados, un radiador eléctrico. Y, sobre la cama, sentada, con las dos manos sobre el regazo, los pies descalzos en el suelo y el pelo cortado al hombro de un modo desigual, una chica.

Era Lucía Velarde.

Tenía quince años en el papel y quince años en el cuerpo, pero el cuerpo aparentaba doce y la mirada aparentaba treinta. Era una mirada calmada, no asustada, no agitada, una mirada que llevaba mucho tiempo aprendiendo a no esperar nada. Llevaba un jersey gris demasiado grande, unos pantalones de chándal, calcetines blancos. Tenía las muñecas muy delgadas. Tenía los pómulos demasiado marcados. Tenía los labios partidos.

Yo cerré la puerta de la habitación detrás de mí. Me quedé quieta a tres pasos de ella.

—Lucía. Soy Olivia. Soy quien te ha hablado por el respiradero. Te voy a sacar.

Lucía me miró. Movió los labios. No le salió la voz al primer intento. Tosió. Lo volvió a intentar.

—Mi padre.

—Tu padre se ha puesto malo. Está en la casa. Va a venir una ambulancia. Tu padre no va a hacer nada más. Te lo prometo.

Lucía asintió. Una sola vez. Como una persona que no quiere creer demasiado deprisa pero que tampoco tiene fuerza para negar.

—¿Mi madre?

—Tu madre está en Madrid. Vuelve a las ocho.

—¿Mateo? ¿Alba?

—Mateo y Alba están en mi cuarto, con dibujos, esperando.

Lucía bajó la mirada. Le temblaron un poco los hombros. Pero no lloró. Llevaba mucho tiempo siendo una persona que no llora a la primera. Mira a quien le habla, evalúa, decide si llorar es seguro. No era seguro todavía. No lloró.

—Levántate. ¿Puedes andar?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Hasta el muro. Más, no sé.

—Vale. Hasta el muro tú andas. Luego te llevo yo. No vamos a la casa. Vamos a salir por la cancela. Hay un coche fuera. Una mujer que se llama Trinidad. Vamos con ella.

—Vale.

Le di una mano. La cogió. Su mano estaba fría como una mano que lleva años sin recibir mucho sol. Lo único que pensé, mientras la ayudaba a levantarse, fue: no la voy a soltar.

Lucía dio el primer paso. Le falló un poco la rodilla. Lo absorbió. Dio el segundo. Salimos al pasillo. Le toqué la espalda con la otra mano. La rodeé. Ella, durante un segundo, se quedó quieta en el pasillo, con la cara hacia la puerta, mirando algo que yo no veía. Una

habitación que se quedaba atrás. Dos años de su vida quedándose atrás.

—Lucía. Vamos.

—Sí.

Salimos al exterior. La luz del atardecer le dio en la cara. Lucía cerró los ojos. Hizo una mueca pequeña. No de dolor. De mucha luz tras mucha oscuridad. Levantó una mano, instintivamente, para taparse los ojos. Yo le quité mi chaqueta y se la puse por encima de la cabeza, como un velo, como Trinidad me había dicho.

—Mira al suelo, Lucía. Anda mirando al suelo. Cuando lleguemos al coche, ya te quito la chaqueta.

—Vale.

Anduvimos. Yo medía cada paso suyo. Los perros, en el sendero, nos siguieron sin gruñir. Eran ya, en cierto modo, mis perros. Cuando pasamos frente al estanque, Lucía levantó un poco la chaqueta y miró el agua un segundo. Hizo un ruido muy pequeño con la garganta. No fue una palabra. Fue como un reconocimiento.

En el camino hacia la cancela oímos sirenas. Lejos, pero acercándose. La ambulancia, que venía por la nacional. Y, detrás, otra sirena, distinta. Coche de la Guardia Civil.

—Lucía, sigue. No mires.

—Vale.

Llegamos al porche por el lateral. No subimos. Bordeamos el porche. Cruzamos el patio delantero. Llegamos a la cancela. La cancela estaba cerrada. La abrí con el mando del coche de los Velarde, que había cogido del bolsillo de mi abrigo al salir. La cancela se abrió, lenta, como siempre. Salimos al camino de gravilla exterior.

Doscientos metros más allá, escondido en un margen, vi el Renault gris de Trinidad. Estaba allí. Estaba allí desde el lunes por la mañana. Me había prometido motor frío y matrícula nueva. Las dos cosas se cumplieron.

En el momento en que llegamos al Renault, la ambulancia entró por la cancela detrás de nosotras, seguida del coche de la Guardia Civil, que era un Patrol blanco con bandas verdes. La ambulancia siguió hasta el porche. El Patrol se paró a nuestra altura. Bajó Trinidad por la puerta del copiloto. Estaba ya con uniforme. Detrás bajaron dos agentes más.

Trinidad miró a Lucía. Lucía la miró a ella. Trinidad se acercó despacio. Se agachó un poco. No la tocó.

—Lucía. Soy Trinidad. Soy Guardia Civil. Hemos venido a por ti. ¿Quieres venir conmigo?

Lucía la miró fijamente. Aguantó la mirada cinco segundos. Después asintió. Dijo una palabra.

—Sí.

Trinidad le tendió la mano. Lucía soltó la mía. Le cogió la suya. Trinidad la llevó al asiento trasero del Renault y la metió con cuidado. Le puso una manta encima. Cerró la puerta. Una agente se subió con ella.

Trinidad se giró hacia mí.

—¿Hugo?

—Ictus en el despacho. Ambulancia ahí. No va a moverse.

—¿Catalina?

—En Madrid. Vuelve a las ocho.

—¿Los pequeños?

—Arriba, con dibujos. Mi cuarto.

—Bien. Súbete. Vamos al hospital con Lucía. Que los pequeños se queden con Inés hasta que llegue Catalina. Mando a una agente a quedarse de garante. Tú vienes conmigo.

—Trinidad.

—Dime.

—Catalina no va a poder venir a Madrid con la ambulancia y, a la vez, llegar al hospital con Lucía a la vez.

—Catalina va a tener que elegir.

—Lo sé.

Subí al Renault. Por la ventanilla trasera vi, por última vez, la Finca Las Adelfas: la fachada blanca, las contraventanas verdes, los perros en su sombra. El coche arrancó. La cancela quedó detrás. Lucía, a mi lado en el asiento trasero, apoyó la cabeza contra el cristal. Cerró los ojos. Y, por primera vez desde que salimos de la caseta, abrió la boca y dijo, en una voz baja y nueva:

—Olivia. ¿Me hablas un poquito?

—De qué.

—De cualquier cosa. Cuéntame algo. Lo que sea. Para oírte.

Le hablé. Le conté del pueblo, del helado, de Mateo en el banco. Le hablé sin parar durante los veinticinco minutos del camino al hospital. Hablé de mi madre cuando estaba viva. Hablé de Sevilla. Hablé de la luz de mayo en el patio de mi tía. Hablé de la pelota de tenis bajo el arbusto al lado del respiradero. Eso le hizo sonreír. Era de los perros, dijo, no suya. Eso me ayudó a no decir más tonterías y a callarme una parte del camino.

Llegamos al hospital. Trinidad fue delante. Los enfermeros la esperaban. Lucía bajó del coche con mi chaqueta todavía por encima de la cabeza. La metieron por una puerta lateral. Le dieron habitación de pediatría. Le quitaron la ropa. La examinaron. La pesaron. Llamaron a una pediatra de guardia. Llamaron a una psicóloga. Llamaron a una enfermera especializada en pacientes con malnutrición prolongada. Lo hicieron todo bien.

Catalina llegó a las nueve y cuarto. Trinidad y yo nos encontramos en el pasillo. La cara de Catalina, al verme y verla a Trinidad, no era la cara de una mujer sorprendida. Era la cara de una mujer que había estado esperando que llegara este momento desde mucho antes de que se le ocurriera llamar a una abogada del centro. Catalina entró en la habitación de Lucía. No le pidió permiso a nadie. Yo no entré con ella. Trinidad tampoco. Era el momento de una madre y una hija, y, sea cual fuera la versión del relato que cada una

construyera en los próximos meses, ese momento merecía ser solo de ellas dos. Lo dejamos.

En el pasillo, mirando una máquina expendedora que no funcionaba, le dije a Trinidad:

—Mateo y Alba.

—Los recoge una compañera mía dentro de una hora. Van a casa de la abuela de Catalina, en Burgos. Catalina está informada. Hablaremos con ella mañana.

—¿Y Hugo?

—Hugo se ha quedado en parada antes de llegar al hospital. Acaban de llamarme.

Nos miramos. Era un dato que no esperábamos.

—¿Vivo?

—Recuperado. En estado grave. Va a estar varios días en la UCI. Tal y como están las cosas, puede que no salga. Si sale, sale con secuelas serias. Imputable o no, eso lo decidirá un juez en su momento.

Asentí.

Y, mientras asentía, sentí una cosa rara, una cosa que no esperaba sentir y que es difícil de explicar a un lector que no haya estado en una operación así. Sentí, durante medio segundo, alivio. Alivio porque, si Hugo no salía de aquella, los próximos meses de Lucía iban a ser menos complicados. Y, en el medio segundo siguiente, sentí vergüenza por haber sentido aquel alivio. Porque, en mi trabajo, alegrarse de la muerte ajena, aunque sea por una causa justa, es el primer paso para perder un trabajo así. Yo aún no había dado ese paso. Yo, esa noche, todavía no me había convertido del todo en otra cosa.

Pero estaba más cerca.

18 LA NOCHE DEL HOSPITAL

Pasé la noche en el hospital, en una sala de espera con sillas de plástico azul y una máquina de café. No dormí. No podía dormir. Trinidad se quedó dos horas y se fue al cuartel a coordinar las cosas formales. Una agente joven, que se llamaba Sara, se quedó conmigo. Sara tenía veintinueve años, era de Vitoria, llevaba dos en la unidad de Trinidad. Hablamos poco. Compartimos un café malo de la máquina.

A las tres de la madrugada salió Catalina de la habitación de Lucía. Cerró la puerta detrás de ella. Llevaba la chaqueta arrugada y los ojos muy hinchados. Vino hacia mí. Se sentó en la silla de al lado. Apoyó las manos en las rodillas. Miró el suelo durante medio minuto. Luego me miró.

—Olivia.

—Catalina.

—Olivia no, supongo.

—Olivia, también. Es mi nombre profesional.

—¿El otro?

—El otro te lo diré cuando lo necesites. Hoy es Olivia.

—Hoy es Olivia.

Hubo un silencio. Catalina puso las manos juntas, como rezando, pero no rezaba.

—¿Sabes una cosa, Olivia? Yo, todos estos meses, te he estado esperando.

—Lo sé.

—Y, sin embargo, no me he atrevido a ayudarte hasta el final.

—También lo sé. Es lo que hace la gente como tú.

—¿La gente como yo?

—Las personas que viven con miedo a su propio marido durante diez años. Es así. Tardas. No es debilidad. Es estrategia inconsciente. Pero tardas.

Catalina asintió. Asintió como asienten las mujeres a las que se les ha terminado, esa noche, el papel que llevaban diez años representando.

—Olivia. Una pregunta. ¿Quién eres tú, realmente? No tu nombre. Tu por qué.

Lo pensé. Era una de las pocas preguntas, en mi vida, que merecía una respuesta entera. Catalina la había hecho a las tres de la madrugada, en una sala de espera vacía, con su hija mayor durmiendo a doce metros, con su hijo y su hija pequeños camino de Burgos en otro coche, con su marido en parada inducida en la UCI dos plantas por debajo. Catalina, esa noche, había ganado el derecho a hacer cualquier pregunta.

—Yo soy una mujer que, hace muchos años, no hizo nada cuando una niña pequeña en otra casa pasó por una cosa parecida a lo que ha pasado tu hija. Llevo desde entonces buscando casas en las que sí pueda hacer algo. Eso es lo que soy.

—¿Y la periodista?

—La periodista es la herramienta. Sin ella no entro yo en casas como la tuya. Pero la decisión es mía.

—¿Y el dinero?

—Hay dinero. No me da vergüenza. La gente que hace este trabajo gratis dura dos años. Yo quiero durar veinte.

Catalina asintió otra vez. Sonrió un poco, una sonrisa muy cansada.

—Veinte años —dijo—. Llevo trece desde que me casé. Trece años con un hombre que, durante los seis primeros, fue maravilloso, y, durante los siete últimos, fue otra cosa. La gente, Olivia, cambia. Eso es lo más cruel: que la persona que te abraza una noche es la misma que, años después, te encierra a una hija. La cara es la

misma. El nombre es el mismo. Y, sin embargo, no es la misma. ¿Cómo se entiende eso?

—No se entiende. Se aguanta o se sale.

—Yo he tardado dos años de más en salir.

—Pero has salido.

Catalina me miró.

—Olivia. Mi marido, Hugo, abusó de Lucía durante años. Desde que cumplió ocho hasta que cumplió trece. Lucía me lo dijo a los doce. Yo, en lugar de denunciarlo, llamé a la psicóloga, llamé al médico, llamé a quien hizo falta para que se callara. Lucía intentó escaparse. Hugo se enteró. Hugo decidió encerrarla. Yo, en lugar de plantarme, fingí que estudiaba fuera y se lo dije a Mateo y a Alba. Yo le he llevado comida durante dos años, una vez al día, todas las noches, en el termo y la bolsa. Yo. Yo iba a la caseta. No Hugo. Era Hugo, sí. Pero también era yo. ¿Lo entiendes? Olivia, era yo.

Yo me quedé un segundo en silencio. Catalina lloraba, ahora sí, sin sollozos, lágrimas grandes que caían directamente en las rodillas de su pantalón sin pasar por la cara. Era la primera vez que la veía llorar.

—Catalina. Eso ya no es para mí.

—¿Cómo que no es para ti?

—Eso es para una jueza. Es para tu abogada. Es para tu psicóloga. Y, sobre todo, es para Lucía. Yo no soy quién para perdonarte, ni para acusarte. Yo soy una niñera. Mañana, dentro de un rato, lo que toque, vas a contarle a Trinidad esto que me has contado a mí. Y, después, vas a contárselo a Lucía. A Lucía no le vas a pedir perdón hoy. Hoy le vas a decir que la quieres y le vas a sostener la mano. Y vas a aguantar lo que ella te diga. Eso es. Mañana, otra cosa.

Catalina asintió.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Yo me voy a ir.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana. Llevaré a Mateo y a Alba a su abuela. Después haré lo que tenga que hacer con la periodista y con Trinidad. Después desapareceré un tiempo. Después, dentro de unos meses, posiblemente entraré en otra casa.

—Olivia.

—Dime.

—Si yo, dentro de dos años, salgo adelante con los niños, con Lucía recuperada, con un piso nuevo, con un trabajo de los míos, con una vida cualquiera, y me llamas para tomar un café, ¿me llamarás?

Lo pensé.

—No.

—¿Por qué?

—Porque, en este oficio, no se hacen amigas en las casas. Pero, Catalina, mírame. Te voy a decir algo. Si tú, dentro de dos años, tienes una vida cualquiera con tus hijos, yo, desde donde esté, voy a tener una sonrisa contigo aunque tú no lo veas. Esa sonrisa es tuya. No hace falta café.

Catalina asintió. Me dio la mano. Se la dejé. Estuvimos un minuto así, en la sala de espera del hospital, sin decir nada, dos mujeres mayores que sus historias, una niñera y una madre, hasta que ella se levantó y volvió a la habitación de Lucía y yo me quedé sola con la agente Sara y la máquina de café estropeada.

A las seis de la mañana, cuando empezó a aclarar el cielo por la ventana del pasillo, me di cuenta de que era martes. Era martes, día previsto para la operación, y la operación había acabado en domingo a las cinco de la tarde. Es la primera regla de las operaciones: nunca pasan cuando crees que van a pasar. Pasan veinticuatro horas antes o veinticuatro horas después. Mejor antes que después, casi siempre.

Mejor antes.

19 LOS NIÑOS Y LA ABUELA

Salí de la habitación de Lucía a las siete y media de la mañana sin haber dormido. Sara me acompañó hasta el aparcamiento del hospital, donde un coche camuflado nos esperaba con un agente al volante. No era Iván Tena. Iván Tena, según me dijo Sara en voz baja mientras cruzábamos el vestíbulo de urgencias, había sido retirado del caso a las cuatro de la mañana por un superior cuyo nombre Sara no quiso decirme. «Cosas de organigrama, Olivia. No te preocupes». Yo me preocupé.

Los preocupado, en mi oficio, no es una sensación. Es una herramienta. Es lo que te avisa de que la línea entre las personas que están a tu favor y las personas que están en tu contra acaba de moverse un milímetro, y que ese milímetro lo vas a notar dentro de tres días en forma de algo desagradable. Apunté mentalmente, en mi libreta crema, dos palabras: «Iván. Apartado». Y, debajo: «¿Quién lo aparta?».

Mateo y Alba estaban en una sala adjunta, los dos despiertos, los dos con la ropa de la noche anterior, los dos con un vaso de zumo en la mano que les había dado alguien y que ninguno había bebido. Cuando entré, Alba se levantó de un salto y vino a abrazarme las rodillas. Mateo se quedó sentado. Mateo, ahora, hacía eso: no se movía cuando llegaba un adulto, esperaba a ver de qué adulto se trataba.

—Olivia —dijo, muy serio—. ¿Papá se ha muerto?

—Papá está en el hospital. No se ha muerto. Está enfermo, muy enfermo.

—¿Lucía?

—Lucía está aquí. Lucía ha vuelto.

Mateo me miró largamente. Yo no aparté la mirada. Una de las primeras cosas que aprendes con un niño que ha vivido en una casa así es que no se le miente con los ojos. Se le puede mentir con las palabras, a veces hay que hacerlo, pero los ojos no. Mateo, en ese segundo, comprendió tres cosas: que Lucía había vuelto de verdad, que su padre podía morirse, y que yo me iba a ir. La tercera no se la dije. Lo entendió igualmente.

—¿Te vas? —dijo.

—Hoy os llevo a casa de la abuela. Después tengo que arreglar unas cosas. Después, ya veremos.

—No vas a volver.

—Mateo.

—No vas a volver.

Yo me arrodillé a su altura. Le quité el vaso de zumo de las manos. Le tomé las dos manos.

—Mateo. Escúchame. Voy a hacer una cosa que va a doler. Te voy a decir la verdad. Yo no soy niñera, no de las normales. Yo vine a esta casa para ayudar a Lucía. Tu hermana. Ahora que Lucía está fuera, mi trabajo en esta casa, en esa casa de allí, en esa, ha terminado. Yo no me voy de ti. Yo me voy de la casa. ¿Entiendes la diferencia?

—No.

—La vas a entender. No hoy. Dentro de dos años. La abuela te va a cuidar. Mamá va a estar muchísimo con vosotros. Y Lucía, cuando pueda, también. Yo, de vez en cuando, voy a llamar. ¿Vale?

—¿De verdad vas a llamar?

—De verdad. Y, Mateo, una cosa más. El cuaderno azul. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Ese cuaderno ya no lo necesitas. Lo tiene la policía. Hicieron una copia. La original te la devolveré yo, dentro de unos años,

cuando la quieras. Tú, ahora, vas a empezar otro cuaderno. Un cuaderno nuevo. De otro color. ¿De qué color?

Mateo se lo pensó.

—Rojo.

—Rojo. En ese cuaderno rojo no se escriben cosas malas. Solo cosas buenas. Una al día. Pequeñas. La galleta que te ha gustado. La risa de Alba. Lo que sea. Vas a ver que, en pocos meses, llenas el cuaderno. Y eso, sin que te des cuenta, va a empujar a las cosas malas hacia un rincón. ¿Lo harás?

—Lo voy a hacer.

—Bien. Dame un abrazo.

Me abrazó. Alba se subió encima del abrazo, como hacen los niños pequeños, sin entender, sin necesitar entender. Estuvimos los tres así un minuto. Sara, desde la puerta, miraba hacia otro lado.

En el viaje a Burgos, Alba se durmió en mi hombro a los cinco minutos. Mateo se quedó despierto, mirando por la ventanilla, callado. A mitad de camino, sin volverse, dijo:

—Olivia.

—Dime.

—Mamá también nos mintió.

No le respondí enseguida. Pensé bien lo que iba a decir. Una respuesta mal dada a un niño así, en ese momento, dura veinte años.

—Sí. Mamá también os mintió. Pero a mamá la obligaron. Y mamá, ahora, va a hacer todo, todo lo que pueda, para que vosotros tres podáis perdonarla. Eso va a tardar. Y Lucía es la que más tiene que perdonar. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Tu hermana Lucía es la persona más fuerte que vas a conocer en tu vida. Más que papá, más que mamá, más que yo. Lucía. Apréndete eso. Cuando seas mayor, en algún momento difícil, te vas a acordar de tu hermana y vas a poder.

Mateo asintió. No dijo nada más en todo el viaje. Cuando llegamos a la casa de la abuela, una mujer pequeña y enérgica de pelo blanco que olía a romero, Mateo bajó del coche, dio dos pasos hacia la abuela y, antes de abrazarla, se volvió hacia mí y, con la mano abierta hacia abajo, levantó tres dedos. Tres. Era nuestro código. Tres significaba «entendido, sigo, voy bien». Yo le devolví el gesto.

Después me subí al coche y le dije al agente que arrancara.

No miré atrás. No se mira atrás. Es la segunda regla.

20 LA CAPITANA ROBLES

Trinidad Robles me citó a las dos de la tarde en un piso franco de Burgos. No fue en la comandancia. Eso, en mi cabeza, encendió otra luz pequeña. Las capitanas de la UFAM no llevan a colaboradoras civiles a pisos francos a menos que tengan una razón concreta para que la colaboradora no aparezca en el registro de visitas de la comandancia. Apunté mentalmente: «Trinidad. No comandancia. ¿Por qué?».

El piso estaba en un cuarto sin ascensor en una calle estrecha del casco viejo, cerca de la catedral. Olía a humedad y a guiso de la vecina de abajo. Había una mesa de formica, dos sillas, un sofá de cretona desgastada, una nevera con dos botellas de agua. Trinidad estaba sentada en el sofá, sin chaqueta, con la pistola fuera del costado pero a la vista, encima de la mesa. Eso, también, fue un mensaje. No para mí: para quien pudiera estar escuchando.

—Olivia. Siéntate.

Me senté.

—Tres cosas. Primera. Lucía está estable. Físicamente. Lo otro va a ser largo. Has hecho un trabajo, en esa casa, que muy pocas profesionales habrían hecho con esos medios y en esos plazos. Quiero que lo sepas.

—Gracias.

—Segunda. Hugo Velarde ha despertado, hace dos horas. El ictus le ha dejado afasia parcial y hemiplejia derecha. No va a poder hablar con normalidad durante meses. Probablemente, nunca del todo. La fiscalía me ha pedido que retrase el interrogatorio hasta que un equipo médico evalúe si está en condiciones. Yo lo voy a retrasar lo justo. Vamos a interrogarlo, Olivia. Con la afasia y con todo.

—Bien.

—Tercera. Y esta es la que te he traído aquí para decirte. Iván Tena, mi cabo, ha sido apartado del caso esta madrugada por una llamada que entró al móvil del coronel a las tres y cuarenta de la mañana. La llamada venía de un número de Madrid. El número, según mi gente, pertenece a un despacho de abogados que se llama Bezares y Asociados. ¿Te suena de algo ese nombre?

Me sonaba. Me sonaba mucho. Bezares y Asociados era el despacho que, hacía cuatro años, había llevado el caso de la familia Berrocal, en Marbella. Era el despacho que había conseguido que el padre de la niña pirómana se quedara con la custodia. Era el despacho del que mi entonces jefa de la agencia me había dicho, palabra textual: «No te metas con esa gente, Olivia, son grandes». Y yo, en ese momento, me había callado, había firmado mi despido y me había ido. Era el despacho que llevaba cuatro años en una esquina de mi cabeza, como una piedra en el zapato.

—Me suena —dije.

—Cuéntame.

Le conté. Le conté lo de Marbella, lo de Berrocal, lo de la niña pirómana, lo de mi despido. Trinidad me escuchó sin tomar notas, con las manos juntas, mirándome a los ojos. Cuando terminé, se quedó callada un minuto largo. Después dijo:

—Olivia. Te voy a hacer una pregunta. Piénsalo antes de responder. ¿Quién te ha contratado, exactamente, para entrar en la casa de los Velarde?

—Una periodista. Trabaja bajo el seudónimo de K. La llaman así en su redacción y fuera. Lleva diez años investigando casas como esta. Yo la conocí hace dos años, por un caso anterior que no llegó a nada. Desde entonces hemos hecho tres entradas. Esta es la cuarta.

—¿K, de qué?

—Nunca me ha dicho su nombre real. Yo, hasta ahora, no he tenido necesidad de saberlo.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora.

Trinidad asintió.

—Olivia. Te voy a enseñar una cosa. Si después de verla quieres seguir trabajando con esa periodista, es tu decisión. Si no quieres, también. Pero quiero que la veas.

Sacó del bolsillo interior un sobre marrón. Del sobre, una fotografía impresa en papel mate, formato A5. La giró encima de la mesa y la empujó hacia mí.

En la fotografía aparecían dos mujeres en la terraza de una cafetería, en una calle que reconocí enseguida porque era la calle Almagro de Madrid. Una de las mujeres era K. Su pelo corto, sus gafas redondas, la chaqueta de paño marrón que le había visto puesta veinte veces. La otra mujer estaba de espaldas a la cámara, pero llevaba una blusa color crema, una pulsera de oro grueso y un pelo rubio ceniza muy reconocible.

—¿Sabes quién es la mujer rubia? —preguntó Trinidad.

—No.

—Se llama Aurora Bezares. Es socia del despacho Bezares y Asociados. Es la sobrina del fundador.

Yo me quedé muy quieta. Trinidad me dejó cinco segundos de silencio. Después siguió.

—La fotografía es del veintidós de agosto. Hace seis semanas. La sacó un compañero mío que estaba siguiendo a Aurora Bezares por otro caso. Cuando esta mañana, a las cuatro, me he enterado de quién había llamado al coronel para apartar a Iván, he abierto el archivo y he buscado. He encontrado esto en quince minutos. Olivia. Tu periodista se reúne, semanas antes de meterte a ti en la casa de los Velarde, con la socia del despacho que llevó el caso por el que tú fuiste despedida hace cuatro años, y que ahora, esta madrugada, mete una llamada para apartar a mi cabo. Yo no te voy a decir lo que significa eso. Te lo digo y tú lo interpretas.

Yo cogí la fotografía. La miré. La miré durante mucho rato.

—¿Puedo quedármela?

—Tengo otra copia. Quédatela.

La doblé en cuatro y me la guardé en el bolsillo interior del bolso, junto a la libreta crema. Después miré a Trinidad.

—Capitana.

—Dime.

—¿Usted me está protegiendo o me está usando?

Trinidad sonrió. Por primera vez en toda la conversación.

—Las dos cosas, Olivia. Como siempre. Como tú haces conmigo. Estamos en el mismo oficio. Yo te enseño esto y tú haces lo que tengas que hacer. Si lo que tienes que hacer pasa por mi mesa, vienes y me lo cuentas. Si lo que tienes que hacer no pasa por mi mesa, no te quiero ver más por aquí hasta que pase. ¿Entendido?

—Entendido.

—Una cosa más.

—Dígame.

—Si la periodista te llama hoy, contéstale. Tranquila. Como siempre. No le digas nada de esta foto. Vamos a ver qué te pide.

—Bien.

Trinidad se levantó. Yo me levanté. Nos dimos la mano. La suya estaba seca, fuerte, calmada. Salí del piso y bajé las escaleras del cuarto sin ascensor con cuidado, porque las piernas me temblaban un poco, y eso, en mi oficio, no se permite.

21 LA LLAMADA DE K

K me llamó a las cinco y cuarto de la tarde, justo cuando entraba en la habitación del hostal donde había decidido pasar la noche. No era el hostal habitual. Esa también era una regla: después de una operación cerrada, el primer hostal lo eliges tú, no la persona que te ha contratado. Mi periodista nunca había sabido en qué hostal dormía yo entre operación y operación. No lo iba a saber esa noche tampoco.

—¿Olivia?

—Sí.

—Lo he visto en los teletipos. La operación. El padre. Lucía. Todo. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—¿Los niños?

—En Burgos, con la abuela.

—¿La madre?

—En el hospital, con Lucía.

—¿Tú?

—En un hostal.

—¿Cuál?

—Uno.

K se rio. Era una risa corta, profesional, de las que usaba cuando algo no le gustaba pero no quería que se notara.

—Olivia. Tengo que hablar contigo en persona. Hay material que vas a tener que entregarme. Hay un cierre que vas a tener que firmar. Hay un pago que te debo. ¿Vienes a Madrid mañana?

—No.

—¿Pasado?

—No, K. Estoy reventada. Necesito tres o cuatro días. Voy a ir a un pueblo cualquiera, voy a dormir, voy a comer, voy a no hablar con nadie. El viernes te llamo y quedamos.

—Olivia.

—Dime.

—¿Hay algo que no me hayas contado?

Lo pensé. Lo pensé tres segundos. Sabía que esos tres segundos, al teléfono, eran demasiado. K los iba a notar. Los iba a meter en su carpeta mental sobre mí. Pero no podía dar una respuesta automática, porque K, para una respuesta automática, llevaba dos años entrenándome.

—K. Te he contado lo de Lucía, lo de la caseta, lo del cuaderno azul, lo de Catalina, lo del ictus. Te he mandado las fotos. Lo que falta es lo que falta siempre: declarar a la jueza, firmar cierre, cobrar. Lo demás te lo contaré cuando nos veamos en Madrid el viernes.

—Bien.

Un silencio. Otro silencio. Yo no iba a romperlo. Es otra regla. Cuando una persona como K se queda en silencio al teléfono, es ella la que tiene que romperlo, porque está pensando si te va a decir algo, y si lo rompes tú, no te lo dice.

—Olivia. Una cosa.

—Dime.

—Cuando vengas el viernes, ¿podrías venir directamente a mi casa, no a la redacción? Es mejor. Te explico cuando estés aquí.

—¿A tu casa?

—Sí. Hay un cambio en la situación. Es positivo. Lo verás. Pero prefiero hablarlo cara a cara.

—K. Tú nunca me has invitado a tu casa en dos años.

—Lo sé. Por eso ahora sí. Es una buena señal, Olivia. Confía.

—Vale. Mándame la dirección por mensaje.

—Te la mando esta noche.

Colgó.

Yo me quedé sentada en el borde de la cama del hostal, con el móvil prepagado en la mano izquierda, mirando la pared, que tenía un cuadro horrible de una marina con barcos diminutos. Una buena señal. Esa había sido la frase. Una buena señal. K usaba palabras así cuando estaba a punto de hacer algo que ella misma sabía que no era una buena señal. Lo había hecho dos veces antes, en operaciones anteriores, y las dos veces, después, había resultado que K había aceptado un trato con alguien y que ese trato, sin que yo lo supiera, había modificado mi salida.

Me acerqué a la ventana. El hostal daba a un patio interior. Había una cuerda con sábanas y, al fondo, una gata gris dormida sobre una caldera. Eso me tranquilizó un poco. Las gatas en las calderas siempre me tranquilizan. No sé por qué. Mi abuela tenía una así.

Saqué la fotografía de Trinidad del bolso. La desplegué encima de la cama. K y Aurora Bezares en la terraza de Almagro. Veintidós de agosto. Yo, el veintidós de agosto, estaba en Sevilla, en casa de mi madre, esperando la llamada de K que llegaría tres días después con el encargo de los Velarde. Tres días. K se había reunido con Aurora Bezares tres días antes de encargarme entrar en la casa de los Velarde. Eso no era casualidad. Eso era encargo.

Encargo de qué, exactamente. Eso era lo que tenía que descubrir.

Encendí el portátil. El portátil no es el del trabajo. Es otro. Lo compro siempre nuevo cuando termino una operación y lo tiro cuando empieza la siguiente. Este, comprado hacía once meses, lo iba a tirar al día siguiente. Por ahora, todavía servía. Busqué Bezares y Asociados. Web corporativa minimalista. Tres socios fundadores, retirados. Cinco socios actuales, todos hombres salvo Aurora. Especialidad: derecho de familia, derecho mercantil, derecho de la empresa familiar. Clientes destacados: no aparecían, por supuesto, pero la prensa rosa, cuando buscas con cuidado, da pistas. Bezares y Asociados había llevado, en los últimos diez años, los siguientes

asuntos: tres divorcios de empresarios del Ibex, dos custodias de hijos de famosos, una herencia litigiosa de una bodega de Rioja, y, en titulares menores, dos «desactivaciones de campañas de prensa» sobre dos empresarios distintos, ambos acusados por sus exparejas o por sus hijas de abusos.

Dos. Dos casos archivados, además del de Berrocal en Marbella. Tres en total.

Empecé a entender por dónde iba la cosa.

Bezares y Asociados no era solo un despacho de abogados de familia rica. Era un despacho especializado, entre otras cosas, en gestionar denuncias por abusos dentro de familias de patrimonio alto. Gestionar, en su vocabulario, significaba enterrar. Y enterrar, en su método, significaba presumiblemente tres cosas que ya conocía: psicólogos a sueldo que firmaban informes blandos, médicos privados que medicaban a las víctimas, y, en los casos más complicados, contacto directo con autoridades para que ciertas investigaciones no avanzaran. Eso último, esta madrugada, lo había vivido yo en directo: Iván Tena apartado del caso de los Velarde, a las cuatro de la mañana, por una llamada de ese despacho al coronel.

Faltaba una pieza. La pieza, en realidad, era la importante. ¿Para qué iba a contratar Bezares y Asociados a K para que metiera a una infiltrada en la casa de los Velarde? Si su negocio era enterrar denuncias, lo lógico habría sido que K no me metiera en absoluto. ¿Para qué meterme, entonces?

Lo pensé durante una hora. Pedí un sándwich al hostalero y un café con leche. Comí. Pensé. Volví a pensar.

A las siete y media me di cuenta. Me di cuenta tan claramente que me eché a reír sola, una risa breve, sin alegría, una risa de profesional que ha estado dos años trabajando sin saber para quién.

Bezares y Asociados no me había contratado para que entrara en la casa de los Velarde. Me había contratado para sacar a Hugo Velarde de la casa de los Velarde. No es lo mismo.

Hugo Velarde, en algún momento de los últimos meses, se había convertido en un problema para alguien dentro del círculo de clientes del despacho. Demasiado errático, demasiado borracho, demasiado visible, demasiado propenso a hablar de cosas en cenas y cócteles. Hugo Velarde, dentro de su grupo, era el eslabón débil. Bezares y Asociados, en lugar de seguir protegiéndolo, había decidido entregarlo. Y entregarlo, en su lógica, requería que la entrega pareciera obra de una periodista de izquierdas y una niñera infiltrada con buenas intenciones. La operación, vista desde fuera, sería un escándalo doméstico clásico: empresario abusador, hija encerrada, niñera valiente, juicio mediático. La operación, vista desde dentro, sería una limpieza interna: el círculo se desprendía de su eslabón débil y lo presentaba al público como caso aislado, mientras los otros eslabones, los otros padres, los otros empresarios, los otros, seguían en sus casas tranquilos, con sus hijas todavía dentro.

Yo era la mano que abría la puerta. K era la periodista que daba al titular el aire correcto. Trinidad, sin saberlo, era la capitana que firmaba el atestado. Y, mientras nosotras nos ocupábamos del caso de los Velarde, los otros casos, los que de verdad importaban al despacho, los que nunca iban a llegar a mí, seguían en sus casas, con sus hijas dentro, en otras fincas, en otras urbanizaciones, en otras provincias.

Eso, exactamente, era lo que Hugo Velarde, en el descansillo, me había intentado decir: «Hay protocolos en marcha desde hace dos años». «Hay personas a las que pago para que esta situación no exista». «Se cae con varios». Hugo, en su último intento de coacción contra mí, me había dicho, sin saberlo, lo más importante: que él pagaba por una protección que, a las pocas horas, le había sido retirada. Le habían soltado la mano. Y la mano que se la había soltado era la mano que, tres días antes, se había sentado en Almagro con K.

Me levanté de la cama. Cerré el portátil. Lo metí en una bolsa de basura. Bajé al hostal. Le pedí al hostalero un destornillador. Subí. Desmonté el portátil sobre una toalla, saqué el disco duro, el disco lo

partí con el cabo del destornillador y los pedazos los metí en el bolso. El resto del portátil lo dejé en la bolsa de basura. A la mañana siguiente lo tiraría en un contenedor de Burgos, no en el del hostal.

Después me senté en el borde de la cama, otra vez, y pensé en qué iba a hacer el viernes.

El viernes, K me esperaba en su casa de Madrid, una casa cuya dirección todavía no me había enviado. K, en su casa de Madrid, iba a hacer dos cosas. Primera, me iba a pagar. Segunda, me iba a proponer algo. Algo que ella llamaría «una buena señal» y que, traducido, sería una invitación a que mi siguiente operación, la quinta, la hiciéramos juntas en otra casa. Otra casa elegida por ella. Otra casa, en realidad, elegida por Aurora Bezares.

Yo, esa noche, decidí que iba a ir.

Iba a ir, y le iba a aceptar el encargo. Iba a aceptar el encargo, y, al aceptarlo, iba a empezar la operación cinco. Solo que, en la operación cinco, mi clienta verdadera, sin que ni K ni Aurora lo supieran, no iba a ser K. Iba a ser Trinidad Robles.

Eso sí que era una buena señal.

22 EL PUEBLO BLANCO

Pasé los tres días siguientes en un pueblo blanco de la provincia de Soria que se llama Calatañazor. Lo elegí por el nombre y porque, de la única vez que mi madre me llevó allí cuando yo tenía once años, me acordaba de una calle empedrada y de un olor a tomillo que nunca había vuelto a oler. El hostal se llamaba El Mirador y tenía cinco habitaciones, todas iguales, todas con una colcha de lana ocre y una ventana que daba al campo. Llovió el primer día. El segundo no. El tercero, también.

Comí en la cocina del hostal, con la dueña, una mujer de sesenta y muchos años que me llamó «hija» desde el primer minuto y que no me preguntó qué hacía allí. Eso, también, fue una buena señal. Las dueñas de hostal que no preguntan son las que saben.

Dormí. Dormí mucho. Dormí once horas la primera noche, doce la segunda, nueve la tercera, no por falta de sueño sino por exceso de paz, lo cual, en mi oficio, es lo que se llama una recarga. Una recarga es la cosa más cara que tiene una infiltrada profesional. Sin recarga, a los tres meses te equivocas en una mirada y, a los seis, una niñera novata que tiene a su cargo a una niña de cuatro años se equivoca en algo que cuesta vidas. Yo, durante esos tres días, en Calatañazor, no me equivoqué en nada porque no hice nada. Caminé. Comí potaje. Bebí dos vasos de vino con la dueña. Lloré una tarde, en la habitación, cara a la pared, durante media hora exacta, no por Lucía sino por una niña de Marbella que se llamaba Carla y que, hacía cuatro años, me había dicho «Olivia, ¿tú no me puedes llevar contigo?», y a la que yo, esa tarde, le había dicho que no podía. Esa niña ya tenía dieciséis años. La buscaría dentro de un mes, no antes. Las cosas, cada una en su sitio.

El miércoles por la tarde llamé a mi madre. No le conté nada. Le dije que estaba bien, que estaba descansando, que la quería. Mi

madre tampoco me preguntó nada. Mi madre, hace muchos años, dejó de preguntarme. Mi madre, hace muchos años, decidió que mi oficio era mío. Yo, hace muchos años, decidí que mi madre tenía razón. Cada vez que la llamo y no me pregunta, le doy las gracias por dentro.

El jueves por la tarde fui en autobús a Burgos. En Burgos cogí un tren a Madrid. En Madrid me bajé en Chamartín, hice cambio en metro, me bajé en Nuevos Ministerios, fui andando hasta un hotel pequeño de la calle Bravo Murillo, dejé la mochila, salí y me senté en una cafetería desde la que se veía la entrada del hotel. Estuve dos horas en la cafetería. Nadie me siguió. Nadie me esperaba. Bien.

A las nueve de la noche del jueves, K me envió la dirección por mensaje. Calle Almagro número veintiséis. Cuarto izquierda. El viernes, a las siete de la tarde. Cuando leí la calle, sonreí. K, mi periodista, vivía en la misma calle en la que se había sentado con Aurora Bezares hacía seis semanas. Eso podía ser coincidencia o podía ser, simplemente, que K viviera cerca de su trabajo, que su trabajo, en realidad, no era el periódico que decía sino el despacho. La cafetería de la foto, lo iba a comprobar al día siguiente, estaba a doscientos metros de su portal.

Esa noche, en el hotel de Bravo Murillo, llamé a Trinidad Robles desde el móvil prepagado nuevo, el cuarto del año.

—Capitana.

—Olivia.

—Mañana, a las siete de la tarde, voy a estar en casa de la periodista. Calle Almagro veintiséis, cuarto izquierda. Voy a aceptar el siguiente encargo. Voy a salir de esa casa con una dirección, un nombre y una fecha. Cuando salga, le llamo.

—¿Quieres protección?

—No. Si pongo a un agente cerca, K lo huele en treinta segundos. Lo único que le pido, capitana, es esto: si mañana, antes de las nueve de la noche, no la he llamado, mande a alguien al

portal. Yo, a las nueve, voy a estar bebiendo agua mineral en el bar de la esquina, sana. Pero si no estoy, mande a alguien.

—Está hecho.

—Y otra cosa.

—Dime.

—Necesito que, mañana, sus contactos en la Comandancia de Madrid sepan que existe una periodista que vive en Almagro veintiséis. Por si las moscas. No quiero, Trinidad, que esa mujer, después de la reunión, pueda hacer una llamada y que mi nombre acabe en una agenda que no es la suya. Si eso pasa, en quince días, en el siguiente trabajo, me cuelan algo malo.

—Lo sé, Olivia. Está hecho también.

—Gracias, capitana.

—Olivia.

—Dime.

—Otra cosa.

—Diga.

—Lucía, hoy, ha hablado.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho una frase. Una sola. A su madre. Ha dicho: «Mamá, lo voy a intentar». Eso es todo. La psicóloga me ha dicho que es un buen inicio. Yo, capitana retirada de muchas, sabes lo que pienso. Pienso que es un milagro. Pienso que es un milagro tuyo.

—Capitana.

—Dime.

—No es mío. Es de Lucía. Yo solo abrí una puerta. La que la cruzó es ella.

Trinidad se rio. Una risa breve, calmada.

—Olivia. Eres muy buena. Mañana llámame. Buena suerte.

Colgué. Apagué el prepagado. Me senté en la cama del hotel. Apunté en la libreta crema, esa noche, dos frases. La primera:

«Mamá, lo voy a intentar». La segunda: «Almagro veintiséis, mañana a las siete».

Las dos frases, esa noche, me sostuvieron.

23 ALMAGRO 26

El portal de Almagro veintiséis tenía un portero uniformado y una placa de mármol negro con los nombres en letras doradas. Cuarto izquierda no llevaba nombre, sino un código: «4-I». Eso, en una calle así, en un edificio así, ya era una primera señal. La gente que pone su apellido en la placa tiene una vida. La gente que pone una letra y un número tiene un perfil. K, en mi cabeza, había tenido siempre vida. Esa tarde, al ver «4-I» en lugar de un apellido, la categoría se le movió.

Subí en un ascensor de madera con un banco de terciopelo rojo. Llamé al timbre del cuarto izquierda. Abrió K. Llevaba un vestido camisero gris claro, el pelo recién cortado, sin gafas. Me chocó verla sin gafas. Llevaba dos años viéndoselas puestas. La cara de K, sin gafas, era diez años más joven y mucho menos amable.

—Olivia. Pasa.

Pasé. El piso era enorme. Suelos de madera oscura encerada, techos de cinco metros con molduras blancas, una alfombra antigua que valdría más que mi alquiler de toda mi vida. Cuadros, no muchos, pero buenos. Una librería de pared a pared con libros que se notaba que se habían leído. Olía a vainilla y a flor cortada. En una mesita baja había un servicio de té de plata, dos tazas, una bandeja con galletas inglesas y una carpeta de cuero marrón cerrada con un cordón. La carpeta, según mi entrenamiento, era el motivo de la reunión. El té era el decorado.

—Siéntate.

Me senté en el sillón que ella señaló, no en el que yo habría elegido. K se sentó enfrente. Sirvió té sin preguntarme si quería. Empujó la taza hacia mí.

—Olivia. Antes de nada. Quiero darte las gracias. Lo de los Velarde ha sido un trabajo extraordinario. La pieza saldrá el domingo en portada, doce páginas, fotografías propias, todo. Va a hacer mucho ruido. Mucho. La fiscalía me confirmó esta mañana que el caso va a llevarse por Madrid y no por Burgos, una cosa técnica que ya te explicaré. Y Hugo Velarde, según mis fuentes, no va a salir vivo del hospital. Ictus mediano, complicaciones, neumonía. No es seguro, pero es probable. La fiscalía, en el peor de los casos, podrá llevar a juicio a Catalina como cómplice por omisión. La condena, probablemente, será suspensa por las circunstancias. Lucía estará bien. Mateo y Alba estarán bien. Es, Olivia, un éxito redondo.

—Bien.

—Sé que estás cansada.

—Estoy cansada.

—Tienes derecho a parar. Quiero que lo sepas. Si me dices, hoy, que esta es tu última, lo respeto. Te pago el cierre, te pago un extra, te despedimos como amigas, te vas a Sevilla, te tomas un año. Eso es una opción real, Olivia. La pongo encima de la mesa.

—Bien. ¿Cuál es la otra?

K sonrió. La sonrisa de K, sin las gafas, era una sonrisa muy distinta de la que yo había conocido. Una sonrisa de mujer profesional de cuarenta y muchos años que había aprendido a sonreír así en una escuela cara.

—La otra. La otra, Olivia, es una casa. En la provincia de Málaga. Una urbanización de Marbella. Una familia que se llama Cossío. Padre, madre, dos hijas adolescentes y una niña pequeña. El padre, un constructor con muchos contratos públicos. La madre, exazafata, joven. Las hijas mayores, dieciséis y catorce. La pequeña, seis. La pequeña, Olivia, está mostrando los mismos signos que mostraba Lucía a esa edad. Tenemos a una vecina dentro, una asistenta filipina, que nos pasa información desde hace un año. Pero necesitamos a alguien dentro de la casa, no una hora al día, sino veinticuatro. Niñera. Tu perfil. Tu experiencia. Tu hueco.

—Marbella.

—Marbella.

Yo cogí la taza. Bebí un sorbo de té. Era té de verdad, fuerte, sin azúcar, con un toque de bergamota. K tomaba el té como ella era: bien hecho, caro, sin disimulo. Apunté mentalmente: «Té cargado. Bergamota. K no es periodista».

—K.

—Dime.

—¿Marbella, dices?

—Marbella.

—Ya he trabajado en Marbella.

—Lo sé. Hace cuatro años. Caso Berrocal. Te despidieron. La situación, en aquel momento, te superó porque trabajabas con una agencia muy mala. Yo te ofrezco la oportunidad de volver a Marbella, con apoyo de verdad, con un equipo serio, y de hacer el trabajo que entonces no pudiste hacer. La niña Berrocal, Olivia, ya es mayor. Tiene dieciséis años. Está en un internado. Está, según mis fuentes, bien. No del todo bien, pero bien. La que necesita ayuda hoy no es ella. Es la niña Cossío. Seis años. Dos calles más allá de donde vivían los Berrocal. Mismo colegio privado. Mismas amistades. Mismo médico. Te lo digo claro: el círculo es el mismo. La casa es otra. ¿Me sigues?

—Te sigo.

—¿Te tienta?

Yo dejé la taza. Miré la carpeta de cuero. Miré a K. K, sin las gafas, tenía los ojos color avellana, muy claros, muy precisos. Eran unos ojos que no me había permitido ver en dos años.

—K. Una pregunta.

—Dime.

—¿Tú por quién trabajas?

K no parpadeó.

—¿Cómo?

—¿Tú por quién trabajas? No te pregunto el periódico. Te pregunto quién, en el fondo, paga.

K se quedó un segundo. Después sonrió otra vez. Esa sonrisa, esa tercera sonrisa de la tarde, era una sonrisa cansada.

—Olivia. Llevas dos años conmigo. ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Porque, K, no me has dejado nunca pisar tu casa hasta hoy. Y, hoy, en tu casa, hay un servicio de té de plata, hay un piso de ochocientos metros en el barrio de Almagro y hay una carpeta de cuero con el siguiente encargo dentro. K, perdóname. Yo, con sueldo de periodista, no llego a este sillón. Quiero saber.

K asintió. Asintió lentamente.

—Olivia. Te voy a contar una cosa que no le he contado a nadie en este oficio. Mi familia tiene dinero. Heredé hace catorce años. Decidí, hace doce, que el dinero lo iba a usar para esto. Para meter a mujeres como tú en casas como esta. Para sacar a niñas como Lucía. El periódico es real. La firma es real. El sueldo del periódico es simbólico. El resto, Olivia, lo pongo yo. El piso es mío. El té es mío. Los honorarios que tú cobras los pago yo, de una cuenta personal, con dinero limpio. ¿Estás tranquila?

Me lo decía mirándome a los ojos. Sin parpadear. Con un control que era admirable. Yo, en mi cabeza, recordé tres cosas a la vez. La primera, la fotografía de Almagro del veintidós de agosto. La segunda, la frase de Hugo en el descansillo: «hay protocolos». La tercera, una regla básica de mi oficio: cuando alguien, mirándote a los ojos sin parpadear, te explica de dónde le viene el dinero antes de que tú se lo hayas preguntado del todo, miente. Y miente bien.

—K. Estoy tranquila. Acepto Marbella.

K sonrió. Esa cuarta sonrisa de la tarde fue, de las cuatro, la más sincera. K, en ese momento, creyó que me había convencido. K, en ese momento, cometió el error que llevaba seis semanas viniendo.

K, en ese momento, deslizó la carpeta de cuero hacia mí, por encima de la mesa baja, y dijo:

—Olivia. Aquí está todo. Nombres, plano de la casa, fotografías, horarios, contactos, contraseñas. Tómate tres semanas. Después entras. La entrevista con la familia Cossío, ya está concertada para el veinticinco de octubre. La pidieron ellos. Necesitan a alguien para la pequeña. Tú serás esa alguien.

Yo cogí la carpeta. Pesaba. Era de cuero buenísimo. Olía a piel cara y a algo más, algo dulce de fondo, como una colonia de hombre que se hubiera frotado contra la carpeta hacía meses y siguiera ahí.

Esa colonia me sonaba. La había olido en algún sitio. En el descansillo de la casa de Hugo Velarde. La noche del lunes. Era la colonia de Hugo Velarde.

Esa carpeta, antes de pasar a mis manos, había estado en las manos de Hugo Velarde. O, más probablemente, en las manos de alguien muy cercano a Hugo Velarde. Eso, a las siete y cuarto de la tarde del viernes, en el cuarto izquierda de Almagro veintiséis, fue para mí la confirmación final.

Sonreí. Asentí. Me puse la carpeta debajo del brazo.

—K. Gracias. Voy a leerla esta noche.

—Lee con calma. Si tienes dudas, me llamas mañana.

—Las dudas, las tendré.

—Las resolveremos.

—Las resolveremos.

Nos dimos dos besos. Su mejilla olía a la misma colonia. Bajé en el ascensor de madera. Salí al portal. El portero me dijo buenas tardes. Le dije buenas tardes. Crucé la calle Almagro hasta la cafetería de la esquina. Me senté en una mesa de fuera. Pedí un agua mineral con gas y una tapa de boquerones. Saqué el móvil prepagado. Eran las siete y cuarenta y dos.

Marqué.

—Capitana.

—Olivia.

—Estoy fuera. Estoy bien.

—Bien.

—Tengo la carpeta.

—¿Y?

—Y, capitana, no se lo va a creer. La colonia de la carpeta es la colonia de Hugo Velarde.

Trinidad se quedó un segundo en silencio.

—Olivia.

—Diga.

—Coge un taxi al hostal. No al de antes. A otro cualquiera. Yo, en dos horas, tengo a una persona en Madrid. Una persona mía. Vais a leer la carpeta juntas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Colgué. Me bebí el agua mineral. Comí los boquerones. Pagué. Cogí un taxi. Le dije al taxista que me llevara al barrio de Lavapiés. Al taxista le pareció bien.

En el taxi, con la carpeta de cuero sobre las rodillas, pensé que mi madre, en Sevilla, esa noche, estaría viendo un programa de la televisión y comiendo un plato de gambas con tomate. Pensé que Mateo, en Burgos, estaría cenando con la abuela. Pensé que Lucía, en el hospital, estaría intentando dormir. Pensé que Hugo Velarde, en su UCI, estaría intentando no morirse. Y pensé que K, en Almagro veintiséis, estaría llamando, en ese mismo instante, a Aurora Bezares para decirle que Olivia había aceptado.

Sonreí. La operación cinco había empezado.

24 LA CARPETA

La persona de Trinidad se llamaba Elena. Tenía treinta y pocos años, el pelo muy oscuro recogido en una coleta y unos vaqueros con una mancha de café en el muslo derecho que me cayó bien desde la primera mirada. Las profesionales que no se cambian de pantalón antes de una reunión son las que están en una operación abierta. Elena no me dijo su rango. Yo no se lo pregunté. Nos saludamos con un apretón de manos en el portal de un piso franco de Lavapiés, subimos dos pisos, entramos, ella echó el cerrojo, me ofreció agua, no quise, y nos sentamos a la mesa de la cocina.

Pusimos la carpeta de cuero en medio. La olí otra vez. Ella la olió. Asintió. Me creyó. Bien.

Abrimos la carpeta. Contenía treinta y dos folios.

Primer folio: ficha de la familia Cossío. Padre, Joaquín Cossío Aguirre, cincuenta y dos años, constructor, dos empresas, contratos con tres ayuntamientos de la Costa del Sol. Madre, Inmaculada «Inma» Llorente, treinta y cuatro años, exazafata, modelo ocasional. Hijas mayores, Bárbara, dieciséis, y Mencía, catorce, las dos de un matrimonio anterior del padre. Hija pequeña, Olympia, seis años, hija de Joaquín e Inma. Domicilio, urbanización Las Lomas del Mar, calle del Magnolio número catorce, Marbella. Nivel de seguridad de la casa, descrito como «medio-alto», con cámaras, alarmas y un guarda jubilado los fines de semana. Personal de servicio, una cocinera filipina, dos asistentas, un jardinero. No había niñera. La niñera anterior, llamada Yolanda Mateos, había sido despedida hacía cinco semanas «por motivos personales». Yolanda Mateos, decía la ficha, había sido «localizada y conversada». Yo entendí la palabra «conversada». La aparté en mi cabeza, en una esquina, para hablar con Trinidad de Yolanda Mateos antes de aceptar nada en firme.

Segundo folio: plano de la casa, dibujado a mano alzada, escaneado y limpiado. Tres plantas. Sótano con sala de cine y bodega. Planta baja con cocina, salón, comedor y porche con piscina. Primera planta con dormitorio principal, dos dormitorios de las hijas mayores, dos baños. Segunda planta con un único dormitorio, pequeño, anotado como «Olympia», y un dormitorio aún más pequeño anotado como «niñera». La segunda planta, en el plano, tenía un detalle que me llamó la atención: una escalera interior que conectaba el dormitorio de la niñera con el dormitorio principal de la planta de abajo. Una escalera privada. Eso, en una casa con esa distribución, era un grito. Apunté mentalmente: «Escalera privada. Padre. Niñera. Olympia. Triángulo de acceso».

Tercer folio: fotografías. Diez fotografías de los miembros de la familia. La pequeña, Olympia, tenía el pelo rubio oscuro, los ojos verdes claros, una expresión seria que no era de niña de seis años sino de adulta cansada. Yo, en mi oficio, ya he visto esa expresión. La he visto, también, en una niña de Marbella de hace cuatro años. La he visto, también, en Lucía. Cuando la vi en Olympia, supe que iba a ir.

Cuarto a séptimo folio: horarios. La pequeña iba al mismo colegio privado donde había ido Carla Berrocal hacía cuatro años. Mismo autobús escolar. Mismas extraescolares. Tenis los martes, piscina los jueves, catequesis los sábados. Esa última, la catequesis los sábados, hizo que me detuviera. Joaquín Cossío era, además, miembro de la junta de la parroquia. Un constructor con contratos públicos que es miembro de la junta de una parroquia es, ya, un perfil que conozco bien. No es estadísticamente sospechoso. Es, simplemente, un patrón.

Octavo a duodécimo folio: contactos. Aquí, Elena y yo nos detuvimos. La carpeta listaba seis contactos «útiles». Una psicóloga infantil que se llamaba Mónica Bedoya. Sí. La misma Mónica Bedoya que había sido psicóloga de Lucía Velarde y a la que le habían retirado el caso. Mónica Bedoya, en la carpeta de los Cossío, aparecía como contacto «favorable» con un signo más al lado de su nombre. Eso, en mi cabeza, hizo un clic muy fuerte. Mónica Bedoya,

en el caso Velarde, había aparecido como cómplice débil del padre, hasta que, según el cuaderno azul de Mateo, le habían retirado el caso. Mónica Bedoya, ahora, en el caso Cossío, aparecía como «favorable» a las personas que me enviaban a mí. Eso significaba dos cosas, y de las dos, ninguna era buena. O Mónica Bedoya había cambiado de bando, o nunca había estado en el bando que yo creía. La segunda, en mi oficio, es siempre la respuesta correcta.

Otros contactos: un médico privado de Marbella, doctor Aranguren, con un signo más; una abogada del despacho de Joaquín Cossío con un signo menos; un comisario de la policía nacional jubilado, vecino de Las Lomas del Mar, con un signo más; un sacerdote, también con un signo más, vinculado a la parroquia. Y un nombre suelto, sin signo y sin función descrita, solo el nombre y una nota en lápiz: «Aurora B.».

Aurora B. La carpeta entera mencionaba, explícitamente, a Aurora Bezares.

Elena, al ver el nombre, levantó las cejas y soltó un suspiro corto.

—Esto, Olivia, es oro.

—Esto, Elena, es trampa.

—Las dos cosas.

Decimotercer a vigésimo folio: protocolos. Aquí, la carpeta entraba en detalle. Cómo era el contrato laboral que la familia Cossío me iba a ofrecer, cómo eran las cláusulas de confidencialidad, qué se me iba a permitir y qué no, cómo eran las cámaras, en qué pasillos no había, dónde estaba el wifi, qué móviles llevaban los padres, qué cuentas de correo, qué redes sociales. Era, sin exagerar, un manual de instrucciones operativo. Estaba redactado por alguien que sabía exactamente qué iba a hacer una infiltrada profesional dentro de esa casa, porque alguien, dentro de esa casa o muy cerca de ella, lo había escrito para mí pensando en cada uno de mis movimientos. Esa persona, fuera quien fuera, no era K. K, mi periodista, no escribía así. K era buena con palabras. Quien había escrito esos folios trece a veinte era una operativa profesional. Una operativa profesional al servicio del círculo de Bezares.

Vigésimo primero a vigésimo octavo folio: lo que en la jerga llamamos «desviaciones». Las desviaciones son los puntos en los que la operación se aparta de su objetivo declarado para servir a un objetivo no declarado. Aquí, la carpeta era más fina, más cauta, pero estaba ahí. Tres detalles me llamaron la atención. Primero: la carpeta sugería, suavemente, que yo encontrara, durante mi estancia, documentación financiera de Joaquín Cossío relacionada con un contrato de adjudicación en Estepona. Segundo: la carpeta me pedía que, si tenía oportunidad, fotografiara una agenda de Joaquín, descrita con detalle, marca, color y formato. Tercero: la carpeta me pedía que, en caso de salida precipitada, dejara dentro de la casa, en un cajón concreto del estudio del padre, un sobre, que se me entregaría aparte, con «documentación adicional». Lo del sobre, lo entendí enseguida. El sobre era una plantación. La plantación era, en términos jurídicos, una falsificación de pruebas. Yo, en lugar de salir de la casa con la niña, iba a salir de la casa habiendo dejado dentro pruebas falsas que, combinadas con la denuncia mediática que armaría K, iban a hundir a Joaquín Cossío no por lo que le hacía a su hija, sino por un contrato de adjudicación que, en realidad, beneficiaba a un competidor suyo, un competidor que, casi con seguridad, también estaba dentro del círculo de Bezares.

Olympia, la niña de seis años, en este plan, era el pretexto.

Yo me eché hacia atrás en la silla. Elena, sentada enfrente, asintió despacio.

—Lo entiendes —dijo.

—Lo entiendo.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero ir. Quiero ir, pero quiero entrar con dos órdenes en el bolsillo. Una, la que les voy a fingir. Y otra, la real. La real, capitana, la firmamos vosotras.

—Llamamos a Trinidad.

—Llamamos.

Eran las once y media de la noche del viernes. La carpeta de cuero de Aurora Bezares, encima de la mesa de la cocina del piso franco de Lavapiés, olía a colonia de hombre rico muerto y a piel cara, y, a partir de esa noche, iba a oler a otra cosa: a algo nuestro. A algo que ellos no habían visto venir.

Vigésimo noveno a trigésimo segundo folio: el calendario operativo. La entrevista con los Cossío era el veinticinco de octubre. La entrada en la casa, si la entrevista iba bien, sería el dos de noviembre. La operación duraría entre cuatro y seis meses. La salida estaba prevista para finales de marzo, según un protocolo «análogo al de los Velarde». Lo de «análogo al de los Velarde» era, ahora, lo más informativo del documento. Significaba que esa gente había construido un modelo a partir de mí. Que el caso Velarde, a sus ojos, había sido un piloto. Y que el caso Cossío, en sus planes, era la primera operación del modelo a escala.

Yo no iba a ser su piloto. Yo iba a ser su modelo. Su modelo, pero al revés.

Elena llamó a Trinidad. Pusieron el manos libres encima de la mesa.

—Capitana.

—Olivia.

—Capitana, voy a Marbella.

—Lo suponía.

—Voy a Marbella, pero le voy a pedir tres cosas.

—Dime.

—Una. Quiero un equipo en Málaga. No grande. Tres personas. Una de ellas, Elena. Si Elena no puede, otra parecida.

—Concedido.

—Dos. Quiero, antes de entrar, una conversación con Yolanda Mateos. La niñera anterior. Hay que encontrarla. La carpeta dice que la han «conversado». Quiero saber qué le hicieron. Quiero, si es posible, llevármela a un sitio seguro antes de meterme yo.

—Concedido.

—Tres. Y esta es la importante, capitana.

—Dime.

—Quiero que, en paralelo, abramos investigación sobre Aurora Bezares y sobre todo el círculo. Yo voy a entrar en una casa. Usted, mientras yo estoy dentro, abre la red. Cuando yo salga con Olympia en brazos, no quiero que la única cabeza que ruede sea la de Joaquín Cossío. Quiero, capitana, que rueden todas las cabezas a la vez. Los padres, los abogados, los médicos, los psicólogos, los curas, los policías jubilados. Todas. ¿Me oye?

Trinidad estuvo un segundo en silencio. Después dijo:

—Olivia. Te oigo. Te oigo perfectamente. Concedido. Empezamos el lunes. Tú, mientras tanto, descansas el fin de semana, fingiendo que estás encantada con tu nueva operación. K no debe sospechar nada. Aurora no debe sospechar nada. Hasta el dos de noviembre, tú eres su modelo a escala. A partir del tres, eres mía.

—Capitana.

—Dime.

—Una pregunta final.

—Dime.

—Lucía Velarde, ¿está al tanto?

Trinidad se quedó otro segundo.

—Lucía Velarde, hoy por la tarde, le ha dicho a su madre una segunda frase. Le ha preguntado por ti. Le ha preguntado, textual: «Mamá, ¿dónde está Olivia?». Catalina le ha respondido: «Olivia está bien, hija. Olivia está donde tiene que estar».

Yo apreté la libreta crema contra mi pecho. Asentí.

—Bien, capitana.

—Olivia.

—Dime.

—Buena suerte. Y bienvenida a la operación cinco.

Colgó.

Elena cerró la carpeta de cuero. La carpeta seguía oliendo a colonia de hombre muerto. Pero ahora, encima del olor a colonia, había, débil, un olor a café de máquina y a cuerno quemado de Lavapiés que era nuestro. Olía a nosotras. Eso, esa noche, en esa cocina, fue suficiente.

25 YOLANDA MATEOS

Yolanda Mateos vivía en un piso bajo de Torremolinos con vistas a un patio de luces y un olor a fritanga que se metía por la ranura de la puerta. La encontró Elena en cuatro días. La encontró porque Elena tenía un contacto en la Seguridad Social que, con una excusa burocrática, había rastreado la baja médica de Yolanda hasta el centro de salud al que pertenecía. Del centro de salud al portal hubo cuarenta minutos y dos llamadas a vecinas.

Llamamos al timbre el martes por la mañana. Abrió una mujer de unos cuarenta años, en bata, descalza, con el pelo sin teñir desde hacía tres meses por lo menos, la cara cansada de una persona que no duerme bien desde una fecha concreta. Detrás de ella, un pasillo oscuro, un olor a tabaco frío y un loro en una jaula.

—¿Sí?

—Yolanda. Me llamo Elena. Soy de la Guardia Civil. Esta es Olivia. Trabajaba con la familia que te despidió. Venimos a hablar contigo. No estás en problemas. Veníamos a ayudarte, si quieres ayuda.

Yolanda nos miró cinco segundos largos. Después se hizo a un lado.

—Pasen. Apaguen el móvil antes de entrar.

Lo apagamos. Las dos. Entramos.

La cocina olía a café con leche y a aceite de oliva quemado del día anterior. Yolanda nos hizo café. Nos sentamos las tres en una mesa con un mantel de hule a cuadros. El loro, en la jaula, repetía una palabra que tardé un minuto en entender: «pegado, pegado, pegado». Yolanda lo miró sin verlo. Era evidente, en su mirada, que esa palabra del loro era algo del pasado.

—¿Qué quieren saber?

—Lo que pasó.

—Las cosas que pasaron en esa casa, hija mía, no se cuentan en una mañana. Pero, si la pequeña Olympia sigue ahí, yo te cuento todo lo que haga falta.

—Sigue ahí.

—Pues empiezo.

Yolanda Mateos había entrado en la casa de los Cossío en abril. Le habían dado las instrucciones habituales, las propinas, las extras de vacaciones, los regalos de Inma. Las primeras semanas, todo normal. A las cinco semanas, Olympia empezó a hacer dos cosas que Yolanda, niñera experimentada, sabía leer: orinarse en la cama por la noche y, sobre todo, esconderse en los armarios cuando llegaba su padre a casa. Yolanda lo habló, con cuidado, con Inma. Inma le dijo que era una etapa, que la pequeña pasaba por una fase, que había leído en un libro que era normal a esa edad. Yolanda asintió, pero, dos noches después, sorprendió a Joaquín Cossío entrando en el dormitorio de Olympia a las tres de la madrugada.

—¿Qué hiciste?

—Lo que se debe hacer. Encendí la luz del pasillo y me asomé. Le dije que la pequeña había tosido y que iba a verla yo. Él no se enfadó. Sonrió. Me dijo: «Yolanda, qué buena niñera tenemos». Cerró la puerta y se fue. Esa noche dormí con Olympia en mi cama. A la mañana siguiente, llamé a una psicóloga infantil que se llama Mónica Bedoya, porque me la había recomendado Inma. La psicóloga me citó al día siguiente. Le conté todo. Le pedí que viera a Olympia.

—¿Y?

—A las setenta y dos horas, Inma me dijo que estaban contentos conmigo pero que la psicóloga, en una conversación rutinaria, le había dicho que Olympia necesitaba un ambiente más estable, sin tantos cambios, y que mi presencia, por mi forma de ser, no era buena para una niña con su temperamento. Me despidieron con tres meses de sueldo y un acuerdo de confidencialidad. Lo firmé porque

me dijeron que, si no lo firmaba, mi otra hija, la mía, la mayor, que trabaja en un hotel de Joaquín Cossío en Marbella, perdería el trabajo. Mi hija tiene veintiún años y un bebé. No tenía dónde más buscarse la vida. Firmé.

—¿Y después?

—Después, dos semanas más tarde, vino a verme a Torremolinos un hombre. Educado. Con un coche bueno. Me dijo que se llamaba Andrés y que era abogado del despacho que llevaba los asuntos de la familia. Me dijo que, si yo, en algún momento, sentía la tentación de hablar con alguien de la prensa o de la policía sobre lo que había visto en esa casa, mi hija perdería el trabajo y, además, ellos tenían fotografías mías saliendo de un piso en Málaga al que voy a ver, una vez al mes, a un hombre casado. Esas fotografías, dijo, podían llegar fácilmente a la mujer del hombre casado, que es de Sevilla, donde vive mi madre. Me dijo: «Yolanda, no es una amenaza. Es una explicación». Yo, entonces, lo entendí. No es una amenaza. Es una explicación.

Yolanda dijo esto con una serenidad que era peor que el llanto.

—Yolanda —dije yo—. Yo vuelvo a entrar en esa casa el dos de noviembre. La pequeña va a salir. No te lo prometo. Te lo digo.

Yolanda me miró largamente. El loro, en la jaula, volvió a decir «pegado». Yolanda se levantó. Abrió un cajón de la cocina. Sacó una cajita de hojalata pintada con flores. La abrió. Dentro había un cordón, un dedal de costura y una memoria USB azul. Cogió la memoria USB. Me la dio.

—Esto, hija mía, es lo único que saqué de esa casa. Es la copia del disco duro de la cámara del pasillo del segundo piso, de tres noches concretas. Yo lo bajé un domingo en que se fueron a Sevilla. Lo guardé. No se lo he enseñado a nadie. Tengan cuidado al usarlo. No tengo más copias.

Yo cogí la memoria USB. Era pequeñísima. Me cabía en el puño cerrado.

—Yolanda. Una cosa.

—Dime.

—Tu hija, la del hotel. Esta semana, va a recibir una llamada de una empresa de Madrid ofreciéndole un trabajo mejor. Lo aceptará. Empezará el lunes próximo. Es un sitio seguro. Te lo digo yo. ¿Te parece?

Yolanda asintió. No dijo nada. Le rodaron dos lágrimas, una por cada ojo, exactamente al mismo tiempo, una cosa que solo he visto a tres mujeres en mi vida.

Salimos del piso a las once y veinte. Elena, en la calle, miró el USB azul en la palma de mi mano.

—Olivia. Eso, sin orden judicial, es ilegal.

—Eso, sin Olympia, es papel mojado. Y, con Olympia, es la prueba que necesitamos. Tú dile a Trinidad que esto existe. Trinidad sabrá qué hacer.

Elena asintió.

En el coche, de vuelta a Málaga, me llamó mi madre. Le dije que estaba bien, que estaba trabajando, que la quería. Ella, como siempre, no me preguntó nada. Esa tarde, en mi cabeza, tres mujeres se ordenaron en una fila: mi madre, Catalina Velarde, Yolanda Mateos. Tres mujeres que, por motivos distintos, habían decidido callarse alguna vez, y que, por motivos distintos también, me habían dado, cada una, un trozo del trabajo que yo hacía. Sin las tres, no había Olivia. Esa idea, esa tarde, me dejó la cabeza muy callada durante mucho rato.

26 LA CASA DEL MAGNOLIO

La entrevista con Joaquín e Inma Cossío fue el veinticinco de octubre por la mañana, en una casa que tenía dos magnolios grandes a la entrada y un jardinero peruano regando macetas. Llegué con dos referencias falsas, un currículum bien construido, una blusa de lino blanca, el pelo recogido en moño bajo y la cara que yo, en mi oficio, llamo «cara de niñera de antes»: cierta dulzura, cierta firmeza, cero curiosidad visible.

Inma Cossío me recibió en el porche. Inma era joven, alta, guapa, de una manera que parecía pintada por encima de algo cansado debajo. Olía a un perfume floral muy fuerte, demasiado, como ponen las personas que necesitan tapar otra cosa. Me dio la mano. Me dijo «encantada». Me invitó a pasar.

Joaquín Cossío estaba sentado en un sillón de cuero leyendo el periódico. Cincuenta y dos años, calvo en la coronilla, polo de cocodrilo, mocasines sin calcetines, reloj caro pero sobrio, una mano muy grande para su altura. Me saludó sin levantarse. Eso, en su lenguaje, era una primera prueba: quería que yo notara, desde el primer minuto, quién mandaba.

—Olivia, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Siéntate.

Me senté. Inma sirvió zumo de naranja. Hicieron las preguntas habituales. Yo di las respuestas habituales, con dos o tres detalles personales medidos al milímetro: madre viuda en Sevilla, formación en pedagogía infantil en una universidad mediana del sur, dos casas anteriores en Madrid con cartas de recomendación. Joaquín hizo poco. Inma hizo casi todo. En las últimas preguntas, sin embargo, Joaquín se inclinó hacia delante y me dijo:

—Olivia. La pequeña, Olympia, es una niña sensible. Necesita una persona discreta. ¿Eres discreta?

—Soy discreta, señor.

—¿Cómo de discreta?

—Soy de las que entran en una casa y, al cabo de seis meses, los vecinos no saben mi cara, los amigos de la familia no saben mi nombre y mi madre no sabe a qué provincia he ido. Esa de discreta.

Joaquín se rio. Inma se rio. Joaquín, sin volverse hacia Inma, dijo:

—Esta es.

Yo entré, oficialmente, a la nómina de los Cossío el dos de noviembre, lunes, a las nueve de la mañana. Mi habitación estaba en la segunda planta, al lado del dormitorio de Olympia, con su escalera privada que bajaba al dormitorio principal. La primera tarde, mientras deshacía la maleta, comprobé tres cosas. Primera: la escalera privada estaba cerrada con llave por el lado del dormitorio principal, no por el mío. Segunda: en mi habitación, encima del armario, había una rejilla de ventilación con una mancha de polvo desigual; alguien había metido la mano por ahí en los últimos días. Tercera: en el cajón de la mesilla, debajo de un papel de forrar, había un pelo largo, oscuro, no mío. Yolanda Mateos tenía el pelo así.

Apunté mentalmente: «La habitación está intervenida. Escribir nada relevante en esta casa. Hablar nada relevante en esta casa».

Olympia, esa primera tarde, me esperaba sentada en la cama de su cuarto con un peluche de elefante en el regazo. Tenía la cara que yo había visto en la fotografía: seria, los ojos verdes mirando demasiado por dentro para una niña de seis años. Le di la mano. Le pregunté cómo se llamaba el elefante.

—Elefante.

—Elefante a secas, ¿no?

—Mamá dice que poner nombre a los peluches es para bebés.

—Mamá tiene una opinión. Yo tengo otra. Yo creo que un elefante sin nombre es un elefante que no sabe a quién pertenece. Si quieres, le ponemos un nombre nuevo.

—¿Cuál?

—El que tú elijas.

Lo pensó dos minutos. Era una decisión seria, para ella.

—Olivia.

—¿Cómo?

—El elefante se va a llamar Olivia.

Yo me reí. Le acaricié el pelo.

—Olympia, eso es un honor. Acepto.

Esa misma noche, a las once, mientras dejaba el pijama doblado en su silla, Olympia, sin venir a cuento, me dijo:

—Olivia.

—Dime.

—Cuando papá viene de noche, ¿le digo que no o no le digo nada?

Me quedé un segundo. Solo uno. Después, con la voz de niñera más serena que tengo, le dije:

—Olympia, mi reina. Cuando papá viene de noche, no le dices nada. Te haces la dormida. Yo, desde mi cuarto, voy a oírlo. Voy a entrar yo. Y, a partir de mañana, mi cama y la tuya van a estar pegadas, y, cuando papá venga, va a ser conmigo con quien hable, no contigo. ¿Vale?

—Vale.

—Y, Olympia, una cosa más.

—¿Qué?

—¿Tu papá ha venido este mes?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Tres.

—Bien. Hoy no va a venir.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hoy es lunes y papá, los lunes, está en la oficina hasta tarde. Mañana, martes, tampoco viene, porque mañana llega su socio de Madrid y cenan fuera. El miércoles, si viene, vendrá. Y, el miércoles, me lo voy a encontrar yo en el pasillo.

Olympia me miró con esa cara de adulta cansada que ya conocía.

—Olivia. Tú sabes muchas cosas de mi casa.

—Las sé porque, antes de venir aquí, las he estudiado. Lo hago siempre. Ahora a dormir.

Le dormí. Le canté una nana que mi abuela me cantaba a mí, en Sevilla, hace muchísimo. Olympia se durmió a la quinta estrofa. El elefante de peluche, ahora llamado Olivia, se quedó en sus brazos.

Yo me senté en mi habitación. Era la primera noche. Quedaban, según el plan, cuatro meses. No iban a ser cuatro meses. Iban a ser cinco semanas, máximo seis. La operación, esta vez, iba a ir más rápida que la anterior, porque la red, esta vez, estaba abierta detrás de mí, y la red, esta vez, no era K, era Trinidad.

27 LA GRIETA

La grieta, en una casa así, siempre se abre por un detalle pequeño que el dueño de la casa no controla. En la casa de los Velarde había sido un cuaderno azul debajo de un colchón. En la casa de los Cossío fue un teléfono móvil que se cayó al suelo de la piscina. El teléfono era de Mencía, la hija mediana de catorce años. Era un sábado por la mañana. Mencía, sentada en el bordillo, mojaba los pies en el agua. Su padre, dentro, hablaba por teléfono en el despacho con la puerta cerrada. Inma estaba en la peluquería. Yo había llevado a Olympia a la cocina a desayunar.

Mencía soltó un grito. Yo dejé a Olympia, salí corriendo, llegué a la piscina. El móvil de Mencía estaba en el fondo. Mencía me miró con la cara desencajada.

—Olivia. Si mi padre se entera, me mata.

—No te mata. Pero, si quieres, lo recogemos antes. ¿Tienes la contraseña?

—Sí.

—Yo lo saco.

Me metí en la piscina vestida. Recogí el móvil. Subí. Mencía me esperaba con una toalla. Le di el móvil. Lo encendió. Funcionaba. Funcionaban tres aplicaciones, todas a la vez, una de las cuales, la primera que se abrió, no era de las suyas. Era una aplicación de mensajería instalada por su padre en su móvil sin que ella lo supiera. Mencía, al ver la aplicación, se puso pálida.

—Olivia. Esto no es mío.

—¿Esto qué es?

—Esto es una aplicación que tengo en el móvil que tenía a los doce años. La aplicación me la instaló él. Decía que era para

«control parental». Yo, hace dos años, lo descubrí, lloré dos noches y, al final, no le dije nada. Pero esta aplicación, mi padre, me la había instalado en el otro móvil, no en este. Si está en este, alguien ha vuelto a entrar en mi móvil mientras yo dormía.

Mencía se sentó en una hamaca. Se cubrió la cara con la toalla.

—Mencía. Mírame.

—No.

—Mírame.

Me miró. Tenía catorce años y unos ojos de mujer de cuarenta.

—Mencía. Yo, en esta casa, no soy lo que parezco. Soy lo que parezco más una cosa. La cosa más, te la voy a contar a ti, ahora, en quince segundos, antes de que se te ocurra hacer nada por tu cuenta. Yo trabajo con personas que ayudan a las niñas como Olympia. Sé lo que vuestro padre hace. Lo sé desde antes de entrar. Estoy aquí para sacar a Olympia. Pero, ahora que tú me has dado pruebas, también voy a poder ayudaros a Bárbara y a ti. ¿Me oyes?

Mencía asintió. Asintió muy despacio.

—Mencía. Una pregunta. Si yo, dentro de un par de semanas, te dijera que tienes que coger una mochila pequeña con tus cosas, las imprescindibles, y montarte en un coche con Olympia, conmigo y con una agente, ¿lo harías?

—Sí.

—¿Y Bárbara?

—Bárbara, no sé. Bárbara es la favorita. Está atontada. Pero, si voy yo, va.

—Bien.

—Olivia.

—Dime.

—Tú me caes bien.

—Tú a mí también.

—Olivia.

—Dime.

—Mi madre lo sabe.

Eso, Mencía me lo dijo sin prepararlo. Me lo soltó como suelta una niña de catorce años algo que lleva dos años sin atreverse a decir. Lo sabe. Mi madre lo sabe. Mi madre lo sabe y se lo calla. Mi madre lo sabe y, en lugar de defendernos, se va a la peluquería. Mi madre lo sabe y, cuando, de vez en cuando, un sábado por la mañana, ve una mancha en mi sábana, se hace la sorda.

Yo apreté el dorso de la mano de Mencía con el dorso de la mía. No le dije nada. No había, en ese momento, nada que decir. Mencía estuvo cinco minutos sin hablar. Después se levantó, tiró la toalla mojada en una hamaca y se fue a su cuarto.

Yo, esa tarde, llamé a Trinidad desde el supermercado, donde había llevado a Olympia a comprar fruta.

—Capitana.

—Olivia.

—Aceleramos.

—¿Cuándo?

—El sábado de la semana que viene. El siete. Joaquín tiene cena en Marbella con su socio. Inma va con él. Las dos mayores duermen fuera, en una fiesta de cumpleaños. Solo queda Olympia, conmigo, en la casa. Salimos a las once de la noche.

—¿Tres pasajeras?

—Tres. Olympia, Mencía y Bárbara. Mencía se viene. Bárbara, se la trae Mencía. Yo no las recojo. Mencía las saca al portón del jardín. Yo cojo a Olympia. Tu coche, en la rotonda anterior. Tres minutos.

—Concedido.

—Una cosa más, capitana.

—Dime.

—La operación de detenciones, la red, la lanza usted esa misma noche. Una hora antes. A las diez. Para que, cuando Joaquín vuelva del restaurante, su casa esté llena de gente vuestra. Y para que

Aurora Bezares, esa misma noche, en Madrid, esté en su casa de Almagro veintiséis sin abogado.

—Olivia.

—Diga.

—¿K?

—K es suya, capitana. K, la noche del siete, tiene que estar también detenida. K, le aviso ya, va a tener una versión muy buena. Va a contar que la engañaron, que ella era una periodista de buena fe, que yo era una colaboradora autónoma, que la información de la carpeta se la pasó otra fuente. Va a tener abogados, va a tener prensa, va a tener apoyos. Capitana, K es la cabeza, no Aurora. Aurora es la mano. K es quien decide, dentro del círculo, qué casas se entregan y cuáles se protegen. K era la jueza del círculo. Yo era su mano de obra. Aurora Bezares era su intermediaria con el despacho. Hay que tener todo eso preparado.

—Olivia.

—Diga.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Lo sé porque he convivido con K dos años. Lo sé porque la carpeta de cuero la escribió ella, no Aurora. La caligrafía, capitana, de las notas a lápiz, es la de K. Yo, sus listas de la compra, durante dos años, las he visto. La nota «Aurora B.» en la página de los contactos la puso K. Aurora se hubiera puesto a sí misma, en una carpeta así, con su apellido entero. Quien escribe «Aurora B.» con esa intimidad es alguien que conoce a Aurora desde hace décadas. Esa persona es K. K y Aurora estudiaron juntas. Lo busqué el lunes pasado. Mismo internado, mismo curso. K es la prima política de Aurora. K, capitana, es de la familia. La familia Bezares.

Trinidad soltó un suspiro largo.

—Olivia. Te has metido en un avispero.

—Llevo dos años en él, capitana. Lo que pasa es que esta semana lo he visto.

—Sábado siete. A las diez.

—A las diez.

Colgué. Olympia, en el carro del supermercado, me miraba con cara de pregunta. Me agaché.

—Olympia, ¿qué pasa?

—Olivia. Tú estabas hablando muy bajito por teléfono.

—Sí.

—¿Era de papá?

—Era de papá. Y de mamá. Y de nosotras dos. Y de tus hermanas.

—¿Es algo bueno?

—Es algo bueno, mi reina. Algo bueno que va a doler un poquito al principio. Como cuando te ponen una inyección. ¿Sabes?

—Sí.

—Pues eso. Es como una inyección. Dura tres segundos. Después te dan un caramelo.

—¿Y el caramelo de mi inyección, cuál va a ser?

Lo pensé. Lo pensé delante de la sección de frutas y verduras de un supermercado de Marbella, mientras una señora con un carrito chocaba con otra señora con un carrito y se decían cosas.

—Olympia. El caramelo de tu inyección va a ser que, dentro de poquito, te vas a ir a una casa pequeña con un jardín pequeño, con tus dos hermanas mayores y conmigo, y vas a poder dormir todas las noches sin tener que oír los pasos de nadie.

Olympia lo pensó. Asintió.

—Olivia.

—Dime.

—¿Y mamá?

—Mamá, mi reina, mamá va a tener que decidir, ella, sola, lo que hace. Si quiere ir con vosotras, podrá. Si no quiere, no podrá. Eso, hoy, todavía no se sabe.

Olympia asintió otra vez. Cogió una manzana de la pila.

—Olivia.

—Dime.

—Yo creo que mamá no va a venir.

Yo no le respondí. Le acaricié la nuca. Pagamos las manzanas. Salimos al sol. Olympia, en la calle, me dio la mano. La mano de Olympia, en mi mano, era exactamente igual de pequeña que la mano de una Lucía Velarde de seis años habría sido en mi mano hacía nueve años, si alguien, en aquel momento, hubiera estado allí para tomarla.

Yo, ese día, en la calle, en Marbella, debajo del sol de noviembre, decidí que el sábado siete me lo iba a ganar. Lo iba a ganar por Lucía retroactivamente. Lo iba a ganar por Olympia, por Mencía, por Bárbara, por Yolanda Mateos, por mi madre, por Catalina Velarde, por todas. Lo iba a ganar también por mí. Y, sobre todo, lo iba a ganar por K, que llevaba dos años creyendo que yo era su mano.

28 SÁBADO SIETE, DIEZ DE LA NOCHE

Joaquín Cossío e Inma salieron de casa el sábado siete a las ocho y media de la noche. Llevaban dos coches, porque Joaquín, después de la cena, tenía «una reunión rápida» en un chalet de Sotogrande con dos hombres a los que yo, por las averiguaciones de Elena, ya sabía que pertenecían al círculo. Inma iba a volver antes, sobre las once y media. Joaquín, según el plan original de él, no antes de las dos. Según el plan original mío, ni Joaquín ni Inma iban a volver a esa casa, esa noche, libres.

Bárbara y Mencía habían salido a las siete a la fiesta de cumpleaños, oficialmente para volver a desayunar al día siguiente. Mencía, antes de irse, me había hecho una señal: dos dedos pegados, la mano abierta. La señal era nuestra: «todo listo, te aviso desde el portón». Bárbara, al lado de Mencía, se había despedido de mí con una cordialidad que no era la habitual. Mencía, durante la semana, había estado preparando a su hermana sin yo saber cómo. Mencía, a sus catorce años, era una operativa. Yo se lo agradecí mentalmente y le hice la cuenta de cumpleaños, el siete del once, en mi libreta: a partir de ese sábado, le iba a regalar algo todos los años, aunque ella no quisiera, hasta que cumpliera los treinta.

A las nueve y media, Olympia se durmió. Antes de dormirse, sin abrir los ojos, dijo:

—Olivia.

—Dime.

—Hoy es la inyección.

—Hoy es la inyección.

—Vale.

Yo apagué la luz pequeña. Me senté en la cama de al lado. Esperé. Eran las nueve y treinta y siete. A las diez en punto, según el plan, Trinidad lanzaba la operación. A las diez y cinco, una agente vestida de paseante iba a pasar tres veces por delante del portón del jardín mirando un mapa en el móvil; eso sería mi confirmación visual de que el dispositivo estaba en posición. A las diez y diez, salía yo con Olympia. A las diez y trece, Mencía y Bárbara salían por el portón con la mochila. A las diez y dieciséis, todas estaríamos dentro del Volvo gris de Elena, en la rotonda de la salida sur de la urbanización.

A las diez en punto, en Madrid, Aurora Bezares estaba subiendo en su ascensor de madera al cuarto izquierda de Almagro veintiséis. Tres agentes, dos hombres y una mujer, la esperaban en el descansillo. K estaba dentro del piso, sirviéndose un whisky. Los agentes llamaron. Aurora abrió. Los agentes entraron. K, al ver la cara de Aurora, dejó el vaso sin apurar. Una agente, la mujer, le leyó los derechos. Otra le pidió el teléfono móvil. K, con una serenidad casi profesional, lo entregó. Aurora gritó algo que no fue audible desde el descansillo, y la agente, con calma, le dijo que se sentara.

A las diez en punto, en Marbella, en el restaurante donde Joaquín Cossío estaba terminando los entrantes, dos agentes vestidos de civil se sentaron en la mesa de al lado y pidieron botella de agua. A las diez y dos, Joaquín fue al cuarto de baño. Le siguió, con discreción, uno de los agentes. A las diez y cuatro, salió Joaquín del cuarto de baño esposado, sin esposas visibles porque las llevaba debajo de la chaqueta, escoltado por dos agentes hacia la salida trasera del restaurante. Inma, sentada en la mesa, vio salir a su marido. Antes de poder reaccionar, una tercera agente, mujer, se sentó en la silla de Joaquín y le mostró una placa. Inma, en lugar de gritar, hizo algo que Trinidad, después, me describiría como «extraordinario»: cogió el bolso, sacó un sobre cerrado y se lo dio a la agente. Le dijo: «Esto es lo que ustedes vienen a buscar. Está fechado». El sobre contenía una declaración escrita de Inma Llorente, de su puño y letra, firmada hacía tres días, en la que reconocía haber visto entrar a su marido en el dormitorio de su hija Olympia en seis ocasiones

diferentes entre julio y octubre. La declaración terminaba con una frase: «He esperado para hacerla pública porque tenía miedo. He dejado de tener miedo el día tres de noviembre, cuando una persona que vive en mi casa se sentó conmigo en mi peluquería y me preguntó si yo, en algún momento, había pensado en dejar de tener miedo». Esa peluquería, esa conversación, no aparece en ningún informe oficial mío. Pero existió.

Inma Llorente, a las diez y cinco del sábado siete de noviembre, no fue detenida, sino acompañada por la agente al coche de los Cossío, donde le dejaron usar su propio móvil para llamar a su madre, que vivía en Granada, y avisarla de que iba a pasar la noche con ella.

En la casa del Magnolio número catorce, a las diez y diez exactas, yo levanté a Olympia. La envolví en la manta. La cogí en brazos. Bajé las escaleras. Pasé al lado de la cámara del descansillo, que llevaba treinta y cuatro horas grabando en bucle vacío gracias a un trabajito que Elena le había hecho la noche del jueves. Salí al jardín por la puerta de servicio. Crucé el césped. Llegué al portón. Mencía y Bárbara estaban allí, las dos con una mochila pequeña. Bárbara, al verme, soltó una respiración que llevaba dos años sin soltar. Mencía no dijo nada. Salí yo primero, con Olympia. Después, Mencía. Después, Bárbara. A los veinte metros, el Volvo gris de Elena. Las cuatro dentro. La puerta cerrada. El motor.

—¿Todo bien? —dijo Elena.

—Todo bien.

Olympia, en mi regazo, no había abierto los ojos. Mencía, sentada al lado, lloraba en silencio. Bárbara, en el asiento del copiloto, miraba al frente. Yo le acaricié el pelo a Olympia. Le dije al oído, muy bajito:

—Mi reina. Caramelo.

Olympia, sin abrir los ojos, contestó muy bajito:

—Caramelo.

El coche arrancó. Elena, antes de meter la primera, miró por el retrovisor y me dijo:

—Trinidad, hace dos minutos, ha lanzado las nueve detenciones simultáneas. Madrid, Marbella, Sotogrande, Sevilla, Burgos. Nueve.

Yo asentí. No me hacía falta saber, en ese momento, quiénes eran las otras siete. Joaquín Cossío y K eran dos. Aurora Bezares era tres. Las otras seis, las iba a leer al día siguiente en el periódico. Esa noche, mi trabajo, mi trabajo concreto, era el que llevaba en mi regazo.

Cuando el coche cogió la A-7, Bárbara, desde el asiento delantero, sin volverse, dijo:

—Olivia.

—Dime.

—¿Tú quién eres?

—Yo soy una niñera, Bárbara. Soy la niñera de tu hermana. Eso es todo.

—Eso no es todo.

—Eso no es todo, pero eso es lo que necesitas saber de mí.

Bárbara asintió. Mencía, a mi lado, me cogió la mano. Olympia, en mi regazo, dormía.

El sábado siete de noviembre, a las once menos cuarto de la noche, en una autovía oscura de la provincia de Málaga, cuatro mujeres íbamos hacia una casa segura en Sevilla, y, sin que ninguna de nosotras lo dijera en voz alta, las cuatro pensábamos lo mismo: que, al menos esa noche, habíamos ganado.

29 LO QUE VINO DESPUÉS

Lo que vino después se cuenta, en mi oficio, muy deprisa, porque no es el oficio. Lo que vino después es expediente, no infiltración. Lo que vino después son fiscalías, comparecencias, periodistas, abogados, mociones, asistencia social, ingresos hospitalarios, recursos, prensa. Lo que vino después no lo escribí yo, sino el sistema que se ocupa de esas cosas. Yo, durante las tres semanas siguientes al sábado siete, estuve en Sevilla, en una casa segura cuyo nombre no se da en ninguna parte, viendo a las tres niñas Cossío dormir cada noche y desayunar cada mañana, ayudándoles a sostener lo que les venía encima.

Olympia, los primeros tres días, no habló. El cuarto, en el desayuno, me pidió mermelada de fresa, y yo se la di. Mencía, los primeros tres días, no durmió. El cuarto, durmió ocho horas seguidas. Bárbara, los primeros tres días, fingió que estaba bien, lo cual era lo más preocupante. El cuarto, lloró en la cocina durante una hora y, después, comió un plato de arroz con tomate. Inma Llorente llegó el quinto día, en un coche de Trinidad. No la dejé entrar de golpe. Hablé yo primero con Bárbara y Mencía. Bárbara dijo que sí. Mencía dijo que no. Olympia, cuando se lo pregunté, me miró un buen rato y dijo:

—Si tú estás, sí.

Yo, esa tarde, dejé a Inma quedarse una hora. Una hora exacta. A la hora, salí yo de la habitación con las tres niñas y dejé a Inma sola, sentada en el sofá, con la cara apoyada en las manos. A los seis minutos, Olympia, sin que yo se lo dijera, se levantó de la mesa de la cocina, fue al sofá y, sin decir nada, se sentó al lado de su madre y le apoyó la cabeza en el hombro. Inma no se movió. Olympia, con la cabeza sobre el hombro de su madre, miró hacia la

ventana. Esa imagen, en mi cabeza, sigue siendo, hoy, una de las cinco imágenes por las que vale la pena hacer mi oficio.

Joaquín Cossío, en cárcel preventiva, no salió en tres semanas. Después salió bajo fianza, con prohibición de acercamiento, electrónica. La fiscalía pidió quince años por abusos a menor más cinco por amenazas a Yolanda Mateos. La defensa pidió absolución y un peritaje psiquiátrico, alegando «adicciones». El juicio, según me dijo Trinidad, sería en menos de un año, lo cual, en este país, es una velocidad infrecuente. Eso significaba que alguien, dentro del sistema, había decidido empujar.

Aurora Bezares, en cárcel preventiva tres semanas. Imputada por cohecho, encubrimiento, obstrucción a la justicia y pertenencia a organización criminal. La defensa, a cargo de su propio despacho, presentó la fianza más alta de la historia de su provincia y consiguió libertad condicional con retirada de pasaporte. El despacho Bezares y Asociados, esa misma semana, fue intervenido. Cuatro abogados detenidos. Quince ordenadores requisados. Veintiún disco duros. Cuarenta y dos archivadores. La auditoría iba a durar dos años, mínimo.

K. K fue, en términos jurídicos, la persona más complicada de todas. Su nombre real, lo supe esa misma semana, era María Esperanza Bezares Llaguno. Sí. Bezares, también. Prima política, por matrimonio anulado, de Aurora. Heredera de la rama menor de la familia. Periodista titulada, sí, pero, ante todo, gestora del fondo discreto que la familia mantenía para «contener» determinados problemas dentro de su entorno social. K, según la investigación, llevaba veintiún años en esa función. Yo, dos. Antes de mí, otras tres mujeres habían hecho mi papel. Las tres, según los archivos requisados, habían acabado, cada una, mal: una accidente de coche en 2008, otra suicidio dudoso en 2014, otra desaparición en Portugal en 2019. Yo, según la cronología razonable que me hizo Elena con el café en la mano, habría sido la cuarta hacia finales de 2026. K, mi periodista, me había estado preparando para sustituirme antes de retirarme. La carpeta de cuero de los Cossío era mi penúltima

operación. La última habría sido en Madrid, y la habría hecho yo sin volver a salir. La hipótesis razonable.

Eso último, lo supe el miércoles diecisiete de noviembre, en una cocina de Sevilla, mientras Olympia dibujaba un elefante en una hoja de cuaderno y le ponía mi nombre debajo.

Esa misma tarde, llamé a mi madre. Le dije que quería ir a comer con ella el domingo. Que iría sin avisar dónde había estado, como siempre. Que llevaría a una amiga. Mi madre, en lugar de no preguntar nada, me preguntó, por una vez, una cosa:

—Hija, ¿estás bien?

—Mamá, estoy bien.

—¿Has dormido?

—He dormido.

—¿Has comido?

—He comido.

—¿La amiga es de las tuyas?

—La amiga es de las mías.

—Pues os espero el domingo.

Colgó. Yo me senté en la silla de la cocina y me reí solita durante medio minuto. Mi madre, después de quince años de no preguntar, me había preguntado cuatro cosas. Cuatro. Eso, en mi familia, era una declaración de amor.

La amiga, ese domingo, fue Mencía. Mencía, a sus catorce años, había decidido que, durante un tiempo, quería estar conmigo y no con su madre, y la psicóloga había dicho que sí. Olympia y Bárbara se quedaron con Inma. Mencía vino conmigo a Sevilla, comimos en casa de mi madre un guiso de carne con patatas que estaba salado y unas natillas hechas a propósito sin azúcar porque mi madre, desde el año pasado, tenía diabetes. Mencía estuvo callada al principio, comió poco, después, con el café, se rio dos veces de cosas que mi madre dijo. Yo, mientras ella se reía, miré por la ventana de la cocina de mi madre, la misma ventana por la que yo,

a los catorce años, había mirado un día entendiendo que no iba a vivir esa vida, y, por primera vez en muchos años, sentí una cosa que no sé bien nombrar pero que se parecía a estar en paz con la habitación en la que estaba.

Catalina Velarde me llamó el jueves siguiente. Hugo Velarde había muerto la víspera. Neumonía. Catalina, sin llorar, me dijo:

—Olivia.

—Dime.

—Quería que lo supieras tú la primera, fuera de la familia.

—Gracias, Catalina.

—Mateo me ha pedido que te dé un mensaje.

—Dímelo.

—Mateo dice: «Olivia, el cuaderno rojo va por la página doce, todas buenas».

Yo me eché a reír. Después me eché a llorar. Después, otra vez a reír.

—Catalina.

—Dime.

—Dile a Mateo que, en mi cuaderno crema, voy por la página dieciséis. Que él va ganando.

—Se lo digo.

—Catalina.

—Dime.

—¿Lucía?

—Lucía empieza ambulatorio el lunes. Hoy ha desayunado en la cocina por primera vez desde el rescate. Ha pedido un yogur. Lo ha comido entero.

—Catalina. Un yogur entero es mucho.

—Un yogur entero es muchísimo, Olivia.

—Sí.

—Olivia.

—Dime.

—Te debo una vida.

—No me debes nada, Catalina. Las vidas no se deben. Las vidas se cuidan. Cuida la de Lucía. Cuida la tuya. Cuida la de Mateo y la de Alba. Esa es la única deuda.

—Lo voy a hacer.

—Lo sé.

Colgó. Me quedé sentada en la cocina de la casa segura de Sevilla, con el móvil prepagado en la mano, pensando que, en mi vida profesional, había habido dos llamadas como esa, esta y otra. La otra, había sido hacía once años, de la madre de una niña que se llamaba Sandra, en Jaén. Sandra, hoy, tenía veintiún años y estudiaba enfermería. Las llamadas como esa son el oficio.

Eran las cuatro y media de la tarde del jueves veinticinco de noviembre. Faltaban cuatro semanas para Navidad. Trinidad, a las cinco menos cuarto, me llamó.

—Olivia.

—Capitana.

—Una pregunta corta.

—Diga.

—Si tuvieras que parar un año, ¿lo harías?

—Capitana, si pudiera parar un año, no estaría usted llamándome a las cinco menos cuarto.

Trinidad se rio.

—Ven a Madrid el lunes. Hay una cosa.

—Iré.

Colgué. Salí al patio. Mencía estaba ayudando a mi madre a tender. Olympia, en Marbella, esa tarde, según un mensaje que me había mandado Inma, estaba haciendo unos macarrones con tomate

con la abuela. Mateo, en Burgos, por la página doce. Lucía, un yogur entero.

Yo, en Sevilla, en el patio de mi madre, con un sol bajo de noviembre, decidí que el lunes iba a ir a Madrid y que iba a decirle a Trinidad que sí.

Sí a lo que ella me propusiera. Sí, sin preguntar. Porque sabía, ya, lo que me iba a proponer.

30 LA OTRA CASA

Trinidad Robles me citó el lunes a las once de la mañana en la cafetería del Museo Sorolla. Cuando llegué, ella ya estaba sentada en una mesa junto a la ventana, con un café con leche, sin uniforme, vaqueros y un jersey de cuello vuelto azul marino. Me acerqué. Nos dimos dos besos. Me senté. Pedí un té.

—Olivia.

—Capitana.

—Trinidad. Hoy, Trinidad.

—Trinidad.

Sonrió. Yo sonreí. Esperamos a que la camarera dejara el té y se fuera. Después Trinidad abrió un sobre marrón pequeño y, sin desplegarlo entero, me empujó una fotografía sobre la mesa. Boca abajo, primero. Después, con la mano, le dio la vuelta.

Era la fotografía de una mujer. Sesenta y muchos años. Pelo blanco corto, gafas de pasta, una sonrisa muy controlada. Llevaba un traje de chaqueta de un gris caro y un pin pequeño en la solapa con una bandera. La fotografía era de prensa, una rueda de prensa. Detrás de ella, parcialmente borroso, se leía un cartel institucional con un escudo y unas siglas. El escudo y las siglas eran las del Ministerio del Interior.

—Olivia. Esta señora se llama Mercedes Aizpurúa Bezares. Es subsecretaria de Estado en el Ministerio del Interior desde hace catorce meses. Es prima carnal de Aurora Bezares. Es tía política, por línea materna, de María Esperanza Bezares, alias K. Y es, hasta donde hemos podido tirar del hilo en las tres semanas que llevamos analizando los discos duros del despacho, la persona que, dentro del organigrama del Estado, ha estado, durante los últimos siete años, asegurándose de que ciertas denuncias contra ciertos empresarios y

ciertos miembros del círculo Bezares quedaran archivadas en su despacho antes de pasar a Fiscalía.

Yo levanté la cara. La miré.

—Trinidad.

—Olivia.

—Esto, una capitana de la UFAM no puede tocarlo sola.

—Lo sé.

—Esto sube tan arriba que se le caen los huesos a quien le toque.

—Lo sé.

—Trinidad, ¿por qué me lo cuenta a mí?

Trinidad bebió un sorbo de su café. Después puso la taza, despacio, en el platillo.

—Te lo cuento, Olivia, por tres motivos. Primero, porque eres tú la única persona, en este país, que ha vivido dos años dentro del círculo Bezares y que, sin embargo, ha salido limpia. Segundo, porque, en quince días, Mercedes Aizpurúa Bezares va a hacer una visita oficial a Galicia, a la finca privada de su marido, un señor llamado Bruno Caamaño, en la Costa da Morte. Bruno Caamaño tiene un hijo de un primer matrimonio, Bruno hijo, treinta y siete años, divorciado, con custodia compartida de una niña de nueve años que vive seis meses al año en la finca. La niña, según un informe de la propia psicóloga que la atiende y al que hemos tenido acceso esta semana, presenta exactamente los mismos signos que Lucía Velarde a los nueve años. El círculo Bezares, Olivia, no es solo gente que protege a sus amigos abusadores. Es, también, una familia con casos propios dentro. Casos que ellos, dentro de la familia, también encubren. Esta niña, en Galicia, es uno.

Yo no dije nada. Trinidad siguió.

—Tercero. La niñera que cuida a esa niña, en Galicia, durante los seis meses al año que vive en la finca, lleva siete años en el puesto. Es una mujer de tu edad. Se llama Olivia Marín.

Yo levanté las cejas.

—¿Cómo?

—Sí. Olivia Marín. Igual que tú. Coincidencia, no. Hasta donde sabemos, es el nombre profesional que el círculo da a quien ocupa el puesto. Cada equis años, se sustituye. La actual, según una nota que hemos encontrado en uno de los discos duros, está prevista que sea sustituida en marzo. Las sustituciones del círculo, Olivia, ya sabes cómo son.

Trinidad dejó la frase ahí.

Yo cogí el té. Bebí. No me sabía a nada. Después dejé la taza.

—Trinidad. La Olivia Marín actual, en esa finca, ¿está al tanto?

—No lo sabemos. Llevamos una semana intentando contactarla con discreción y no se deja. Es muy buena.

—¿Quién es, fuera del nombre profesional?

—No tenemos confirmado el nombre real. Tenemos su cara. Te la voy a enseñar después.

—Bien. ¿Qué me propone?

Trinidad sonrió. Esta vez fue una sonrisa más larga, más sincera, una sonrisa de capitana que, después de muchos años, encuentra a la colega que necesita.

—Te propongo que entres en esa finca, Olivia. En marzo. Con tu nombre profesional, que es el mismo. Aprovechando la sustitución. Para sacar a la niña. Y, dentro de ese trabajo, para ayudarnos a desmontar a Mercedes Aizpurúa por el camino. Te propongo, Olivia, que la operación seis no la haga K. La hagamos nosotras. Tú dentro de la casa. Yo fuera. Una fiscal de Sala, que ya me ha dicho que sí, ocupándose de Madrid. Y, esta vez, con la diferencia de que ya no eres una infiltrada autónoma. Esta vez, si tú aceptas, te incorporamos a un programa de colaboradoras del Cuerpo. Cobertura, sueldo, expediente, baja, seguridad social. Todo. Para ti, después de quince años de hostal, va a ser raro. Pero es lo que toca.

Yo escuché. Asentí. Mientras Trinidad hablaba, en mi cabeza pasaron tres cosas a la vez. La primera, el patio de mi madre, el sol bajo de noviembre, las natillas sin azúcar. La segunda, Olympia diciendo «caramelo» con los ojos cerrados en el coche. La tercera, una niña de nueve años, en una finca gallega de la Costa da Morte, que yo todavía no había visto, sentada en el bordillo de una piscina, sola, mirando al agua. Esa tercera imagen me la inventé en ese mismo segundo, porque, en mi oficio, las imágenes así se inventan antes para luego encontrarlas.

Trinidad esperaba.

—Trinidad.

—Dime.

—Sí.

—¿Sí a todo?

—Sí a todo. Con tres condiciones.

—Dime.

—Una. Mi madre, en Sevilla, no se entera de nada. Como hasta ahora. La cobertura, el sueldo, el expediente, todo, sin que mi madre sepa. La paga me la ingresan en una cuenta abierta a otro nombre. Mi madre, en Sevilla, sigue creyendo que su hija trabaja de niñera en casas de gente rica y le va bien. Ese es el equilibrio de mi madre. No lo voy a romper a los sesenta y siete años de su vida.

—Concedido.

—Dos. La Olivia Marín que está actualmente en esa finca, sea quien sea, no se va a tocar. No va a ser sustituida por mí mediante ningún accidente, ninguna llamada anónima, ninguna jugarreta del círculo. Si ella, dentro de la finca, está limpia, no es de ellos, y está intentando lo mismo que voy a intentar yo, no la sacamos. Trabajamos con ella. Si es de ellos, la apartamos sin daño. La detenemos, si toca. Pero no permitimos que el círculo se la lleve por delante por culpa nuestra. ¿Me entiendes?

—Te entiendo. Concedido.

—Tres. Cuando la niña salga, Trinidad, una semana después, yo me tomo un mes en Calatañazor. Un mes entero. Sin móvil. Sin reunión. Sin parte. Sin contacto. Si en ese mes hay otra niña, otra casa, otro encargo, no me lo dices. Cuando vuelva, me lo cuentas. Antes, no.

—Concedido. Calatañazor está cerca.

—Calatañazor está cerca y yo, en Calatañazor, conozco a la dueña de un hostal que no pregunta.

—Las mejores no preguntan.

—Las mejores no preguntan.

Trinidad me tendió la mano por encima de la mesa. Yo se la di. Estrechamos. Su mano, otra vez, estaba seca, fuerte, calmada. La mía, esta vez, también. Eso, en mi oficio, es un nivel.

Trinidad metió la fotografía de la subsecretaria en el sobre. Sacó del bolsillo otra. La giró sobre la mesa y la deslizó.

En la segunda fotografía aparecía una mujer de mi edad, exactamente. Pelo castaño liso recogido en una cola baja, vaqueros, una camiseta blanca, un delantal de cocina por encima. Estaba en la puerta de una casa grande de piedra, con un perro pastor a los pies, y la luz del día era la luz del Atlántico, gris azulada, cargada. La mujer tenía una cara que se parecía a la mía. No idéntica. Parecida. La forma de la mandíbula, el corte de las cejas, la manera de plantar los pies. La mujer, en la fotografía, miraba a la cámara con una expresión que yo conocía bien, porque era una expresión que yo, en muchos momentos de mi vida profesional, había puesto delante de muchas cámaras de muchas casas: una expresión que se hace para que la persona que está mirando la fotografía no entienda absolutamente nada de quien está dentro de ella.

—Trinidad.

—Dime.

—Esta mujer no es una operativa del círculo Bezares.

—¿Por qué lo dices?

—Porque esa cara, esa, yo la he hecho. Esa cara, Trinidad, la hace una infiltrada. Una infiltrada de verdad.

Trinidad me miró largamente.

—Olivia. ¿Tú crees que hay alguien más, dentro de esa finca, haciendo lo mismo que tú llevas diez años haciendo? ¿Alguien que no es de ellos? ¿Alguien que es de otra parte? ¿Como tú, pero antes que tú, hace siete años, mandada por quién?

Yo me quedé mirando la fotografía. La mujer del Atlántico me devolvió la mirada por encima de la mesa del Museo Sorolla, y, durante un segundo, sentí la cosa más rara que he sentido en mi vida profesional: sentí que la conocía. No de antes. De siempre. Como si, en algún lugar de mi cabeza, esa cara llevara puesta toda mi vida y, hasta ese mismo lunes a las once y veintitrés de la mañana en una cafetería de Madrid, yo no la hubiera visto. Como si la mujer de la fotografía fuera, en cierto modo, la pregunta que yo no me había hecho nunca: ¿quién había estado, antes de mí, haciendo el mismo oficio, sin saberlo yo, mientras yo creía que estaba sola?

—Trinidad —dije, despacio—. Quiero el nombre real de esta mujer antes de marzo.

—Lo estamos buscando.

—Trinidad. Una pregunta.

—Dime.

—¿Y si esta mujer, dentro de esa finca, lleva siete años haciendo lo mismo que yo, mandada, en su día, por mi madre?

Trinidad no dijo nada. Trinidad, frente a mí, en la cafetería del Museo Sorolla, en un lunes cualquiera de finales de noviembre, simplemente bajó la cara y se miró las manos. Bajar la cara, en una capitana de la UFAM, es una respuesta entera.

Yo cogí la fotografía. La doblé en cuatro. Me la guardé en el bolsillo interior del bolso, al lado de la libreta crema y de la otra fotografía, la de K y Aurora en Almagro. Dos fotografías de mujeres. Dos casas. Dos vidas. Una mía. Otra, posiblemente, también mía,

pero de una manera que yo, esa mañana, todavía no estaba preparada para entender.

Salí del museo. Trinidad se quedó dentro, llamando por teléfono. En la calle de Martínez Campos, en Madrid, hacía frío de mediodía de noviembre, un frío seco, limpio. Eché a andar hacia el norte. Anduve cuarenta minutos sin saber a dónde iba.

En mi cabeza, mientras andaba, fui repasando los nombres que iba a tener que aprenderme antes de marzo. Mercedes Aizpurúa Bezares. Bruno Caamaño. Bruno Caamaño hijo. La niña, que se llamaba, según Trinidad me había dicho al despedirse en la puerta del museo, Antía. Antía Caamaño Filgueira, nueve años, gallega de la Costa da Morte, hija de una madre ausente y un padre divorciado y una abuela política que ocupaba un alto cargo en el Ministerio del Interior de un país que se llamaba España.

Antía. Antía. Antía. El nombre se me pegó al ritmo de los pasos. Antía. Antía. Antía.

Cuando llegué, sin darme cuenta, a la altura de Cuatro Caminos, paré. Saqué el móvil prepagado nuevo, que me había dado Elena esa misma mañana, el sexto del año. Marqué un número que solo había marcado una vez antes, hacía doce años, una tarde en la que también había estado a punto de aceptar entrar en una casa que no era la mía.

Contestó mi madre.

—Mamá.

—Hija.

—Mamá, una pregunta corta.

—Dime.

—Mamá. Hace veintidós años, cuando yo tenía catorce y tú me llevaste un fin de semana a Calatañazor, ¿de dónde venía aquel viaje?

Mi madre estuvo un buen rato sin contestar. Yo, en Cuatro Caminos, con el frío de noviembre en la cara, esperé. Sabía esperar. Llevaba quince años entrenando ese silencio.

—Hija.

—Dime.

—Aquel fin de semana yo había ido a recoger a una mujer. Una mujer que tenía que salir de una casa en la provincia de Soria y que necesitaba un sitio en el que pasar una noche antes de volver a su propia vida. La llevé a Calatañazor. Te llevé a ti también, porque, en aquel momento, no tenía con quién dejarte. La mujer pasó la noche en la habitación de al lado. Tú, al día siguiente, le preguntaste, mientras desayunábamos, por qué tenía un moratón en la muñeca. Ella te dijo que se había caído. Yo, esa mañana, te miré, hija, y supe que tú no le creíste.

Silencio.

—Hija.

—Dime, mamá.

—¿Por qué me lo preguntas después de tantos años?

Yo, en Cuatro Caminos, miré al cielo. El cielo, en Madrid, en un lunes de finales de noviembre, era de un azul muy alto, casi blanco.

—Mamá. Lo pregunto porque, en marzo, voy a hacer un viaje a una finca en Galicia. Y, en esa finca, según parece, va a haber otra mujer. Una mujer que se parece a mí, en la cara, en el oficio, en una cantidad de cosas que yo no me había planteado nunca. Una mujer que, posiblemente, hace siete años, alguien metió en esa casa. Mamá. ¿Tú a esa mujer, en su momento, le diste mi nombre?

Mi madre estuvo otro silencio largo. Después, con la voz que yo no le había oído nunca, la voz baja de las cosas que se dicen solo una vez en la vida, mi madre, en Sevilla, sentada en su cocina con vistas al patio, me dijo:

—Hija. A esa mujer, hace siete años, le di tu nombre porque, en aquel momento, yo creí que tú no ibas a aceptar ese trabajo nunca. Yo creí que tú te ibas a quedar en Sevilla, que ibas a ser maestra, que ibas a tener hijos. Le di tu nombre porque me pareció un homenaje, una broma privada, una manera de meter a una hija mía, a la simbólica, en una casa donde la mía de verdad no iba a entrar.

Y, después, hija, después de que tú, sin que yo te lo pidiera, te metieras en este oficio por tu cuenta, no te lo conté. No te lo conté porque me pareció que no era el momento. Y, hija, los momentos, en mi vida, casi nunca son los momentos. Casi nunca.

—Mamá.

—Dime.

—¿Cómo se llamaba ella?

—Ella se llama, hija mía, Olivia Marín, igual que tú, igual que las otras dos antes de ella, igual que las que vinieron después. Pero, fuera del nombre profesional, ella, en su vida, se llama Macarena. Macarena, hija. Como tú.

Yo, en Cuatro Caminos, con el móvil pegado a la oreja, en un lunes a las doce y diez de la mañana, sentí el aire de Madrid entrar entero por mi nariz y salir entero por mi boca durante el rato más largo de mi vida.

Macarena.

Eso era todo.

Llevaba siete años trabajando, sin saberlo, con una mujer que compartía conmigo nombre real, nombre profesional, oficio, y, según la voz de mi madre al otro lado del teléfono, presumiblemente, alguna cosa más. Esa cosa más, mi madre no la dijo. Mi madre, los detalles, no los da nunca. Mi madre, esa mañana, lo único que añadió fue una frase, y la frase fue:

—Hija. Cuando vayas a Galicia, en marzo, dile, de mi parte, que la otra Macarena le manda un abrazo. Que está bien. Que se cuide. Que, dentro de poco, va a llegar otra Macarena para sacar a una niña que se llama Antía. Y que esa otra Macarena, soy yo, soy ella, eres tú, somos las tres, somos siempre la misma. Que no se sienta sola. Que nunca lo estuvo.

Mi madre colgó.

Yo me quedé con el móvil prepagado en la mano, en una acera de Cuatro Caminos, mirando un autobús del que se bajaba una mujer joven con un cochecito de bebé, mientras, dentro de mi

cabeza, una habitación que llevaba treinta y seis años cerrada se abría, despacio, con la luz de marzo, en una finca de la Costa da Morte que yo, todavía, no había pisado.

Apagué el prepagado. Lo guardé en el bolsillo. Miré la calle. Madrid seguía igual. Yo, en cambio, ya no era la misma. Eso, en mi oficio, no es raro. En mi oficio, una sale de cada casa siendo otra mujer. Esta vez, lo distinto, era que iba a entrar en la siguiente casa siendo, además, una mujer que se llamaba como su madre y como otra mujer que llevaba siete años en una casa atlántica esperándola sin saberlo del todo.

Eché a andar otra vez. Hacia el sur, esta vez. Hacia la estación.

En la estación, dentro de un rato, iba a comprar un billete a Sevilla. En Sevilla, esa noche, iba a cenar con mi madre. No iba a preguntarle nada más. Mi madre, ya, había dicho lo suyo. Mañana, martes, iba a coger un tren a Burgos. En Burgos, iba a ir a la casa de la abuela de los Velarde, a tomarme un café con Lucía. Lucía, según Catalina, ya estaba comiendo yogures y, dos días atrás, había pedido salir a la calle por primera vez. Le iba a llevar a Lucía un regalo. Lo había decidido en el museo, mientras Trinidad sacaba la segunda fotografía. El regalo era un cuaderno de tapa azul, exactamente igual que el cuaderno de Mateo, pero más grande. Lucía, en ese cuaderno, podía escribir lo que quisiera. Yo no le iba a leer una sola página. El cuaderno era suyo.

Después, en diciembre, iba a desaparecer un mes. En Calatañazor, con la dueña del hostal de la lana ocre. En enero, iba a volver a Madrid, a empezar la formación discreta del programa de colaboradoras del Cuerpo. En febrero, iba a leer dossieres sobre la familia Caamaño. En marzo, iba a coger un tren a Santiago de Compostela. De Santiago, un autobús a una pequeña localidad de la Costa da Morte cuyo nombre, ese lunes, en Cuatro Caminos, todavía no conocía.

En esa pequeña localidad, en marzo, me iba a bajar del autobús con una maleta gris, con una blusa de lino blanca, con el pelo recogido en moño bajo y con una cara que yo, en mi oficio, llamaba

«cara de niñera de antes»: cierta dulzura, cierta firmeza, cero curiosidad visible. Iba a caminar quinientos metros por una carretera de costa hasta una finca grande de piedra rodeada de eucaliptos. Iba a llamar a una cancela con interfono dorado. Iba a esperar a que se abriera. Y, en el sendero, iba a encontrarme con una mujer de mi edad, con pelo castaño liso recogido en una cola baja, un delantal de cocina, un perro pastor a los pies y la luz gris azulada del Atlántico encima.

Esa mujer y yo, en ese sendero, en marzo, nos íbamos a mirar dos segundos largos. Y, en esos dos segundos, sin necesidad de decir nada, las dos íbamos a entender lo que mi madre, esa misma mañana, me había dicho por teléfono en Cuatro Caminos.

Macarena.

Después, yo iba a sonreír. Iba a tenderle la mano. Iba a decir, con la voz más serena que tengo:

—Buenos días. Me llamo Olivia Marín.

Y ella, mirándome a los ojos, sin sorpresa, sin alegría, sin miedo, con la calma de quien lleva siete años esperando ese momento, iba a contestar:

—Bienvenida. Yo también.

La cancela, detrás de mí, se iba a cerrar con un golpe sordo.

Y, así, sin que ninguna de las dos lo dijera todavía en voz alta, iba a empezar la operación seis.

Que es la operación de las dos Macarenas.

Que es, también, otra historia.